



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE
MÉXICO Y CENTROAMÉRICA

TESIS

FICCIONALIZACIÓN DE LA FAMILIA
CRISTERA DE FLORENCIO ESTRADA EN
RESCOLDO. LOS ÚLTIMOS CRISTEROS DE
ANTONIO ESTRADA MUÑOZ

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

**MAESTRA EN CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANÍSTICAS**

PRESENTA

**FABIOLA DEL CARMEN GUTIÉRREZ
LÓPEZ**

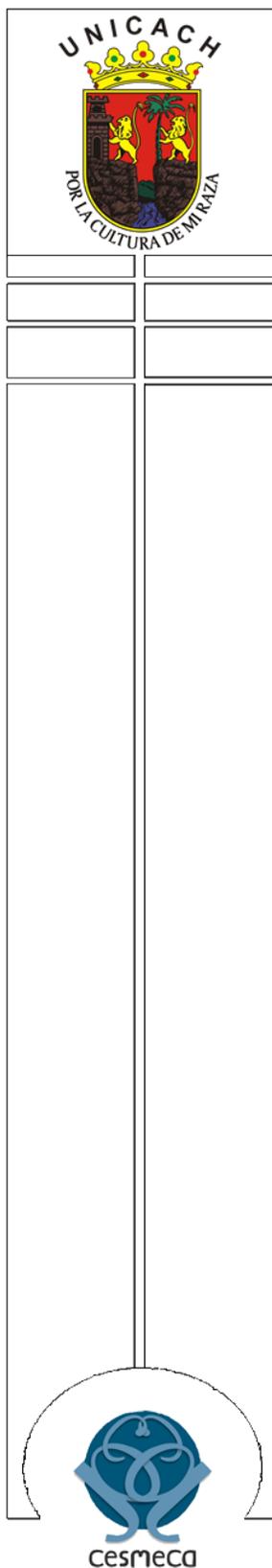
DIRECTOR

DR. JESÚS T. MORALES BERMÚDEZ



San Cristóbal de las Casas, Chiapas

Junio 2023



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE
MÉXICO Y CENTROAMÉRICA

TESIS

FICCIONALIZACIÓN DE LA FAMILIA
CRISTERA DE FLORENCIO ESTRADA EN
RESCOLDO. LOS ÚLTIMOS CRISTEROS DE
ANTONIO ESTRADA MUÑOZ

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

**MAESTRA EN CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANÍSTICAS**

PRESENTA

**FABIOLA DEL CARMEN GUTIÉRREZ
LÓPEZ**

COMITÉ TUTORIAL

**DR. JESÚS T. MORALES BERMÚDEZ
DRA. MAGDA ESTRELLA ZÚÑIGA ZENTENO
DRA. ANA ALEJANDRA ROBLES RUIZ**



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS
SECRETARÍA ACADÉMICA
DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas a 16 de agosto de 2023
Oficio No. SA/DIP/692/2023
Asunto: Autorización de Impresión de Tesis

C. Fabiola del Carmen Gutiérrez López
CVU: 1147195
Candidata al Grado de Maestra en Ciencias Sociales y Humanísticas
Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica
UNICACH
P r e s e n t e

Con fundamento en la opinión favorable emitida por escrito por la Comisión Revisora que analizó el trabajo terminal presentado por usted, denominado **Ficcionalización de la familia cristera de Florencio Estrada en Rescoldo**. Los últimos cristeros de Antonio Estrada Muñoz, cuyo Director de tesis es el Dr. Jesús T. Morales Bermúdez (CVU: 120715) quien avala el cumplimiento de los criterios metodológicos y de contenido; esta Dirección a mi cargo autoriza la impresión del documento en cita, para la defensa oral del mismo, en el examen que habrá de sustentar para obtener el **Grado de Maestra en Ciencias Sociales y Humanísticas**.

Es imprescindible observar las características normativas que debe guardar el documento impreso, así como realizar la entrega en esta Dirección de un ejemplar empastado.

Atentamente
"Por la Cultura de mi Raza"

Dra. Carolina Orantes García
Directora



C.c.p. Dr. Amín Andrés Miceli Ruiz, Director del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, UNICACH. Para su conocimiento.
Mtra. Tania Ramos Pérez, Coordinadora del Posgrado, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, UNICACH. Para su conocimiento.
Archivo/minutario.

RJAG/COG/lan/gr

DEDICATORIA

A Dios y a los cristeros por la inspiración. A mis padres por jamás soltar mi mano. A mi abuela por contarme sobre su pueblo Huazamota, Durango, y cómo recuerda al protagonista, Florencio Estrada. A mi padre por leerme con emoción *Rescoldo* en voz alta en la cocina, mientras mi mamá cocinaba. A mi mamá por darme su apoyo y llenarme con su amorosa compañía. A Karla por impulsarme y acompañarme en la aventura. A Ale por la confianza, paciencia y las largas conversaciones de madrugada. A Juan Manuel por estar presente aún en la distancia. A Jesús por su escucha atenta, aguda y curiosa. A mis amigos de la maestría por compartir esta etapa conmigo y por sus observaciones. A mis amigos de la vida por creer siempre en mí. A Mapache por los desvelos compartidos. Al “Nocturno 20 en do sostenido menor” de Chopin y sus interminables reproducciones a deshoras.

AGRADECIMIENTOS

Al doctor Jesús Morales Bermúdez por su confianza, guía y acompañamiento durante la escritura de esta tesis. A la doctora Magda Estrella Zúñiga Zenteno por su generosidad, tiempo y pasión en cada asesoría. A la doctora Ana Alejandra Robles Ruiz por su disposición, entusiasmo y atenta lectura y escucha.

Al comité de la tesis por sus enriquecedores y pertinentes comentarios que me llevaron a reencontrar la voz que creí perdida.

Al Programa de Posgrado Maestría en Ciencias Sociales y Humanísticas del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas por la formación adquirida.

Al Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías por recibir y financiar este proyecto.

A mi familia por el amoroso acompañamiento y paciencia durante la escritura de esta tesis.

A mis amigos y a todo aquel que comprendió cuando les respondí: “No puedo. Debo escribir la tesis”.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
I. FICCIÓN, FICCIONALIZACIÓN Y SUBJETIVIDADES: ISER, MARTÍN JIMÉNEZ Y BLEICHMAR. UNA LECTURA PARA ENMARCAR A <i>RESCOLDO</i>	12
1.1 LA FICCIONALIZACIÓN LITERARIA DESDE LOS PLANTEAMIENTOS DE WOLFGANG ISER Y ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ. DOS VÍAS CONCEPTUALES PARA EL ESTUDIO DE <i>RESCOLDO</i> 13	
1.1.1. LA CONSTRUCCIÓN DE LA FICCIONALIZACIÓN LITERARIA DE WOLFGANG ISER	14
1.1.2. APROXIMACIÓN AL FINGIMIENTO Y A LAS FICCIONES LITERARIAS DE ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ	17
1.1.3 LA TRIADA DE ISER EN LA FICCIONALIZACIÓN: LO REAL, LO FICTICIO Y LO IMAGINARIO	18
1.2 LA AUTOFICCIÓN LITERARIA Y EL MODELO DE ANÁLISIS DEL TEXTO LITERARIO DESDE LOS PLANTEAMIENTOS DE ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ.....	19
1.2.1 TEORÍA DE LOS MUNDOS POSIBLES.....	21
1.2.2 TEORÍA DE LOS MUNDOS IMPOSIBLES Y AUTOFICCIÓN	24
1.2.3 EL MUNDO DEL AUTOR, EL MUNDO DE LOS PERSONAJES Y EL MUNDO DEL AUTOR Y DE LOS PERSONAJES	26
1.2.4 SUBMUNDO DE LOS PERSONAJES DESDE LA PROPUESTA DE MARTÍN JIMÉNEZ.....	27
1.3 UNA APROXIMACIÓN A LA SUBJETIVIDAD DE SILVIA BLEICHMAR Y SU APLICACIÓN A LOS PERSONAJES LITERARIOS	28
1.4 EL MUNDO DE LOS PERSONAJES FEMENINOS (CATEGORÍA DE ANÁLISIS I: LAS MUJERES CRISTERAS EN LA LITERATURA)	30
1.4.1 LAS PRÁCTICAS DE DEVOCIÓN EN LA FAMILIA CRISTERA.....	32
1.4.2 UNA FAMILIA CRISTERA EN LA CIUDAD: DE LA TORRE URIBARREN.....	33
1.4.3 UNA FAMILIA CRISTERA ITINERANTE: ESTRADA MUÑOZ	34
1.4.4 LAS FAMILIAS EN LA LITERATURA DE TEMÁTICA CRISTERA	35
1.4.4.1 FAMILIAS UNIDAS POR LA FE	36
1.4.4.2 FAMILIAS DIVIDIDAS POR LA CAUSA CRISTERA	36
1.4.4.3 FAMILIAS QUE TIENEN AL MANDO A UNA MUJER	37
1.4.5 TIPOLOGÍA DE LA FAMILIA CRISTERA EN <i>RESCOLDO</i>	38
1.4.5.1 FAMILIAS QUE TIENEN AL MANDO A UN HOMBRE	39
1.4.6 LAS MUJERES CRISTERAS	39
1.4.7 CATEGORÍA Y TIPOLOGÍA DE ANÁLISIS DE LAS MUJERES EN LA LITERATURA DE TEMÁTICA CRISTERA	43
1.4.7.1 MUJERES LÍDERES	44

1.4.7.2 MADRES POR LA CAUSA CRISTERA	45
1.4.7.3 MADRES CUYA PRIORIDAD ES SU FAMILIA	47
1.4.8 TIPOLOGÍA DE LAS MUJERES CRISTERAS EN <i>RESCOLDO</i>	47
1.4.8.1 MUJERES INDÍGENAS RELACIONADAS CON LA CAUSA CRISTERA.....	47
1.4.8.2 MUJERES CREYENTES CUYA PARTICIPACIÓN EN EL MOVIMIENTO CRISTERO ES CIRCUNSTANCIAL.....	48
1.5 EL MUNDO DE LOS PERSONAJES MASCULINOS (CATEGORÍA DE ANÁLISIS II: LOS HOMBRES CRISTEROS EN LA LITERATURA).....	49
1.5.1 LOS HOMBRES EN LA GUERRA CRISTERA EN DURANGO	50
1.5.2 EL LÍDER CRISTERO FLORENCIO ESTRADA: APROXIMACIÓN HISTÓRICA	51
1.5.3 LOS CRISTEROS INDÍGENAS EN HUAZAMOTA.....	52
1.5.4 CATEGORÍA Y TIPOLOGÍA DE ANÁLISIS DE LOS HOMBRES EN LA LITERATURA DE TEMÁTICA CRISTERA	53
1.5.4.1 CRISTERO AUTÓMATA:	54
1.5.4.2 CRISTERO SUPERFICIAL:	54
1.5.4.3 CRISTERO ABSOLUTO:	55
1.5.4.4 CRISTERO CITADINO:	56
1.5.4.5 CRISTERO INDÍGENA:.....	56
1.5.4.6 CRISTERO TRAIADOR:.....	57
1.5.4.7 CRISTERO SACERDOTE:.....	57
II. SEGUNDO CAPÍTULO	59
2. LOS PERSONAJES FEMENINOS Y SUS SUBJETIVIDADES EN <i>RESCOLDO</i> : ACOMPAÑAMIENTO, ESTRATEGIAS Y DESENVOLVIMIENTO DENTRO DE LA FAMILIA Y EL MOVIMIENTO CRISTEROS	59
2.1 LA FICCIONALIZACIÓN DE LA FAMILIA CRISTERA EN <i>RESCOLDO</i> . LA ESTRUCTURA DE LOS PERSONAJES FEMENINOS Y MASCULINOS	60
2.2. LOLA MUÑOZ: METÁFORA DE LOS ROSTROS FEMENINOS EN LAS FAMILIAS CRISTERAS. UNA LECTURA A SUS SUBJETIVIDADES	64
2.2.1 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA ESPOSA DEL LÍDER CRISTERO	65
2.2.2 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA MADRE	68
2.2.3 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA ELECCIÓN. LA FAMILIA	71
2.2.4 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE REBELDE CRISTERA.....	74
2.2.5 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA INTUICIÓN	75
2.2.6 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA TRANSFORMACIÓN. SER OTRA	77
2.3 REPRESENTACIONES Y ACCIONES DE LAS MUJERES QUE RODEAN A LA FAMILIA CRISTERA EN <i>RESCOLDO</i>	78

2.3.1 EL ROSTRO DE LAS MUJERES EN COLECTIVO DENTRO DE LA CAUSA CRISTERA. ACCIONES DE APOYO Y ALIMENTACIÓN	79
2.3.2 EL ROSTRO DEL SERVICIO. ACCIONES DE ACOMPAÑAMIENTO Y LA DEFENSA DE LA CAUSA	82
2.3.3 EL ROSTRO DE LA MATERNIDAD. ACCIONES PARA AFRONTAR LA MUERTE.....	84
2.3.4 EL ROSTRO DEL CONOCIMIENTO DEL ENTORNO. ACCIONES PARA CURAR, SANAR Y SOBREVIVIR	86
2.4 LAS MUJERES ORGANIZADAS: LAS CRISTERAS DE LA BI-BI	88
2.4.1 CUANDO EL NOMBRE ES DESTINO: BRIGADA INVISIBLE-BRIGADA INVENCIBLE	90
2.4.2 CAMUFLAJE, INDEFENSIÓN Y FINGIMIENTO	91
2.4.3 LA INVISIBILIDAD EN LO VISIBLE	95
2.4.4 LAS INFILTRADAS Y EL ESPIONAJE: LA SEDUCCIÓN	97
2.4.5 LA VISIBILIDAD DE LO INVISIBLE.....	100
III. TERCER CAPÍTULO	102
3. LOS PERSONAJES MASCULINOS Y SUS SUBJETIVIDADES EN <i>RESCOLDO</i> : REFERENCIA, LIDERAZGO Y DESENVOLVIMIENTO DENTRO DE LA FAMILIA Y EL MOVIMIENTO CRISTEROS	102
3.1 FLORENCIO ESTRADA COMO PROTAGONISTA DE <i>RESCOLDO</i> . LA CONSTITUCIÓN DE SUS SUBMUNDOS.....	103
3.1.1 FLORENCIO ESTRADA Y SUS AMISTADES DENTRO DEL MOVIMIENTO CRISTERO.....	104
3.1.2 FLORENCIO ESTRADA COMO LÍDER DEL MOVIMIENTO CRISTERO: LA FE	106
3.1.3 FLORENCIO ESTRADA, PERSONAJE LITERARIO. LAS CARACTERÍSTICAS DE SU SUBJETIVIDAD COMO ESPOSO	108
3.1.4 FLORENCIO ESTRADA. LAS CARACTERÍSTICAS DE SU SUBJETIVIDAD COMO PADRE..	109
3.2 ANTONIO O TOÑO, PERSONAJE LITERARIO. LOS Matices DE UNA SUBJETIVIDAD EN JUEGO.....	111
3.2.1 ANTONIO ESTRADA: DEL YO Y LAS SUBJETIVIDADES EN EL ACTO CREADOR	112
3.2.2 ANTONIO ESTRADA Y LA METASUBJETIVIDAD EN <i>RESCOLDO</i>	115
3.2.3 ANTONIO ESTRADA Y LA AUTOFICCIÓN EN <i>RESCOLDO</i>	117
3.3 LAS SUBJETIVIDADES DE LOS NIÑOS ESTRADA MUÑOZ: EL GÜERO (FLORENCIO HIJO), ADOLFO Y ROGELIO.....	120
3.3.1. LOS NIÑOS ESTRADA MUÑOZ Y SU RELACIÓN CON LA MUERTE	121
3.3.2 LOS NIÑOS ESTRADA MUÑOZ Y SU RELACIÓN CON LA GUERRA	125
3.3.3 LOS NIÑOS ESTRADA MUÑOZ Y SU RELACIÓN CON LOS REZOS, LOS ANIMALES Y CON EL HAMBRE	126
3.3.2 LOS JUEGOS DEL GÜERO (FLORENCIO HIJO), ADOLFO Y ROGELIO EN TIEMPOS DE GUERRA	129

3.3.3 LAS RELACIONES FAMILIARES DEL GÜERO (FLORENCIO HIJO), ADOLFO Y ROGELIO	131
3.4 LOS PERSONAJES LITERARIOS EN <i>RESCOLDO</i>: MASCULINIDADES Y SUBJETIVIDADES .	133
3.4.1 LAS MASCULINIDADES DE LOS CRISTEROS DE FLORENCIO ESTRADA Y SUS RELACIONES FAMILIARES.....	134
3.4.2 EL AMOR Y EL DESEO EN LOS TIEMPOS DE GUERRA	138
3.4.3 LOS CRISTEROS Y LOS SACERDOTES EN LA GUERRA. LAS SUBJETIVIDADES MASCULINAS PARA UNIRSE A LA CAUSA Y LAS SUBJETIVIDADES DE LA FE	141
3.4.4 LOS MÚSICOS Y LOS CORRIDOS DE LA GUERRA	145
CONCLUSIONES	150
APÉNDICE	153
Tabla 1	153
Tabla 2	156
Tabla 3	158
BIBLIOGRAFÍA	159

INTRODUCCIÓN

El tema de esta investigación es la ficcionalización de la familia cristera de Florencio Estrada en *Rescoldo. Los últimos cristeros* de Antonio Estrada Muñoz, el cual está atravesado por el recuerdo y por la memoria: la del creador —quien por medio de la voz del narrador testigo evoca los últimos momentos de su padre durante la Segunda Guerra Cristera en Durango y la zona limítrofe con Jalisco, México—. Para adentrarme a la categoría de familia cristera construí una lente que permite identificar cómo se ficcionalizan momentos históricos desde lo literario donde el punto de partida fueron los Estrada Muñoz. Esta construcción hizo posible el análisis de otras familias cristeras presentes en la obra, y también la identificación de los rasgos específicos de Lola y Florencio como seres multirrostrados que reflejan las subjetividades en el actuar de los demás personajes.

El marco teórico que posibilitó el análisis de la familia cristera dentro de la novela tiene como autor de referencia a Wolfgang Iser, quien desde la ficcionalización diserta en torno a que las ficciones no son sinónimos de mentiras, sino que constituyen una realidad en sí misma que no puede ser negada. Este autor representó un parteaguas en mi aproximación a la novela. Inicialmente, el proyecto consideraba para el análisis los aspectos históricos y biográficos del creador y de su familia para abordar la obra, lo cual limitaba el estudio y reflexión de los personajes desde la ficcionalización.

Fue a raíz de las reuniones con la línea de investigación y a las lecturas sobre cómo se construyen los procesos ficcionales que me convencí de que todo, incluso la memoria, está atravesada por la ficción. El creador Antonio Estrada se sirve de la ficcionalización, de la memoria reconstruida y de la autoficción de su familia cristera para urdir sentido de identidad y evocación. La memoria es resultado de una práctica en la que la dimensión ficcional interviene de forma considerable: los recuerdos son variantes de la realidad que pueden interpretarse a la par como ficciones. Como no es posible acceder a la memoria en estado bruto, aquello que se reconstruye de forma oral o escrita es una versión ordenada, parcial y estética del hecho original. Por ello, mi acercamiento a *Rescoldo. Los últimos cristeros* es desde lo literario.

Otro de los autores que favoreció el análisis de los personajes fue Alfonso Martín Jiménez, quien desde la teoría de los mundos posibles y su relectura de los mundos imposibles me permitió identificar el tipo de mundo al que pertenece la novela: II de modelo de mundo es

el de lo ficcional verosímil, donde las reglas que operan al interior no son las de la realidad objetiva, pero se le parecen. Los hechos narrados inscriben su realidad dentro de un espacio-tiempo que emula dos realidades encontradas en espejo conviviendo en perfecta armonía. Martín Jiménez también me ofreció una perspectiva clave para interpretar a los personajes: los submundos imaginados que se despliegan dentro de los submundos de lo real efectivo, que equivaldrían al ambiente en el que se desarrolla la trama y condiciona a los personajes en su actuar y percepción de lo interno y de lo externo. Ello implica que cada uno de los personajes contiene en su interior cuantos submundos le sean posibles: lo fingido, lo temido, lo imaginado, lo deseado...

Comencé la escritura haciéndome acompañar tanto de Iser como de Martín Jiménez, pero al adentrarme al submundo de los personajes fue necesario incorporar a una tercera autora: Silvia Bleichmar, quien desde el psicoanálisis urde sus conjeturas sobre las subjetividades y las formas de construirlas. Lo anterior me permitió un análisis más profundo de los personajes: estudiarlos desde la complejidad de seres enfrentados a un objeto dentro de un contexto determinado. La tesis “Ficcionalización de la familia cristera de Florencio Estrada en *Rescoldo*. *Los últimos cristeros* de Antonio Estrada Muñoz” analiza a los personajes de la familia del líder desde los conceptos de ficción, ficcionalización y autoficción, acuerpados por las subjetividades con el fin de conocer cómo la creación literaria opera dentro de los hechos y de los personajes históricos.

Al configurar los conceptos generales de familia, mujeres y hombres cristeros desde lo literario me encontré con pocos referentes, por lo que redacté un acercamiento breve desde lo historiográfico para situar la mirada de las familias desde las prácticas de la fe, las formas de relacionarse entre sí y las consecuencias de la guerra. Esta aproximación devino en la lectura de otras novelas y cuentos de temática cristera como *Héctor* o *Pensativa*, donde identifiqué rasgos que se repiten entre sí. El comportamiento de los personajes conllevó a la elaboración de unas tipologías que se describen dentro del primer capítulo y convergen en unas tablas que se encuentran en el apéndice final de esta tesis.

Dentro de esta investigación se privilegió el conocimiento de las dimensiones de la ficcionalización en la narrativa a través de los planteamientos de Wolfgang Iser y Alfonso Martín Jiménez dentro de la familia cristera en *Rescoldo*. Para construir el primer capítulo también desarrollé los conceptos de autoficción desde el acercamiento de Alfonso Martín Jiménez, quien

lo ubica dentro de los mundos imposibles, y el de subjetividad de Silvia Bleichmar que implica todo aquello social e histórico que condiciona el posicionamiento ideológico de un individuo dentro de un espacio y tiempo determinados. Para los apartados referentes a Antonio Estrada como autor y personaje, que permiten el desenvolvimiento de la autoficción, me acompañé de Didier Anzieu y de Julia Musitano.

La comprensión de los personajes femeninos implicó identificar cómo están ficcionalizados y cómo dan cuenta de sus particularidades desde lo subjetivo. El segundo capítulo centra la atención en cómo eran las familias cristeras de *Rescoldo* y en los rostros de Lola Muñoz como madre, esposa y cristera. También en cómo son las otras mujeres que rodean a la familia cristera y las subjetividades que dicen de sus acciones en tiempos de guerra: cómo colaboran al movimiento, cómo enfrentan la muerte de sus hijos, cómo rezan y encaran los retos, y las cristeras de la Brigada Invisible-Brigada Invencible, quienes navegan entre la visibilidad y la invisibilidad: proporcionan el parque a los cristeros, sirven de informantes a la causa dentro de la novela y tienen la valentía para reclamar los cuerpos maltrechos de Florencio y de sus hombres.

El tercer capítulo centra su atención en los personajes de Florencio Estrada: protagonista, padre, esposo y cristero; Antonio o Toño: narrador, hijo, hermano; El Güero, Adolfo y Rogelín: hijos y hermanos, y los demás hombres en *Rescoldo*: líderes indígenas, cristeros y sacerdotes que con sus acciones demuestran sus subjetividades masculinas de protección, amor y traición. En este último capítulo destaca un apartado sobre el creador y la forma desde donde se escribe, para ello me basé en “Las cinco fases del trabajo creador y sus inscripciones en la obra” de Didier Anzieu para hacer una lectura que permitiera enmarcar la autoficción dentro de la novela y en las reflexiones de Julia Musitano que confiere a la memoria y al recuerdo el enclave para que ocurra la autoficción. A su vez, se desarrollaron los elementos que implican el despliegue de los personajes infantiles para dar cuenta de la complejidad en su construcción y su relevancia dentro del sistema familiar. Dedicué un apartado para aplicar los conceptos de los autores y los textos insertos de Martín Jiménez dentro de la novela. El Jabalín, mediante sus canciones y corridos, cumple la función de resguardar la epopeya de los últimos cristeros.

Rescoldo aborda la última parte de la vida del líder Florencio Estrada y sus avatares durante la Segunda cristiada. La unidad familiar y la interacción entre todos sus integrantes implica esconderse juntos en la sierra de Durango por la persecución de los federales, quienes tenían la encomienda del gobierno de eliminar a las brasas de “rescoldos” de la hoguera cristera.

PRIMER CAPÍTULO

I. FICCIÓN, FICCIONALIZACIÓN Y SUBJETIVIDADES: ISER, MARTÍN JIMÉNEZ Y BLEICHMAR. UNA LECTURA PARA ENMARCAR A *RESCOLDO*

La literatura no representa una mentira respecto a los hechos narrados por la historia sino una realidad en sí misma.¹ Aquello que la rige se sustenta en una verdad dentro del acto de ficcionalizar justificada en lo verosímil. Esta confluencia se sirve del lenguaje donde la ficcionalización actúa como transmisor, tal es el caso de la novela ambientada durante la Segunda rebelión cristera² *Rescoldo. Los últimos cristeros* (1961) del escritor duranguense Antonio Estrada Muñoz.

El primer capítulo de la tesis corresponde al marco teórico metodológico. En el primer apartado se desarrolla la construcción de la ficcionalización literaria desde el enfoque del teórico alemán Wolfgang Iser, la aproximación al fingimiento y a las ficciones literarias del español Alfonso Martín Jiménez y la propuesta de Iser sobre la triada de la ficcionalización: lo real, lo ficticio y lo imaginario. El segundo apartado se encarga de la autoficción literaria y el modelo de análisis del texto literario planteado por el teórico Alfonso Martín Jiménez, quien desarrolla la

¹ En su *Metahistoria* Hayden White (2005) retoma el papel del historiador en relación al escritor y las estrategias que cada uno sigue para la obtención de sus respectivos relatos: “A veces se dice que la finalidad del historiador es explicar el pasado ‘hallando’, ‘identificando’ o ‘revelando’ los ‘relatos’ que yacen ocultos en las crónicas; y que la diferencia entre ‘historia’ y ‘ficción’ reside en el hecho que el historiador ‘halla’ sus relatos, mientras que el escritor de ficción ‘inventa’ los suyos” (17-18). En *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, Paul Ricoeur (1999) apunta que “desde el momento en que hemos admitido que la escritura de la historia no se añade desde el exterior al conocimiento histórico, sino que forma cuerpo con ella, nada se opone a que admitamos también que la historia imita en su escritura los tipos de construcción de la trama recibidos de la tradición literaria” (908). Si para Ricoeur —retomando a White— es preciso admitir que la historia reproduce los tipos de construcciones literarias, el teórico francés Gérard Genette (2004) enfatiza en *Metalepsis* que “el universo evocado por un relato, por más cercano que sea en el tiempo y/o en el espacio, para sus oyentes o lectores no tiene otra existencia más que, emanada por completo del lenguaje, aquella de un objeto de relato, cuyo estatuto —realidad o ficción— de por sí depende enteramente del grado de veracidad otorgado a ese relato” (125).

² Entre los detonadores de la segunda rebelión cristera Antonio Avitia (2010: 4) menciona la puesta en marcha de la reforma de la educación pública con sentido socialista, la pugna por la política agraria oficial —en la que la tierra tenía que repartirse de forma parcelaria y que se contraponía a las formas tradicionales de distribución— y la lucha por la sobrevivencia de los pueblos indígenas no católicos y sincréticos del sur de Durango. A diferencia de la Primera Guerra Cristera, la Segunda dejó de contar con el apoyo y validación de la Iglesia, incluso el Papa Pío XI decretó que todo aquel que participara en la guerra tenía que ser excomulgado.

teoría de los mundos posibles y la teoría de los mundos imposibles. En el tercer apartado se define la subjetividad desde la conceptualización de Silvia Bleichmar y la pertinencia en la aplicación en los submundos imaginados de los personajes literarios.

Las categorías de análisis de los apartados cuarto y quinto implicaron la elaboración de tipologías: una que corresponde a las familias cristeras, otra para los personajes cristeros femeninos y otra para los masculinos. Para su elaboración recurrí a breves apartados históricos sobre las familias, las mujeres y los hombres cristeros, los cuales sirvieron de base, a la par de las novelas o cuentos con esta temática, para proponer tipologías de análisis para aproximarse a los sujetos ficcionales cristeros en *Rescoldo*, las cuales son aplicables a otras obras. La presencia de la autoficción en el narrador Toño —basada en el creador Antonio Estrada, y que se sustenta en las reflexiones de Julia Musitano— también se analiza y desarrolla en el último capítulo de la tesis.

1.1 LA FICCIONALIZACIÓN LITERARIA DESDE LOS PLANTEAMIENTOS DE WOLFGANG ISER Y ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ. DOS VÍAS CONCEPTUALES PARA EL ESTUDIO DE *RESCOLDO*

Este apartado consiste en conocer las dimensiones de la ficcionalización y la autoficción en la narrativa a través de los planteamientos de Wolfgang Iser y Alfonso Martín Jiménez para analizar a una familia cristera en *Rescoldo*. Existen discrepancias sobre la naturaleza y trato de las ficciones, que suelen relacionarse en parte con los conceptos de “fingir” o “mentira”. El *Diccionario de la lengua española* (DLE) consigna tres acepciones de la palabra “ficción”,³ que proviene del latín *factio, -ōnis*: 1. f. Acción y efecto de fingir. 2. f. Invención, cosa fingida. 3. f. Clase de obras literarias o cinematográficas, generalmente narrativas, que tratan de sucesos y personajes imaginarios. *Obra, libro de ficción*. Complementariamente, este diccionario define “fingir”, del latín *finġere*, como: 1. tr. Dar a entender algo que no es cierto y 2. tr. Dar existencia ideal a lo que realmente no la tiene.

³ De manera especializada, Helena Beristáin (2006) define la “ficción” en el *Diccionario de retórica y poética* como el “Discurso representativo o mimético que ‘evoca’ un universo de experiencia (DUCROT/TODOROV) mediante el lenguaje, sin guardar con el objeto del referente una relación de verdad lógica, sino de verosimilitud o ilusión de verdad, lo que depende de la conformidad que guarda la estructura de la obra con las convenciones de género y de época, es decir, con ciertas reglas culturales de la representación que permiten al lector —según su experiencia del mundo— aceptar la obra como ficcional y verosímil, distinguiendo así lo ficcional de lo verdadero, de lo erróneo y de la mentira” (208).

Alfonso Martín Jiménez (2015) en *Literatura y ficción. La ruptura de la lógica ficcional*—dentro del apartado “Fingir y crear ficciones” —afirma que el empleo del término “fingir” como “dar a entender algo que no es cierto”, según el DLE, corresponde a la acepción que este vocablo puede tener en la vida real cuando alguien finge, sin que con ello se inventen mundos habitados por personajes ficticios. Por ello, “fingir” no debe confundirse con “ficción”, entendida como “la creación de un universo poblado por personajes ficcionales, pues son cosas claramente distintas” (119).⁴

1.1.1. LA CONSTRUCCIÓN DE LA FICCIONALIZACIÓN LITERARIA DE WOLFGANG ISER

El acercamiento al concepto de ficcionalización literaria exigirá del lector la distinción entre fingir, mentir y ficción. Además del convencimiento que dentro de la literatura operan mundos que por su estructura y constitución son veraces sin competir con la realidad habitada, construyendo una realidad propia. El teórico alemán Iser (2004) afirma que la ficción y el ficcionalizar corresponden a una dualidad que dependerá de su contexto. En ese sentido, las mentiras y la literatura son resultados finales desemejantes del proceso de duplicación, “y cada una sobrepasa los límites de la realidad contextual a su modo. En tanto que esta duplicidad antecede a sus formas de realización, este traspasar los límites puede ser considerado como el sello de garantía de la ficcionalización” (43-44).

Las mentiras y la literatura son también productos de la duplicación y cada una sobrepasa los límites de la realidad contextual a su modo. En la ficción literaria los mundos que existen se ven sobrepasados y, aunque son reconocibles individualmente, su disposición contextual les hace perder el aire de reconocimiento. Esto se debe a que Iser menciona que tanto la mentira como la literatura contienen dos mundos: la mentira —que suele incorporar aquello que es verdad y el propósito por el cual se oculta la verdad— y las ficciones literarias —que incorporan una realidad que puede identificarse y se remodela imprevisiblemente—. “Y así cuando describimos la ficcionalización como un acto de trasgresión, debemos tener en cuenta que la realidad que se ha

⁴ Es posible hacer una distinción entre ficción e invención, como afirma Walter Mignolo (1981), dado que “la ficcionalidad es una propiedad que, al parecer, se atribuye a los discursos sobre la base de cierto conocimiento de convenciones en el uso del lenguaje que permite distinguir la ficción de la mentira, del error y de la verdad” (85).

visto sobrepasada no se deja atrás; permanece presente, y con ello dota a la ficción de una dualidad que puede ser explotada con propósitos distintos” (Iser, 2004: 44).

La ficcionalización permite adentrarse a mundos posibles sin agotar la necesidad de seguir generando procesos ficcionalizados. Esto es lo que Iser analiza como la dimensión antropológica de las ficciones literarias, que parecen reflejar al hombre en situaciones propias de su entorno real, es decir, se parecen a la “realidad” pero no pretenden ser la realidad. Para Iser (2004) las ficciones tienen una base principalmente antropológica, pues reflejan al hombre en el contexto social y cultural al que pertenece y, por lo tanto, como producto de ambos. Las ficciones proporcionan la base de las imágenes del mundo, y los supuestos por los que los seres humanos definen sus acciones también son ficciones (46). En ese sentido, las ficciones lo atraviesan todo y su constructo implica no solo la creación de una realidad específica sino también da cuenta de la subjetividad de su origen.

Las ficciones no aluden a mentiras ni a engaños, sino que representan otras realidades que habitan lo literario. Iser sitúa a la ficcionalización como un acto de sobreposición, en el cual la realidad sobrepuesta se mantiene presente y dota a la ficción con una dualidad explotable. El proceso de ficcionalización implica para el teórico alemán que, a pesar de tener la conciencia de que la literatura es ilusión, los seres humanos parecen necesitar de las ficciones (2004: 43-44). Las ficciones no representan el lado irreal del mundo, sino que producen mundos reales.

La posibilidad de facilitar ficciones en el ámbito literario, inherente al acto de ficcionalizar, es uno de los elementos que ocupan esta investigación. Iser (2004) afirma que al ficcionalizar se *epitomiza* “una condición que resultaría absolutamente inalcanzable a través de las vías por las que discurre la vida normal” (53). La ficcionalidad literaria posee la estructura del doble significado, que es “una matriz generadora de significado. El doble significado se presenta como ocultación y revelación simultáneas, diciendo siempre algo distinto de lo que quiere decir para hacer surgir algo que sobrepasa aquello a lo que se refiere” (Iser, 2004: 53).

Para Iser los relatos comienzan a ser ficcionalizados cuando se ven convertidos en signos con los que se puede explicar una realidad oculta, ya que únicamente el significado ficcionalizado del relato puede evidenciar e iluminar lo poco definido. Estos significados no se reemplazan entre sí sino que son simultáneos: dobles. Para el teórico alemán no existe una limitante para aquello que puede ser representado, dada la naturaleza creadora que conlleva la ficcionalización: la representación formal de la creación humana...

[Donde] el propio proceso creativo lleva la ficcionalidad⁵ inscrita en las estructuras del doble sentido. A este respecto, nos ofrece la oportunidad paradójica y (quizás por ello) deseable de estar tanto metidos de lleno en la vida y al tiempo fuera de ella. [...] La ficcionalización representa formalmente nuestro estar en medio de las cosas, al convertir esta implicación en espejo de sí misma (Iser, 2004: 58).

El mundo del relato contiene dentro de sí una lógica y estructura que se sostiene dentro de su realidad ficcional verosímil y se distingue de lo verdadero.⁶ Wolfgang Iser desarrolla esta problemática puntualizando que el término ficción se encuentra asociado mayormente con el ámbito narrativo de la literatura, aunque reconoce una segunda acepción que es aludida por Samuel Johnson⁷ basada en una falsedad o una mentira. Iser (2004) señala en “Ficcionalización: la dimensión antropológica de las ficciones literarias” que no sorprende que a las ficciones literarias se les etiquetara de mentiras, porque hablan de aquello que no existe, pero presentan su no-realidad como si realmente existiera (43). La premisa anterior es vital para esta investigación: el trato de las ficciones en *Rescoldo* no se toma como mentira. La novela representa un universo verídico sustentado en la subjetividad ficcional de su creador Antonio Estrada, el

⁵ Steven Bermúdez Antúnez (2006) se refiere a la ficcionalidad como un recordatorio de que existen sucesos, ideas y estados de las cosas que deben ser interrogadas y reflexionadas. Por ello, “solo el discurso ficcional permite levantar hipótesis sobre lugares demasiado escondidos de la vida humana. De este modo puede penetrar, aunque sea solo a modo de conjetura, en aquellos intersticios apenas perceptibles de nuestra existencia” (141). Destacando que los textos ficcionales representan variados senderos para recorrerlos.

⁶ Walter Mignolo (1981) señala que “aceptamos hoy que el narrador en la ficción literaria es una entidad distinta a la del autor” (85). Partiendo de esa idea, Helena Beristáin (2006) distingue del *yo autor*, que es un sujeto social que desarrolla roles variados, del *yo del narrador*, que es un Yo ficcional que el lector puede ir construyendo durante el acto de leer: “Esto no significa que no haya nada del autor en el narrador; el autor pone al servicio del narrador su *competencia* lingüística y su saber que proviene de su formación intelectual y de su experiencia vital, pero la correferencialidad (que se da entre el sujeto social y el sujeto textual de una carta) se cancela entre el sujeto social y el sujeto textual de la ficción” (208). Para la investigadora mexicana lo ficcionalizado alude a un doble discurso: aquel que se enuncia como históricamente verdadero y pertenece al autor, y el simulado que corresponde al narrador, pero se autentifica como real en el terreno literario: “En el *discurso* ficcional hay un doble discurso simultáneo debido a que hay un acto de *enunciación* verdadero, dado dentro de una dimensión pragmática, que es un acto del autor; y hay también un acto *ilocutivo* simulado, del narrador, dado en una dimensión semántica en la que el discurso siempre aparece, por definición, como verdadero, aunque proviene de la fuente ficticia (el narrador) y no de la no ficticia (el autor). El acto de lenguaje del autor es ‘ficcionalmente verdadero’, el del narrador en cambio, es ‘verdaderamente ficcional’. (En el caso de la narración no ficcional, el papel del narrador es social; el historiador escribe desempeñando su papel social de historiador)” (Beristáin, 2006: 208).

⁷ Samuel Johnson, conocido como doctor Johnson, fue un escritor inglés y una de las mayores figuras literarias del siglo XVIII. Hizo contribuciones como poeta, dramaturgo, ensayista, moralista, crítico, biógrafo y editor. Fue autor del primer diccionario de la lengua inglesa, y considerado por muchos como el mejor crítico literario de su época.

cual no se rige bajo las premisas del mundo real, aunque haya partido y se parezca a él representa una realidad que se sustenta en lo literario.

1.1.2. APROXIMACIÓN AL FINGIMIENTO Y A LAS FICCIONES LITERARIAS DE ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ

Las leyes de los universos ficcionales pueden reflejar o imitar el mundo real del creador, pero nunca serán el mundo del autor. El teórico español Alfonso Martín Jiménez (2015) aborda la afirmación de Félix Martínez Bonati⁸ referente a que las frases de las obras literarias “no pueden constituir aserciones verídicas del autor” (106), y retoma la aseveración de que una obra literaria no equivale a mentir o fingir, “pues, al contrario de lo que ocurre cuando se miente en la vida real, los autores literarios no pretenden que sus relatos sean tenidos por verdaderos. Y si la obra literaria no es una ‘mentira’, cabe plantearse qué tipo de verdad refleja” (106).

El término *ficción* presenta dos posibilidades, aquella que se relaciona con el acto de mentir en el mundo real y la que posibilita crear ficciones: el primero pretende engañar al destinatario, “procurando que tome por cierto lo que el emisor relata, mientras que el segundo no pretende engañar al destinatario [...] por el contrario, el autor es muy consciente de que el destinatario dará por supuesto el carácter ficcional de ese mundo” (Martín Jiménez, 2015: 120). En *Literatura y ficción. La ruptura de la lógica ficcional* (2015) el teórico español elabora un modelo del texto literario que incluye las categorías genéricas esenciales y, basándose en la terminología de la teoría de los mundos posibles, las denomina *mundo del autor* y *mundo de los personajes*. Con este modelo establece una clasificación de los géneros literarios —complementada por el desarrollo de una teoría sobre la ficcionalidad— que integra todas las manifestaciones literarias imaginables que demuestran la existencia de géneros literarios ficcionales y no ficcionales.

Martín Jiménez (2015) plantea una distinción entre el acto de fingir, relacionado con el mundo del autor, y el de crear ficciones, que se ciñe al mundo de los personajes. Con ello explica las distintas posibilidades de creación literaria y establece la taxonomía de “fingimiento literario”. Además, explica los casos en los que se produce una ruptura de la lógica ficcional (o metalepsis),⁹ dada cuando entran en contacto elementos que deberían ser independientes como cuando el

⁸ Félix Martínez Bonati es un profesor, intelectual, novelista, académico y crítico literario chileno. Sus estudios se desarrollan en el campo de las humanidades y de la literatura.

⁹ Término retomado de Gérard Genette.

autor se introduce en el universo ficcional de los personajes. Para estos casos desarrolla la teoría de los mundos imposibles, complementaria a la teoría de los mundos posibles (13).

Las posibilidades totales de la expresión literaria aplican a todas las formas existentes, debido a que para Martín Jiménez (2015) “pasan por la representación de la identidad del autor, por la representación del universo de los personajes, o por la representación conjunta del autor y de los personajes, y no existe ninguna otra posibilidad” (34). En este constructo literario tanto el creador, su identidad y los personajes son relevantes, dado que el creador representa su identidad o bien inventa un mundo con personajes.

1.1.3 LA TRIADA DE ISER EN LA FICCIONALIZACIÓN: LO REAL, LO FICTICIO Y LO IMAGINARIO

Wolfgang Iser (1993) plantea en “Fictionalizing Acts” que “el texto literario es una mezcla de realidad y ficciones”¹⁰(1), por lo que ya no puede hablarse de la simple oposición entre realidad y ficción. Es necesario crear una triada: lo real, lo ficticio y lo imaginario. El acto de ficcionalización va a convertir la realidad en un signo, que va a proyectar simultáneamente lo imaginario, lo cual permitirá discernir qué es aquello que está frente a ese signo. “La relación triádica entre lo real, lo ficticio y lo imaginario es básica para el texto literario, y de ella podemos extrapolar la naturaleza especial del acto ficcionalizador”¹¹ (Iser, 1993: 3). La relación triádica básica para el texto literario es lo que permite la extrapolación del acto de ficcionalizar: cuando las realidades son transportadas al texto se convierten en signos de algo más, de otra cosa.

Para Iser ficcionalizar implica un acto trasgresor de cruzar fronteras, y será este acto el que lo vincule a lo imaginario, concepto que puede presentarse de forma difusa en tanto depende de un sujeto que lo piense o lo haga existir. Los discursos ficcionales literarios presentan personajes ficticios o imaginarios, que bien podrían ser inspirados en sujetos históricos o factuales, y se sostienen dentro de una dimensión narrativa verosímil o no para el lector. Como producto cultural, la naturaleza de las ficciones literarias es mutable, dado que se adaptan a las representaciones de “imágenes del mundo” y a lo que le signifiquen al autor y a los lectores en

¹⁰ “The literary text is a mixture of reality and fictions” (la traducción al español es propia).

¹¹ “The triadic relationship among the real, the fictive, and the imaginary is basic to the literary text, and from it we can extrapolate the special nature of the fictionalizing act” (la traducción al español es propia).

las diferentes épocas y contextos. Además, las ficciones literarias darán cuenta de los personajes y sus respectivas visiones del mundo y de los otros.

1.2 LA AUTOFICCIÓN LITERARIA Y EL MODELO DE ANÁLISIS DEL TEXTO LITERARIO DESDE LOS PLANTEAMIENTOS DE ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ

Esta investigación plantea un análisis de la familia del líder cristero Florencio Estrada dentro de *Rescoldo*, a partir de los conceptos de ficcionalización y ficción —abordados anteriormente— y los de autoficción y la teoría de los mundos posibles, de los cuales se encarga este apartado. Dentro de los textos literarios la ficcionalización puede dar paso a la autoficción. El origen del concepto autoficción se atribuye a Serge Doubrovsky, quien lo popularizó en su novela *Fils*¹² de 1977. Los enfoques y las definiciones que acompañan al término autoficción son diversos,¹³ aunque para los fines de este apartado el teórico de referencia será el español Alfonso Martín Jiménez, quien enmarcará a la autoficción como una de las posibilidades que se desarrollan dentro de los mundos imposibles.¹⁴

¹² Alfonso Martín Jiménez (2016) refiere en su ensayo *Mundos imposibles: autoficción* que en la contraportada de la novela de Doubrovsky se precisaba que *Fils* no era una autobiografía porque ese privilegio era reservado a las personas importantes. Para Doubrovsky su novela era una “ficción de acontecimientos y de hechos estrictamente reales; si se le quiere, *autoficción*” (165). En 1980 el autor francés escribió “Autobiografía/Verdad/Psicoanálisis” en donde añade que su novela trataba de hechos autobiográficos, pero bajo un marco de ficción: “La parte de invención novelesca se reduce a proporcionar el marco y las circunstancias de una pseudo-jornada, que sirve de cajón de sastre a la memoria [...] ¿Por qué y cómo la autobiografía se transformó entre mis manos, por así decirlo, en lo que he acabado por denominar autoficción?” (citado por Martín Jiménez, 2016: 165).

¹³ Para Gérard Genette en *Ficción y dicción* la autobiografía tiene como característica la advertencia del autor: “Yo, autor, voy a contaros una historia, cuyo protagonista soy yo, pero nunca me ha sucedido”. Darriussecq concibe la autoficción como una aserción que se presenta como fingida y *al mismo tiempo* como seria”. Antonio Pozo Garza (2017) en “Autoficción en la novela: realidad ficción y autobiografía” señala que el concepto de autoficción es relativamente nuevo y se atribuye a Doubrovsky. Para Pozo Garza se entiende como autoficción a aquel tipo de literatura que reúne los conceptos de autobiografía, realidad y ficción (3). El autor refiere que, según José Romera Castillo, la autoficción se diferencia de la autobiografía por la relación de semejanza existente entre la historia vivida por el personaje de la escritura y la del autor-narrador-personaje (citado por Pozo, 2017: 4). Pozo Garza se remite a uno de los ensayos compilados por Ana Casas en *Autoficción: reflexiones teóricas* donde se recoge una clasificación de Vincent Colonna —discípulo de Gérard Genette— sobre las cuatro categorías para la autoficción: “Autoficción fantástica: “el escritor se convierte en un héroe de ficción”. Autoficción biográfica: en este caso los datos aportados son reales y el autor se convierte en personaje de una historia posible. Autoficción especular: el autor puede no aparecer en la obra como tema central. Su presencia se daría “a través de la reflexión metaliteraria”. Autoficción autorial: el escritor se manifiesta por medio de comentarios y anotaciones, pero no como personaje que actúa en la trama”. (Citado por Pozo, 2017: 7). Para Manuel Alberca la autoficción se produce cuando el autor es protagonista de sucesos ficticios o cuando se mezclan datos factuales con ficcionales.

¹⁴ El concepto fue tomado de Javier Rodríguez Pequeño en su ensayo de 1997 “Mundos imposibles: ficciones posmodernas”, pero es desarrollado por Alfonso Martín Jiménez.

Martín Jiménez (2016) en “Mundos imposibles: autoficción” prefiere —de entre los distintos usos que se le atribuyen a esta figura— limitarla a los casos en los que el autor de una obra se presenta a sí mismo como un personaje y protagoniza hechos ficticios dentro de ella. “La autoficción así entendida se ha situado a medio camino entre la autobiografía y la ficción” (163). A manera de recuento, el teórico español señala que la *autoficción* se ha empleado de forma más amplia que la implicada en el término autobiografía, de esta manera:

Se han llegado a incluir un tipo de obras que mezclan los sucesos autobiográficos con los ficcionales, o que llegan a describir solamente sucesos ficcionales que nunca le han ocurrido al autor. Basta con que el personaje tenga el mismo nombre que el autor para que la obra —ya contenga una amalgama de eventos factuales o ficcionales, ya presente exclusivamente sucesos ficcionales— se incluya en el ámbito de la autoficción (Martín Jiménez, 2016: 165).

Ningún acto creador del autor literario está exento de ficción: las frases y acciones de los personajes podrían mimetizarse con algunos hechos vividos por el creador, pero la reestructuración de las frases, la elección de los pasajes, el tiempo narrativo, las imágenes utilizadas, las digresiones estéticas y la selección del lenguaje que busca la verosimilitud está al servicio de la ficción. El teórico español se centra en la importancia de considerar los tres estratos de la ficción de Martínez Bonati:¹⁵ las *frases miméticas del narrador* (con las que el autor convence a los lectores de tomar por verdadero aquello que sucede a los personajes: son veraces), las *frases no miméticas del narrador* (que incluyen opiniones o juicios del narrador sobre lo que relata. Su atributo no es ser veraces: el lector puede dudar de ellas) y las *frases de los personajes* (pueden o no ser veraces y son emitidas por los personajes ficticios de la obra) (Martín Jiménez, 2016: 169-170).

Las frases no miméticas del narrador son ampliadas por Martín Jiménez, incluyendo más posibilidades, a través de la propuesta en las que se diferencia entre las frases del enunciador, las frases miméticas del enunciador y las frases de los personajes. Las frases del enunciador pueden ser de tipo líricas como en la poesía o argumentativas como en los textos ensayísticos. Para

¹⁵ En la obra *La estructura de la obra literaria*, publicada en 1960. Estos estratos de la ficción será uno de los puntos en el que ambos autores coinciden, aunque Martín Jiménez complementará las *frases no miméticas del narrador* que Bonati no consideró.

Martín Jiménez (2016) estas frases incluyen las opiniones del narrador, pero también sus emociones: los posibles actos en los que finge sobre la realidad de lo relatado, frases que indican los cambios de temporalidad o espacialidad o, incluso, las de naturaleza metaficcional (170).

Esta clasificación de frases ampliadas por el teórico español será vital para determinar si dentro de la obra el narrador es o no una autoficción del autor. Por ello, reserva cuidadosamente el concepto *autoficción* para nombrar los casos en los que considera que existe una ruptura de la lógica ficcional dentro del texto, que da cabida a los mundos imposibles. “La autoficción se produce cuando el autor protagoniza acontecimientos ficticios, aunque también puede darse una mezcla de sucesos factuales y ficcionales. En cualquiera de los casos, se caracterizan por su indeterminación” (Martín Jiménez, 2016: 173). La indeterminación será regulada por el lector con los datos que encuentra dentro de la obra porque no le será posible distinguir qué es verdad y qué no lo es dentro de lo narrado.

Uno de los tipos de autoficción ocurre cuando el creador, retomando los sucesos de su pasado e historia, elabora un personaje que —bien teniendo su nombre o no— incorporaría hechos ficticios para poder elaborar un relato que sea verosímil al lector. De esta forma, en la autoficción, sería prácticamente imposible para el lector —de no tener un referente biográfico sólido— identificar cuáles hechos son ficcionales y cuáles de ellos se circunscriben a la realidad histórica del creador.

1.2.1 TEORÍA DE LOS MUNDOS POSIBLES

Alfonso Martín Jiménez elabora un modelo del texto literario que incluye las categorías genéricas esenciales y, basándose en la terminología de la teoría de los mundos posibles, las denomina mundo del autor y mundo de los personajes. Con este modelo establece una clasificación de los géneros literarios —complementada por el desarrollo de una teoría sobre la ficcionalidad— que integren todas las manifestaciones literarias existentes o imaginables.

En este constructo literario en el que, tanto el autor y su identidad, como los personajes son importantes, será el creador quien elija cómo representarse a sí mismo y cómo construirá e interactuará con el entorno y los demás personajes. “Estas categorías se constituyen, al igual que ocurría con los modos de enunciación platónicos, en torno a la representación de los polos

antropológicos y universales de la propia *identidad* (autor) o de la *alteridad* (universo de los personajes)” (Martín Jiménez, 2015: 34).

Este teórico propone una adaptación de la teoría de los mundos posibles¹⁶ y partiendo del término mundo denomina a las categorías propuestas: la representación de la identidad del autor será denominada mundo del autor y la representación del universo en el que se desarrollan los personajes mundo de los personajes; “teniendo en cuenta que queda una tercera posibilidad de representación conjunta de la identidad del autor y del mundo de los personajes, es decir, de desarrollar conjuntamente en un mismo texto el *mundo del autor* y el *mundo de los personajes*” (Martín, 2015: 35).

Martín Jiménez (2015) desarrolla la teoría de los mundos posibles de Tomás Albaladejo¹⁷ que se presenta como una lectura de la realidad desde su concepción más amplia, que abarca desde el mundo real efectivo como el objetivo, y los mundos alternativos a este. Esta propuesta permite explicar nuestro comportamiento en la vida real y el comportamiento de los personajes que habitan los mundos de ficción, entendidos “como mundos alternativos al de la realidad” (2015: 67):

Tomás Albaladejo contempla la existencia de tres tipos de modelo de mundo por los que se rige la creación de todas las obras narrativas. Así, el *tipo I de modelo de mundo es el de lo verdadero*, y a él corresponden los modelos de mundo cuyas reglas son las del mundo real objetivamente existente (autobiografías, libros de viajes, memorias...); el *tipo II de modelo de mundo es el de lo ficcional verosímil*, al que corresponden los modelos de mundo cuyas reglas, sin ser las del mundo real objetivo, están construidas de acuerdo con estas (novela realista, novela naturalista...); y el *tipo III de modelo de mundo es el de lo ficcional no verosímil*, al que corresponden los modelos de mundo cuyas reglas implican una trasgresión de las normas del mundo real objetivo (novelas de ciencia ficción, cuentos maravillosos...) (Citado por Jiménez, 2015: 67).

¹⁶ Abordada por autores como Doležel, Eco, Mignolo, Pavel, Bruner, Harshaw, Hintikka, Albaladejo y otros.

¹⁷ Tomás Albaladejo fue profesor de Alfonso Martín Jiménez en la Universidad de Valladolid. También fue el director de su tesis doctoral, la que se convertiría en el libro *Literatura y ficción. La ruptura de la lógica ficcional* donde desarrolla su lectura sobre modelo de la teoría de los mundos posibles y los mundos imposibles.

Dentro de las posibles combinaciones o clasificaciones que pueden encontrarse de los distintos tipos de modelo en las obras literarias, Tomás Albaladejo establece una ley de máximos semánticos, donde el modelo de mundo de un texto corresponde al máximo nivel semántico de cualquiera de sus elementos, “de tal manera que si en un relato aparecen, por ejemplo, elementos del tipo I y del tipo II, dicho relato pertenecerá al tipo II, y si en una obra aparecen elementos del tipo II y del tipo III, pertenecerá en su conjunto al tipo III” (citado por Jiménez, 2015: 67).

Este modelo de la teoría de los mundos posibles que desarrolló Martín Jiménez tiene como fin la explicación de obras que contienen variados componentes. Algunos de los ejemplos literarios citados a continuación —retomados de la conferencia “Mundos imposibles: autoficción” que dictó el autor en 2018 en la Universidad Francisco de Vitoria— permiten aclarar la clasificación de los textos según los modelos de mundo propuestos, además se incluyen otros títulos que son producto de mi asimilación del concepto. En *La montaña mágica* de Thomas Mann o en *Una historia abreviada de la literatura portátil* de Enrique Vila-Matas se observan en el narrador reflexiones ensayísticas que entrarían en la clasificación que mezcla la narración del mundo de los personajes y la del mundo del autor, por lo que se sitúa en la segunda categoría. El modelo también permite explicar textos más complejos como los llamados amasijos o entreveros, como los textos de Benedetti o Cortázar o como *Lo demás es silencio* de Augusto Monterroso o *Farabeuf o la crónica de un instante* de Salvador Elizondo, que mezclan fragmentos muy diferentes: textos líricos con argumentativos, textos dramáticos o textos autobiográficos.

Martín Jiménez, retomando a Genette, hace una distinción entre las narraciones homodiegética y heterodiegética, y afirma que pueden explicarse a través del modelo de mundo. Gérard Genette denomina narración heterodiegética a aquella escrita por un narrador que no forma parte de la historia como en *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes. La homodiegética será aquella en la que el personaje ficcional cuenta su propia historia, en primera persona, como en *Pedro Páramo* de Juan Rulfo o *Las Batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco. En ambos tipos de narraciones es posible desarrollar el mundo de los personajes.

La teoría de los mundos posibles de Alfonso Martín Jiménez permite ubicar a *Rescoldo. Los últimos cristeros* en la clasificación de creación narrativa de tipo II de modelo de mundo es el de lo ficcional verosímil y no la del tipo I de modelo de mundo es el de lo verdadero. El creador Antonio Estrada no optó por escribir una autobiografía o las memorias de su familia, como en el modelo de tipo I propuesto por Martín Jiménez, sino una novela con todos los elementos de

la ficción al servicio de la literatura. La novela de Estrada evoca un acontecimiento histórico cristero vivido por una familia, pero no representa la realidad objetiva sino una ficcionalización de ella y de sus involucrados porque opera con reglas ficcionales propias y verosímiles. Si bien la novela incluye reglas del mundo real existente, y está ambientada en un lugar y momento histórico específico: la sierra de Durango durante la Segunda; además de tener personajes que comparten nombres y vivencias similares a los sujetos históricos de la familia Estrada Muñoz, no representa ni pretende ser una copia fiel y verdadera de lo acontecido.

1.2.2 TEORÍA DE LOS MUNDOS IMPOSIBLES Y AUTOFICCIÓN

El modelo de la teoría de los mundos posibles propuesta por Alfonso Martín Jiménez pretende explicar todas las formas de textos literarios existentes o imaginables. Como extensión, el modelo sirve para explicar la ruptura de la lógica ficcional, a través de los mundos imposibles. La autoficción implica que un autor se presente a sí mismo protagonizando sucesos ficcionalizados o ficticios dentro de su obra. Aunque, desde lo desarrollado por Martín Jiménez, la autoficción extiende el concepto más allá de las obras literarias en las que el autor real experimenta sucesos ficticios verosímiles o inverosímiles. Será en la ruptura de la lógica ficcional —en la metalepsis de Genette— donde tendrán cabida los mundos imposibles; los cuales operan dentro de espacios del texto que lógicamente parecerían inconexos. Como cuando el autor del texto se pone en contacto con alguno de sus personajes, convirtiéndolo automáticamente en un personaje ficcional.

El teórico español pone como ejemplo de mundos imposibles a la novela o novela *Niebla* de Miguel de Unamuno, donde el autor se ficcionaliza al entrar en contacto con su personaje Augusto Pérez a través de una visita. O bien, cuando uno de los personajes se dirige o interpela de forma imposible a los lectores reales. Ambos casos rompen la estructura lógica esperada en un texto literario. La ruptura de la lógica ficcional o la creación de un mundo imposible puede explicar la naturaleza de determinadas obras imposibles, las cuales algo tienen de ilógicas o incoherentes para el lector como el personaje de Unamuno visitándolo en el mundo real o en “Continuidad de los parques” de Julio Cortázar donde el personaje, sentado en un sillón de terciopelo verde, lee una novela sobre un asesinato, y no es consciente que está leyendo sobre su propia muerte tramada por su esposa y su amante.

La lectura de este concepto ofrece otro ejemplo sobre la ruptura de la lógica ficcional, la cual identifico en el microcuento “Final” de Edmundo Valadés. En él un sujeto es conducido por la fuerza invisible de un automóvil hacia un lugar oscuro. No puede hacer nada. Alguien detiene el motor. Otro individuo que no estaba antes le apunta a la cabeza y pronuncia una frase que rompe la lógica ficcional e interpela directamente al lector:

De pronto, como predestinado por una fuerza invisible, el automóvil respondió a otra intención, enfilado hacia imprevisible destino, sin que mis inútiles esfuerzos lograran desviar la dirección para volver al rumbo que me había propuesto.

Caminamos así, en la noche y el misterio, en el horror y la fatalidad, sin que yo pudiera hacer nada para oponerme.

El otro ser paró el motor, allí en un sitio desolado.

Alguien que no estaba antes, me apuntó desde el asiento posterior con el frío implacable de un arma. Y su voz definitiva, me sentenció.

—¡Prepárate al fin de este cuento! (Valadés, 2017: 21).

En el modelo textual propuesto, la autoficción se incluye en la teoría de los mundos imposibles porque su naturaleza rompe con la lógica ficcional. Martín Jiménez hace tres precisiones sobre la autoficción al finalizar la conferencia “Mundos imposibles: autoficción” (2018): “No todas las obras que se han relacionado con la autoficción son realmente autoficcionales, puesto que muchas de ellas no constituyen una ruptura de la lógica ficcional y no hay en ellas creación de un mundo imposible”. La segunda es que la autoficción puede darse en distintos tipos de textos como la novela, el teatro, el cine y las series de televisión. La tercera que la autoficción puede presentar distintos tipos de ambigüedad donde el lector no sabrá qué es realidad y qué es ficción. A su vez, la teoría de los mundos posibles considera que el universo o el mundo general de la obra contiene submundos o mundos de individuos, y existen tantos como personajes la componen. Esos submundos se basan en las subjetividades del sujeto ficcional: su contexto, su historia, su educación, sus relaciones con los otros. Y, a su vez, es posible que esos submundos reales afectivos incluyan submundos imaginarios que solo se materializan en los pensamientos y conjeturas no expresadas del personaje: submundos conocidos, fingidos, deseados, temidos, imaginados, creídos, soñados...

1.2.3 EL MUNDO DEL AUTOR, EL MUNDO DE LOS PERSONAJES Y EL MUNDO DEL AUTOR Y DE LOS PERSONAJES

Para Alfonso Martín Jiménez (2015) “la creación de personajes ficticios garantiza la ficcionalidad” (105), y en *Rescoldo* se cumple la premisa porque la novela no es una mentira contada por Estrada sino una verdad que opera en lo literario. Donde el autor es quien decide la representación de su propio mundo, adecuándola a la de los personajes. La teoría de los mundos posibles del teórico español propone sustituir los modos de enunciación del sistema platónico¹⁸—debido a su limitación para explicar completamente los géneros literarios— por las categorías mundo del autor, mundo de los personajes y mundo del autor y de los personajes, las cuales facilitan el análisis de la ficcionalización de la familia cristera en *Rescoldo* y la estructura de los personajes femeninos y masculinos en la novela.

Martín Jiménez (1993) asegura que las categorías que expone cubren todas las posibilidades de expresión. Aunque los mundos de los personajes no bastan para explicar todas las posibilidades de expresión literaria existentes, sino que necesitan al mundo del autor, no al empírico o biográfico, sino al autor textual: al que aparece al interior de la novela, y complementa la explicación del desarrollo de la trama argumental de los textos narrativos, que involucran a tantos mundos existen en el relato como personajes. “De manera que la evolución de la trama se produce por la evolución e interacción de los mundos y submundos de los diversos personajes” (98). Al aplicar la propuesta a *Rescoldo* se evidencia que existe un desarrollo tanto del autor textual, narrador, como del mundo de los personajes. Dentro del mundo de los personajes, la familia Estrada Muñoz: el padre, Florencio Estrada (también referido como coronel o Lencho); la madre, Dolores o Lola, y los hijos Antonio o Toño, Adolfo o Adolfito, Rogelio o Rogelín, el Güero (Florencio hijo) y la bebé Constanca pertenecen tanto a la realidad efectiva como al mundo ficcionalizado.

¹⁸ “Comprende el modo diegético simple, en el que habla sólo el autor, el modo mimético o imitativo, en el que hablan los personajes, y el modo mixto, que se produce cuando uno y otros hablan (Platón, República: III, 392d-394c)” (Martín Jiménez, 1993:98).

1.2.4 SUBMUNDO DE LOS PERSONAJES DESDE LA PROPUESTA DE MARTÍN JIMÉNEZ

Alfonso Martín Jiménez afirma que “en el mundo de los personajes cabe cualquier tipo de forma real o imaginable no específicamente dramática o narrativa”, lo cual incluye a textos con personajes que carezcan de un desarrollo argumental similar al de la novela o el drama (2004: 66). En la teoría de los mundos posibles de Martín Jiménez existen en el mundo general de la obra tantos submundos como personajes existan dentro de ella. Estos mundos son susceptibles a ser divididos tanto en un submundo real efectivo como en submundos imaginarios. Para el teórico español es necesario clarificar que la ley de los máximos semánticos de Albaladejo para nombrar los tipos de mundo, solo se aplica a los submundos reales efectivos de los personajes. “Así, aunque un personaje de una novela realista finja, imagine o sueñe algo inverosímil, la obra seguirá siendo del tipo II, pues esa actitud de experiencia del personaje no corresponde a su submundo real efectivo sino a los submundos imaginarios” (Martín Jiménez, 2004: 68).

En el submundo real efectivo se ubican los sucesos que acontecen a los personajes, “por lo que sustenta el carácter temporal de la trama argumental” (Martín Jiménez, 2004: 68). Los submundos imaginarios se encargan de todas las actitudes de experiencia de los personajes “(conocimiento, fingimiento, deseo, temor, etc.), y colaboran a establecer el desarrollo de la trama al interactuar con el submundo real efectivo” (Martín Jiménez, 2004: 68). Para el teórico español los submundos imaginarios constituyen un reflejo de los procesos mentales que operan dentro de los personajes, los cuales se explican gracias a una serie de submundos a los que denomina submundo conocido, submundo fingido, submundo deseado y submundo temido, por mencionar algunos (2004: 68).

Es decir, si a los personajes ficcionalizados se les otorga la complejidad que representan y se los concibe como seres que operan una maquinaria interior propia, ficcionalizada y verosímil, que trasciende el mundo posible de la obra y el submundo de lo real efectivo donde se mueven e interactúan con los otros personajes; para los fines de esta investigación, existe en los submundos imaginarios un nivel más profundo del yo donde los personajes darán cuenta de sus subjetividades, de sus pensamientos y ensoñaciones.

1.3 UNA APROXIMACIÓN A LA SUBJETIVIDAD DE SILVIA BLEICHMAR Y SU APLICACIÓN A LOS PERSONAJES LITERARIOS

Para Silvia Bleichmar (2010) un sujeto, con su naturaleza volitiva, se enfrenta constantemente a un objeto. El sujeto, históricamente determinado, posee en parte una subjetividad con esencia histórica. La subjetividad encarna la singularidad humana: en ella se entrecruzan la constitución psíquica y las condiciones histórico-sociales que crean al sujeto social. En esos términos, la subjetividad se basa en la relación sujeto-objeto, pugnada en correspondencia con la problemática del inconsciente que no surge de forma espontánea. La subjetividad no se refiere solo a un sujeto cognitivo sino a un sujeto que está atravesado por representaciones y fantasmas.

Para la psicoanalista argentina el psiquismo se encarga de los aspectos personales y de índole interna del sujeto y está determinado por elementos y variantes que trascienden los modelos sociohistóricos. En cambio, la producción de subjetividad considera elementos que contribuyen a la formación social del sujeto, en un sentido de producción y reproducción ideológica en conjunto con las variables sociales que lo insertan en un tiempo y espacio histórico, político y social específico. La subjetividad se determina por su entorno y se construye a partir de procesos sociales y culturales.

Realidad y subjetividad no se evaden entre sí. Respecto a la realidad, Bleichmar (2006) busca diferenciarla entre lo real con incidencia en el psiquismo y aquello relacionado con la realidad constituida, en donde no solo se considera el discurso de la relación significante, sino el discurso social que determina los límites de posibilidades para comprender lo real. La apreciación de la realidad no es algo directo entre el sujeto y el objeto: tiene una constitución ideativo-ideológica que impregna al Yo, donde no es posible obviar al inconsciente. Para la psicoanalista será vital determinar qué es este Yo y de qué manera la subjetividad tiene o no que ver con él. Para entender la subjetividad es necesario lo significante, pero también los discursos instituyentes que transgreden el código de la lengua.

La autora argentina argumenta que construir subjetividad implica un proceso continuo de transformación y cambio. Para erigirla es preciso la interacción entre un entorno determinado y un sujeto, el cual está condicionado por las experiencias pasadas, las relaciones interpersonales, la cultura y el momento sociohistórico y político donde habita. La subjetividad no es estática, sino que se construye, desarrolla y transforma a lo largo de la existencia y las relaciones interpersonales.

Desde la literatura es posible analizar la construcción de subjetividad de los personajes y cómo su identidad y devenir transitan entre las funciones del Yo de la autopreservación (mantenimiento de la identidad) y la autoconservación (permanecer con vida), en los términos de Bleichmar, a lo largo de la trama narrativa. Los parámetros literarios para la identificación de la subjetividad en los personajes consideran los pensamientos, acciones, emociones y posturas respecto a un hecho o persona en particular: el personaje enfrentado a una cosa, a un individuo o a una circunstancia específica.

El contexto sociocultural donde se ambienta la obra literaria, las experiencias vividas y relaciones interpersonales influyen en la subjetividad de los personajes identificables en sus acciones o diálogos. En ese sentido, no es posible aislar la subjetividad de Alonso Quijano, don Quijote, que se instaura en función a las novelas de caballería, a su contexto histórico, sus ilusiones y fantasías que se traducen en un sinsentido para los otros, pero en una promesa de aventura para su escudero Sancho Panza.

Los personajes tienen creencias y asumen una posición ante el mundo que los interpela: aman, ríen, sueñan, se arrepienten, lloran, matan o mueren. La panorámica puede ampliarse, dado que la subjetividad en la literatura puede estudiarse desde la postura del lector, quien realiza una actividad subjetiva e interpretativa en la que incluso accede a un nivel de identificación, experimentación de emociones y pensamientos propios en función a los personajes. Uno de los ejemplos remite a la sociedad francesa del siglo XIX, escandalizada por las recurrentes pasiones exacerbadas e infidelidades de Emma Bovary.

El personaje femenino de madame Bovary rompía con la subjetividad moral de las mujeres de la época. Emma cometía adulterio porque el matrimonio distaba de aquello leído en las novelas románticas a las que era asidua. Además, era ambiciosa y sus aspiraciones sociales la llevaron a presionar a su aburrido marido hasta el punto de llegar a la quiebra. Madame Bovary fue traicionada y usada por sus amantes, y con la ruina financiera, el desamor y la enfermedad a cuestas la única salida que encontró fue el suicidio. Los lectores se incomodaron tanto que se presume llevaron a juicio a Gustave Flaubert, el autor, quien era incitado a confesar quién era Emma.

La literatura es también una herramienta para explorar y representar la subjetividad humana, contenida tanto en los personajes como en los creadores y los lectores. Esta investigación considera el papel y desenvolvimiento de los personajes en función a los mundos

y submundos posibles planteados por Alfonso Martín Jiménez en apartados previos, los cuales se sitúan en espacios específicos ambientados dentro la narración.

Mi propuesta consiste en que los submundos de los personajes equivalen a las subjetividades humanas, las cuales traslado al ámbito ficcional para su análisis. Con ello, se justifica que en los capítulos dos y tres de esta tesis la aproximación a los personajes se realiza no solo en función de las teorías literarias de Wolfgang Iser y Alfonso Martín Jiménez en los términos de la ficcionalización, sino que se complementan con las conjeturas psicoanalíticas de Silvia Bleichmar sobre las subjetividades, las cuales son aplicadas al universo ficcionalizado de *Rescoldo*.

El próximo apartado se dedica a hacer anotar cómo opera el mundo ficcional de los personajes femeninos en las novelas cristeras, como categoría de análisis I, y a nombrar las características principales de las familias cristeras para establecer las bases de análisis desplegadas en el capítulo II de la tesis.

1.4 EL MUNDO DE LOS PERSONAJES FEMENINOS (CATEGORÍA DE ANÁLISIS I: LAS MUJERES CRISTERAS EN LA LITERATURA)

El apartado anterior da cuenta —desde los planteamientos de Alfonso Martín Jiménez— de la autoficción literaria y del modelo de análisis del texto literario basado en los mundos posibles que explican todas las formas de textos literarios existentes o imaginables. Explica también los tres modelos de mundo propuestos por Tomás Albaladejo por los que se rige, de manera totalizadora, la creación de las obras narrativas: el tipo I de modelo de mundo es el de lo verdadero, el tipo II de modelo de mundo es el de lo ficcional verosímil y el tipo III de modelo de mundo es el de lo ficcional no verosímil.

Este apartado se centra en el mundo de los personajes femeninos y en la categoría de análisis aplicado en el capítulo II. Los personajes femeninos, su importancia y participación en la familia y el movimiento cristeros en *Rescoldo*. Los personajes femeninos se configuran y crean su realidad partiendo de elementos como el lenguaje y las expresiones verbales y accionales que permiten apropiarse del mundo de lo femenino: un mundo que puede romper los estereotipos atribuidos al género.

Para los fines de esta tesis los personajes son estudiados con la complejidad y elementos que constituyen a un personaje del mundo real porque la literatura constituye un mundo verosímil y sustentable en sí mismo. Para Alfonso Martín Jiménez (2015) el mundo de los personajes puede independizarse del mundo del autor. El autor puede escribir un texto, pero los que habitan el mundo de los personajes pueden construir sus propios textos y transmitirlos dentro de la escritura a través de cartas, poemas o relatos que muestran su capacidad antropomorfa de componer textos (85).

En este apartado es necesario referir la importancia del autor en las teorías propuestas por Alfonso Martín Jiménez. En la teoría de los mundos imposibles se considera al autor o creador y al receptor real, quienes operan fuera del texto, y al enunciador y enunciatario que se encuentra dentro del texto, de donde se desprenden el mundo del autor y el mundo de los personajes. La participación del autor y sus referentes históricos son necesarios para determinar si existe o no una ruptura de la lógica ficcional y si se accionan los mundos imposibles en la obra analizada.

Martín Jiménez (2015), basado en la sustitución de las categorías platónicas de análisis, alude a que lo más importante no es *quién* hable en las obras literarias, sino de qué o de quién se hable en las mismas. “En lugar de definir las obras por él habla del autor o por el habla de los personajes, lo haríamos a través de las categorías antropológicas de contenido, a mi juicio más relevantes, de la representación de la identidad del propio autor o del universo ficcional de los personajes” (34). Con ello, lo más importante sería la representación del propio autor o de los personajes, con la posibilidad de que ambas representaciones operen conjuntamente.

Una propuesta de clasificación de los personajes dentro de las obras con temática cristera la ofrece Antonio Avitia Hernández (2006) en su tesis doctoral en humanidades “La narrativa de las cristiadas. Novela, cuento, teatro, cine y corrido de las rebeliones cristeras”, pero como únicamente clasifica a los personajes femeninos en los grupos que participaron o no en las Brigadas Invisibles Brigadas Invencibles (Bi-Bi)¹⁹ limita el análisis en *Rescoldo*. Sin basarme en la

¹⁹ El historiador Antonio Avitia (2000) sostiene en *El caudillo sagrado* que “Las Bi-Bi de la ciudad de Durango aprovisionaban, hasta donde podían, a los cristeros de Santiago Bayacora, Mezquitlan, Yonora y Temoaya. En el caso de los cristeros de Huazamota, su principal contacto urbano fue con Huejuquilla el Alto, Jalisco, en donde María Natividad González González, alias la Generala, a fuerza de avituallar a los cristeros de la zona de Pedro Quintanar, así como organizar a las Bi-Bi, llevando una doble vida, se transformó en el personaje principal de la novela *Pensativa*, de Jesús Goytortúa” (54).

tesis antes mencionada elaboré una breve categoría de análisis sobre los personajes femeninos y sus diferentes tipologías, las cuales suelen repetirse en las novelas de este género. La forma en la que realizo esta suerte de categorías de las mujeres, y que también aplica a los hombres cristeros en la literatura parte de las familias y de sus integrantes. A partir de fuentes históricas y literarias, propongo una lente que permite el análisis de los personajes partiendo de tipologías que se repiten o asemejan en obras literarias de temática cristera, aplicables a *Rescoldo*.

La propuesta corresponde al terreno de la ficción, pero ante las limitantes sobre el tema desde lo literario se alude a algunos textos que dan cuenta de estos elementos de análisis desde lo histórico; trazando las directrices para analizar las categorías de las familias, las mujeres y los hombres cristeros en la literatura mexicana. Los personajes femeninos en la novela de *Rescoldo* parten de la ficcionalización de la familia histórica y cristera de Florencio Estrada. Las familias durante este movimiento de la Segunda (1934-1939) compartían rasgos en común como sus prácticas de fe y devoción católica, participación —en mayor o menor medida— dentro del movimiento, la defensa de la libertad y símbolos religiosos y la firme convicción de salvación de sus almas, aunque eso implicara la muerte o el martirio.

En México se produjeron levantamientos armados en distintos estados y, con la geografía tan disímil, las familias cristeras se ubicaron tanto en las principales ciudades como en la provincia y el campo: algunas de ellas tuvieron que esconderse en las montañas, cuevas y zonas agrestes como es el caso de la familia itinerante de Florencio Estrada que da pie a los personajes en *Rescoldo*.

1.4.1 LAS PRÁCTICAS DE DEVOCIÓN EN LA FAMILIA CRISTERA

Sobre las familias mexicanas devotas, el historiador Jean Meyer (2014) menciona que “las tres generaciones del seno familiar participaron activamente en el movimiento, sea como mensajeros, llevando alimentos a los combatientes, sea orando por ellos” (268). La familia era necesaria para los cristeros, a tal grado que solían despedirse de la contienda con regularidad, no por deserción a la causa sino por no tener noticias de sus familiares, por enfermedad de sus hijos, para trabajar la tierra en sustitución de sus padres, para ganar dinero y no dejar a los suyos en la miseria. “O bien, sencillamente, los soldados se sentían acometidos por la nostalgia y querían ir a echar un vistazo a su pueblo, donde sus mujeres los despiojarían y les lavarían la ropa” (Meyer, 2014: 253-254).

Entre las prácticas comunes para realizar en familia se encontraba asistir a la misa y rezar el rosario, aunque en una entrevista la señora María Dávila, viuda de Sepúlveda, de 88 años, refirió las agresiones que vivió en Cocula, Jalisco: “Cualquier acto realizado por los católicos era considerado un delito para el gobierno; era delito rezar el rosario públicamente o en familia, se cierran escuelas, los sacramentos se daban a escondidas y con el mínimo de personas para que los federales no se enteraran, me insistía que esos días eran de coraje, de valor y nadie se acordaba de tener miedo” (Reynoso, 2012: 91).

Jean Meyer (2008) en “Cultura, religión, teología” refiere que en los campamentos cristeros se exponía el Santísimo Sacramento cuando era posible y los soldados estaban en adoración perpetua. “La comunión frecuente era la regla [...] combatientes y civiles acudían de lejos para asistir a la misa, que siempre era un momento peligroso, ya que el gobierno intentaba aprovecharlo para sorprender a la multitud recogida, en la cual se mezclaban mujeres, niños y soldados” (278).

1.4.2 UNA FAMILIA CRISTERA EN LA CIUDAD: DE LA TORRE URIBARREN

Una de las estampas familiares ciudadinas de los cristeros o adeptos a favor del movimiento la ofrece José Luis de la Torre en el capítulo II “La sucesión de la familia De la Torre Uribarren”.²⁰ El autor —desde la admiración que le provocan sus abuelos, padre y tíos— se adentra en una crónica familiar y biográfica que da cuenta del orgullo que le representa pertenecer a una familia cristera mexicana. La cual surgió de la unión matrimonial de doña María Uribarren Velasco, Guanajuato, México, y de don Ignacio de la Torre Berumen, originario de Guadalupe, Zacatecas. Esta pareja católica tuvo —entre 1900 y 1918— una hija y siete hijos, quienes vivieron en Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí y Tamaulipas (De la Torre, 2014).

Don Ignacio, desde los 17 años, formó parte del grupo católico Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR), donde llegó a ser “uno de los principales cabecillas de la organización”. Doña María fue amiga íntima de doña Pepa Juárez, madre del padre Miguel Agustín Pro, quien fue martirizado por el gobierno durante la época cristera. Esta familia era

²⁰ El autor de las *Crónicas de una familia cristera: familia De la Torre Uribarren. Defensores de la Fe. Una familia dedicada al servicio de Dios y la defensa de la libertad* obtuvo la información a través de cartas, notas, documentos familiares, fotografías, entrevistas. La mayoría del material lo recopiló María de la Torre Uribarren. Fue su hijo adoptivo Rafael quien lo donó a la Universidad de Arizona, el cual se encuentra bajo la clasificación de Archivos Especiales MS420 Familia De la Torre.

católica ferviente: servía la mesa tres veces al día, gracias a las labores culinarias de doña María y de su hija María, quien desde joven atendió las necesidades de sus padres y hermanos, al grado de dejar sus estudios de secundaria, continuando únicamente con sus lecciones de piano. El autor los describe como:

Una familia como tantas otras, pero con una jerarquía de sorprendentes valores y tradiciones bien definidos y fundamentados por sus padres. Valores que ubica a cada miembro en la escala que le corresponde. La integración y la unión familiar fueron el fruto natural de estos valores personales y valores familiares. En este ambiente interno se desarrolló la familia De la Torre Uribarren, enriquecidas las realidades humanas con el ingrediente de los valores religiosos y trascendentales, típicos de los dos troncos familiares transmitidos a sus hijos y descendientes pese a la dura situación política vivida en esos tiempos (De La Torre, 2014).

Las madres de familia durante la época cristera no temían entregar a sus hijos a Dios: como sacerdotes o como mártires. Doña María, al ser muy devota y ver las condiciones difíciles de la época, le pidió a su amigo —el recién ordenado obispo de Sonora, Miguel de la Mora— que recibiera a algunos de sus hijos en el seminario. Doña María operaba y desarrollaba las reuniones cristero-militares en su casa de San Luis Potosí, y las hacía ver como encuentros entre amistades para no levantar sospechas, pero fue descubierta. Como sus actividades y domicilios estaban comprometidos, la familia decidió pedir asilo en Estados Unidos. Se trasladaron a ese país a través de diferentes fronteras, y desde ahí se mantuvieron al tanto del movimiento cristero en México. Esta numerosa familia cristera de provincia se mantuvo fiel a sus creencias, aunque optó por mantenerse a salvo y no buscó el martirio como redención como tantas otras.

1.4.3 UNA FAMILIA CRISTERA ITINERANTE: ESTRADA MUÑOZ

Las familias cristeras itinerantes se trasladaban juntas, como la de Florencio Estrada. Las mujeres y niños se guarecían en cuevas o sitios cercanos a los encuentros y batallas que libraban los cristeros en contra de los federales. Permanecían poco tiempo en sus improvisadas viviendas para evitar ser aprehendidas. En uno de los testimonios sobre la cristiada se lee: “¡Y de veras,

qué bien se portaron las mujeres! Nos iban siguiendo con los chiquititos. ¡Ah! ¡Cómo ayudaban las pobrecitas! ¡Se exponían a tantas cosas!” (Meyer, 2014: 271).

La familia del coronel Florencio Estrada de Durango lo siguió a las contiendas: sufriendo angustia, hambre e incomodidades de todo tipo. Durante la primera guerra cristera Jean Meyer (1986) relata que Antonio Estrada era prácticamente un bebé cuando su mamá Dolores lo llevaba en brazos entre las montañas de Durango, Zacatecas y Jalisco, “entre Huazamota, Huejuquilla el Alto y Tenzompa; en compañía de huicholitos comió tierra mojada para callar el hambre y la sed. Andaban huyendo entre 1934 y 1936 con su padre Florencio Estrada, jefe cristero en la primera etapa, condenado ahora a andar por el monte” (157). Al iniciar la cristiada, Florencio Estrada regresó de Estados Unidos a Huazamota, Durango, junto a su mujer embarazada para tomar las armas en defensa de la religión católica. Durante la Segunda, no solo lo acompañó su mujer sino también sus hijos.

A la edad de 7 años, el niño Antonio Estrada y su familia se encontraban en la Sierra del Mezquital y, mientras Florencio Estrada luchaba en la Segunda Rebelión Cristera, contra las fuerzas federales y sus cuñados los Muñoz (caciques de Huazamota), doña Dolores huía constantemente con sus hijos, escondiéndose en las cuevas de la sierra y sufriendo hambres y frío para sobrellevar la lucha en la Segunda Rebelión (Avitia, 2006: 430-431).

1.4.4 LAS FAMILIAS EN LA LITERATURA DE TEMÁTICA CRISTERA

Las familias cristeras en lo literario comparten, en mayor o en menor medida, la fe y el convencimiento hacia la causa. Sus orígenes pueden ser ciudadanos, provincianos o rancheros, pero dan muestras del amor y del temor ante la pérdida del otro. Los personajes que integran las familias, dependiendo del giro de la trama, pueden permanecer fieles al movimiento o incluso separarse de él por falta de convicción. En este breve apartado se esboza una tipología de clasificación para algunas familias con características recurrentes dentro de las novelas de esta temática: las familias unidas por la fe, las familias divididas por la causa cristera y las familias que tienen al mando a una mujer, todas aplicables a *Resvoldo* con ligeras variaciones. Se ofrecen algunos ejemplos en novelas que abordan la temática cristera para mayor claridad.

1.4.4.1 FAMILIAS UNIDAS POR LA FE

- Comparten los mismos ideales morales y religiosos
- Se apoyan y acompañan en los momentos difíciles
- Pueden o no ser itinerantes
- Las mujeres siguen a sus maridos a las contiendas
- La familia lleva cargando a sus hijos, sus enseres y mascotas
- Promueven las causas piadosas
- Sufren los embates de la guerra, hambre y pobreza
- Pueden renegar de la causa, pero se arrepienten
- Generalmente tienen que huir
- Uno o más miembros de la familia mueren por la causa cristera

Este tipo de categoría se identifica en el cuento “La otra mejilla” de Antonio Estrada, donde los cristeros iban a la sierra junto a sus familias. O las familias que se retratan en el cuento “Dios en la tierra” de José Revueltas donde todo un pueblo está unido en contra de un grupo de federales que buscan agua y comida:

Eran aguardados con ansiedad y al mismo tiempo con un temor lleno de cólera. ¡Que vinieran! Que entraran por el pueblo con sus zapatones claveteados y con su miserable color olivo, con las cantimploras vacías y hambrientos. ¡Que entraran! Nadie haría una señal, un gesto. Para eso eran las puertas, para cerrarse. Y el pueblo, repleto de habitantes, aparecería deshabitado, como un pueblo de muertos, profundamente solo (Revueltas, 1941: 49).

1.4.4.2 FAMILIAS DIVIDIDAS POR LA CAUSA CRISTERA

- Sus integrantes tienen diferentes posturas políticas o religiosas
- Generalmente alguno de sus integrantes milita activamente con los cristeros
- Hay de fondo tragedias e historias amorosas no resultas
- Las diferencias suelen conducir a la ruina de la familia
- Pueden encontrarse en zonas rurales, provincia o grandes ciudades

Este tipo de familia se representa en los rancheros que viven en Los Pirules de apellido Bermúdez en *Los cristeros* (1937) de José Guadalupe de Anda, novela desarrollada en San Miguel el Alto. La familia estaba conformada por Ramón Bermúdez, su esposa Trinidad, sus hijos, Policarpo y Felipe, su madre María Engracia y el tío Alejo. La abuela María Engracia era una devota comprometida que defendía a los sacerdotes y a la religión porque la percibía amenazada. Felipe mantuvo una postura crítica y de rencor hacia el movimiento, mientras Policarpo se convirtió en un líder cristero de la zona.

Policarpo, quien pronto comenzó a ganar fama por su ejército de doscientas personas, fue nombrado coronel por el padre Vega. Los cristeros comenzaron a dudar de Policarpo y decidieron asesinarlo a puñaladas. Don Ramón enloqueció de dolor. Doña María Engracia falleció: la familia estaba arruinada. La novela concluye con un diálogo en el que Felipe enumera todas las desgracias familiares a causa de “una guerra insensata”.

1.4.4.3 FAMILIAS QUE TIENEN AL MANDO A UNA MUJER

- Tiene participación directa dentro del movimiento
- Los integrantes son militantes o líderes
- Las madres toman el control de la familia por viudez u orfandad
- Son dirigidas por mujeres fuertes y comprometidas a la causa
- Dios es su prioridad
- Saben que los sacrificios pueden llevar a la muerte: propia o de sus familiares
- Pueden buscar venganza
- Se cuestionan, en ocasiones, el rumbo de la causa y su destino

Este tipo de familias se refleja en la novela *Héctor* de Jorge Gram en el personaje de la madre Soledad Martínez, quien participaba activamente de la causa y azuzó a su hijo, Héctor, a dirigir la revuelta del norte del país: con la muerte de su hijo, ella podría llegar también a la gloria.

Por su parte, *Pensativa* de Jesús Goytortúa Santos terminó dirigiendo una hacienda en ruinas y a un grupo de empleados después de perder todo en la guerra cristera, incluyendo a su hermano.

1.4.5 TIPOLOGÍA DE LA FAMILIA CRISTERA EN *RESCOLDO*

En *Rescoldo* la unidad familiar Estrada Muñoz y la interacción con respeto y amor entre todos los integrantes es identificable dentro de la novela: juntos enfrentan los avatares de esconderse en la sierra de Durango por la persecución de los federales, quienes tenían la encomienda del gobierno para eliminar los “rescaldos” de la Segunda. La familia itinerante de Florencio Estrada en *Rescoldo*, alejada de los lujos ciudadanos, se enfrenta unida al abandono de todos, incluso de la institución religiosa que excomulga a los cristeros; y, pese a sus acciones, no termina de agotar su fe: “su compromiso es con Dios”.

A esta tipología general se suma una que posee elementos muy particulares como las familias que tienen al mando a un hombre y carecen de una madre o figura materna, como la que conforma don Atilano con su nieta Adelaida. En este tipo de familias, los hombres se encargan de llevar el hogar y proveer para los hijos. Carecen de una madre de familia que se haga cargo. La relación familiar puede establecerse por línea indirecta como abuelo-nieta, como en el caso de don Atilano, porque no existe una estructura generacional continua: hace falta una generación: los padres de Adelaida. Los hombres de esta tipología de familia en *Rescoldo* son cristeros y decidieron separarse de sus familias para poder pelear concentrados en que ellas tendrán mayores posibilidades de sobrevivir fuera de la sierra de Durango:

La mayor parte de las familias no quiso seguir penando en la sierra. Unas tomaron hacia el oriente, buscando salir a Chalchihuites y Sombrete, Zacatecas. Otras con rumbo a Durango, para rodear por Ballacorta. Entre éstas Rosenda la mujer del Pachón y Adelaida.

—Se la encargo mucho, Rosendita —le decía don Atilano—. Mírela como hermana, o como a una hija mayor...

—No se apure por su nieta, don Atilano. Le prometo que la voy a querer mucho.

Tío Chayo le tenía echado el brazo al viejito, ahorita así mirándolas ganar recodo tras recodo. Adelaida llevaba los ojos brillosos de agüita, y apretaba a aquella risita de antes, cuando el monte le tocaba la frente. Tía Pancha se llevó también a Jesusito, aunque sólo con el engaño de que iba a conocer lugares muy bonitos (Estrada, 2010: 86-87).

1.4.5.1 FAMILIAS QUE TIENEN AL MANDO A UN HOMBRE

- Los hombres se encargan de llevar el hogar y proveer para los hijos
- Carecen de una madre de familia que se haga cargo
- La relación familiar puede establecerse por línea indirecta porque no existe una estructura generacional continua: hace falta una generación
- Los hombres son cristeros que prefieren mandar a sus familiares a las ciudades más cercanas, para evitarles el sufrimiento en la sierra

1.4.6 LAS MUJERES CRISTERAS

Si bien este apartado se enfoca en los personajes literarios femeninos es relevante puntualizar algunos aspectos de las mujeres dentro de las familias cristeras porque, más allá de una pensada y errada sumisión, el desenvolvimiento de la mujer en la guerra cristera se erigió como una figura importante para el desarrollo y sostenimiento de la rebelión, debido a que las mujeres desempeñaron papeles más allá de las labores domésticas y de su acompañamiento como esposas o madres.

Las mujeres, dentro y fuera de sus hogares, eran las encargadas de transmitir los valores éticos y cristianos católicos hacia sus hijos y familiares, por lo que no dudaron hacer lo que estuviera a su alcance para defender sus creencias. Sus labores dentro del movimiento fueron variadas: preparando alimentos, cuidando enfermos, catequizando, organizando boicots, transportando parque y correspondencia, labrando la tierra, siguiendo a sus maridos y familia como Lola Muñoz, incitando a los hombres —sus hijos y maridos— a participar activamente de la guerra cristera —ofreciendo mártires a Dios—, militando en las Brigadas Femeninas de Santa Juana de Arco como algunas mujeres dentro de *Rescoldo*, *Héctor* o *La virgen de los cristeros* —algunas como espías y amantes de los federales para obtener información como en el caso de Pensativa o Carmen—, incluso, tomando las armas y ostentando cargos como coronelas o generalas como Pensativa y la generala Pacha Arroyo en *Rescoldo*.

Las mujeres que participaron peleando o que se desempeñaban como estrategas o militantes usaban sobrenombres para poder mantenerse lo más anónimas y seguras posibles. Además, hacían un juramento para defender la causa. No fueron pocas las que, aprovechando las ausencias de sus maridos, tenían una doble vida: eran amas de casa y esposas, pero también líderes en los campos de batalla. Al indagar sobre el tema cristero es innegable la participación

contundente y eficaz que desempeñaron las mujeres. Jean Meyer refiere en *La cristiada*, en el apartado dedicado a “Las mujeres” dentro de “La vida cotidiana”:

Quien dice vida cotidiana, dice mujer. La historia de la guerra, la de las batallas por lo menos, parece ser la de los hombres, pero hasta en la guerra las mujeres tuvieron un papel decisivo. Juan Rulfo dijo que sin la mujer no se entiende la Cristiada. Las mujeres fueron las primeras en participar en la lucha cívica de los años 1925 y 1926. [...] Los hombres han marchado al combate, empujados por sus esposas, madres, novias y hermanas. No hubieran podido mantenerse sin la ayuda constante de las espías, de las aprovisionadoras, de las organizadoras, sobre las que recaía el peso de la logística y de la propaganda (Meyer, 2014: 267).

Otilia Reyes de López en la misión del “Ejército de la defensa de la mujer” en el periódico *Acción* de 1922 externa sus preocupaciones por el hogar y el cambio familiar, que pierde terreno ante las nuevas costumbres: “Preciso es luchar y luchar valerosamente”. Exalta las virtudes de la mujer piadosa y honesta por encima de la “hermosa y casquivana”. Además de enfatizar la enseñanza del amor a Dios: “Las primeras ideas del niño, la madre las inculca. Eduquemos pues, a esas futuras madres, dentro del camino de la virtud”. Concluye con la invitación a sus lectoras para cumplir “a conciencia la santa misión que el Señor nos ha dado y seamos MADRES en todo el significado de la palabra” (Magallanes, 2019: 20-22).

Soledad Reynoso de Alba indica, en *La actuación de la mujer en la cristiada. ¡Lo que se hizo, se hizo por Dios!*, que era imposible ignorar la heroicidad de las mujeres al luchar por la libertad religiosa durante la persecución en el movimiento cristero: “Era de verlas con la frente erguida y la sonrisa en los labios, llevar el consuelo a los hombres, hermanos e hijos. Repartir hojas de propaganda religiosa, desafiar a la misma muerte, llevar entre sus ropas provisiones, sin que les detuviera en sus hazañas el temor de una vil ofensa en su pureza” (Reynoso, 2012: 67).

Mirtea Elizabeth Acuña Cepeda en *Las cristeras, las mujeres en combate. Las cristeras, una página olvidada en la historia* se acerca al tema de las cristeras desde la historia de la educación a través de una perspectiva de género, que se concebía desde el ideal de la maternidad:

Las mujeres a lo más que podían aspirar era a una formación para “ser” madre, valor primordial del cual descenden aquellos que el rol de género asigna a las mujeres: abnegadas y heroicas madres de sus hijos, devotas hijas de Dios o esposas —vírgenes castísimas— de Jesucristo, sumisas y prudentes esposas de sus compañeros terrenales. Desde esta perspectiva, la iglesia parece confabularse con el Estado (patriarcal) como instrumento reductor del papel de las mujeres en la sociedad (Acuña, 2010: 14).

Madres, hermanas y esposas ejercieron una verdadera presión psicológica sobre los hombres, apelando a los valores religiosos, sociales y hasta políticos para convencerlos de tomar las armas a favor de la religión: de Cristo Rey y de la Virgen de Guadalupe (Acuña, 2010: 29):

A pesar de que la consigna era que los hombres se lanzaran a la guerra y las mujeres se quedaran en casa, esto no ocurrió exactamente así, pues muchas fueron las mujeres que estuvieron prestas al combate. De ahí que Juan Rulfo opinase que si no se entiende a la mujer no se puede entender a la Cristiada (1969), esto se pone de manifiesto cuando se toma nota que fueron las primeras en participar en la defensa de la fe, desde sus circunstancias (Acuña, 2010: 29).

En contraposición a las mujeres que participaron activamente en las Brigadas Femeninas: “a diferencia de estas aguerridas mujeres, las más optaron por la resistencia en distintas formas y se encargaron de mantener vivo el culto en sus casas, en oratorios improvisados y escondidos se oficiaba misa a escondidas” (citado por Acuña, 2010: 30).

Con base a [sic] su actuación, Miller reconoce tres papeles generales de las mujeres en la Cristiada: 1) Señoras: las mujeres casadas de media y alta clase social, ellas difundieron propaganda contra el gobierno; organizaron procesiones, recolectaron fondos y comida; y constituyeron “la fuerza moral” del movimiento. 2) Religiosas: grupo que buscó refugio con familias y amigos y lucharon por sus ideas religiosas. Eran proveedores [sic] de comida, ropa y casa para los Cristeros y también sostenían la fuerza espiritual de los soldados, mediante misas y otras devociones religiosas. Incluso crearon un sistema de espionaje para informar [a] los Cristeros de los movimientos y acciones federales.

Participaron en las Brigadas Femeninas como enfermeras y llevaron municiones escondidos [*sic*] en chalecos, lo mismo que las mujeres del siguiente grupo: 3) Jóvenes: las mujeres jóvenes fueron revolucionarias activas (Citado por Acuña, 2010: 30).

Las mujeres participaron en el movimiento cristero desde los diferentes roles que ocupaban en sus familias: abuelas, esposas, madres, hijas, nietas. Su lucha y tenacidad las colocaba en un sitio en el que no podían ser ignoradas, incluso algunos autores las sitúan al centro del movimiento armado:

El problema es que se habían convertido en un símbolo que fortalece la resistencia de los rebeldes y mengua la autoridad del gobierno federal. El problema es que están activísimas en todos los campos y esferas de la vida social en pie de lucha. El problema, en síntesis, es que las mujeres se han apropiado del movimiento cristero. Los tres ejes básicos del conflicto, familia, muerte y Dios quedan bajo el dominio de la mujer. Es la figura central (Magallanes, 2019: 75).

Andrés Azkue (2000) indica sobre las mujeres cristeras que, desde 1926, fueron las primeras en montar guardia en las iglesias. Las Brigadas Femeninas de Santa Juana de Arco, fundadas en Zapopan, Jalisco, el 21 de junio de 1927, “se extendieron por todo el país y llegan a encuadrar a más de 10 000 mujeres organizadas [...] trabajan en la clandestinidad, imponiendo a sus miembros un juramento de obediencia y secreto” (83-85).

El autor refiere que las mujeres se encargaban de proveer municiones a las tropas cristeras, lo cual no era sencillo por el veto impuesto por Estados Unidos para comprar armas. Los cristeros rurales dependían en gran parte de ellas: transportaban las balas en chalecos de doble forro de su propia confección. Cada chaleco podía contener más de 500 cartuchos. (Azkue, 2000: 85). Las Brigadas Femeninas no solo se encargaban de labores y tácticas militares, sino de acciones sociales y caritativas, y entre sus militantes existían no solo mujeres de ciudad sino campesinas.

Las mujeres, ante las leyes anticlericales, han lanzado a los hombres a los montes. Ellas mismas, en las zonas dominadas por los cristeros, se quedan cultivando los campos y

cuidando las casas, además se encargan de abastecer de alimentos a las tropas. Otras veces, las mujeres se convierten en un soporte vital al ocultarse con sus hijos en las mismas montañas en las que están sus maridos, hijos o hermanos. También se organizan servicios sanitarios, cuerpos de enfermeras y, lo más importante, se organizan para mantener viva la catequesis y la religiosidad (Azkue, 2000: 87).

1.4.7 CATEGORÍA Y TIPOLOGÍA DE ANÁLISIS DE LAS MUJERES EN LA LITERATURA DE TEMÁTICA CRISTERA

Algunos estudiosos han dado cuenta de la narrativa cristera como Álvaro Ruiz Abreu, Antonio Avitia y Alicia Olivera de Bonfil (1970). En *La literatura cristera* la autora destaca que las obras que se clasifican como cristeras tienen como objetivo atacar o hacer propaganda de la causa. Además de que casi todas tienen una aproximación histórica en la que justifican por qué iniciaron el levantamiento. Otra característica es que los autores participaron, directa o indirectamente, en los acontecimientos que narran: como testigos —tal es el caso de Antonio Estrada en *Resvoldo*— o tuvieron a su alcance elementos necesarios para conocerlos. “Al grado de que muchos de esos libros constituyen verdaderos documentos o libros de consulta para el estudio de este capítulo de la Historia de México” (Olivera, 1970: 104-105).

La autora enfatiza que los escritores que crearon personajes a favor de la causa cristera expresan la necesidad de reformas sociales, dado que la revolución mexicana fracasó en ese sentido, por lo que sus obras podrían considerarse contrarrevolucionarias. “Una nota distintiva en este tipo de novelas, es el que, como ya lo ha hecho notar Gelkey, la mujer tiene gran importancia, muchas veces como protagonista y otras como figura de gran relieve” (Olivera, 1970: 105). Las mujeres participaron en el movimiento cristero desde los diferentes roles que ocupaban en sus familias: abuelas, esposas, madres, hijas, nietas. Su lucha y tenacidad las colocaba en un sitio en el que no podían ser ignoradas, incluso algunos autores las sitúan al centro del movimiento armado.

Los escritores de novelas con temática cristera trasladaron la valentía y características de las mujeres al campo de la ficción. Más allá de la anécdota, pretendían la representación de los grupos involucrados en las diferentes latitudes del país. Además de la recreación del universo femenino, no como compañeras o personajes secundarios, sino como protagonistas. Omayda Naranjo Tamayo hace énfasis en que...

Con sus novelas posibilitaron el estudio de la confrontación armada y su decisivo papel dentro de México, sin obviar en cada caso a las mujeres, fuesen combatientes en las acciones, enfermeras, espías, prostitutas, cocineras, militantes de las brigadas femeninas, maestras o sencillamente amas de casa que acompañaban a sus esposos en el intento frente al gobierno de reivindicar el derecho de profesar sin restricciones la fe católica (Naranjo, 2010: 62-63).

La relevancia de lo literario en esta clase de novelas permitió la elaboración de una breve tipología de las mujeres cristeras dentro de la literatura mexicana, la cual también aplica a *Rescoldo*.

1.4.7.1 MUJERES LÍDERES

- Participaron activamente en la causa como generalas o coronelas
- Podían llevar una doble vida para defender su identidad
- Algunas desarrollaron labores de espionaje
- Estrategas militares
- Tenían hombres a su mando
- Se unían generalmente por algún despecho o resentimiento contra el gobierno
- Experimentaron la muerte de algún ser querido
- Suelen enamorarse, pero no siempre tienen un final feliz

En *Los cristeros* las mujeres líderes son representadas por Marta Torres —general en jefe de la Brigada Santa Juana de Arco—, quien se enamoró de Policarpo, pero fue atrapada por los federales. Él sufrió tanto que decidió volver a Los Altos, donde su familia estaba en la miseria. Otro ejemplo es *Pensativa* (1945) de Jesús Goytortúa Santos —premio Lanz Duret 1944—, la cual inicia cuando Roberto llegó al pueblo de Santa Clara de las Rocas, después de concluida la primera guerra cristera, a visitar a su tía Enedina.

El joven tenía una postura contraria al movimiento, y por las calles del pueblo escuchaba con admiración que los sobrevivientes cristeros hablaban de la Generala: mujer admirable y despiadada que peleó valientemente en el bando cristero, lo cual le provocaba desprecio. Durante su estancia conoció a Gabriela Infante: joven encantadora, soltera y taciturna, sin familia, que

vivía en su hacienda casi en ruinas con sus empleados, miembros de las familias que sobrevivieron a la cristiada y pelearon al lado de su hermano Carlos Infante, uno de los principales jefes de Jalisco y quien murió en batalla.

La joven, por su aire melancólico, se ganó el sobrenombre de Pensativa. Roberto se enamoró de ella y le propuso matrimonio, pero se retractó al enterarse que la Generala y Pensativa eran la misma persona. Durante la primera guerra, la Generala, para tomar venganza, urdió sin éxito un plan en el que se hizo pasar por una empleada doméstica para darle muerte al asesino de su hermano Carlos. La develación del secreto de la doble identidad de Pensativa conllevó que el amor y el perdón le fueran negados, por lo que ingresó a un convento. Al respecto, Omayda Naranjo (2010) apunta que:

La mujer, discriminada socialmente, se visualizó dentro de *Pensativa* como ente activo de las acciones político-religiosas que se libraban. Su rol no se circunscribió a las labores que se consideraron las propias de su sexo, sino a las que la sociedad católica le impuso como parte de su universo como madre y hermana junto a sus compañeros, esposos, hijos o hermanos (Naranjo, 2010: 81).

1.4.7.2 MADRES POR LA CAUSA CRISTERA

- No temen entregar a sus hijos o maridos a Dios
- Mujeres piadosas que pueden pasar desapercibidas para el enemigo
- Activistas para la defensa religiosa
- Confían en Dios y en sus designios
- Son valientes
- Generalmente dirigen a su familia
- Aman a su familia, pero lo más importante es Dios

Como ejemplo se encuentra la obra del presbítero David Ramírez, mejor conocido con el seudónimo de Jorge Gram, quien inauguró la novela cristera con *Héctor* (1928). La postura del autor sobre el movimiento religioso fue completamente a favor. En su narración destaca el papel de la mujer, como madre de familia, como compañera, pero también como luchadora. “El rasgo más llamativo de esta narrativa es la inclusión de la mujer como combatiente; pero no una más,

sino alguien que dirige a las tropas” (Jiménez, 2004: 99). Dentro de la trama, Héctor conoció en su casa a Consuelo —la joven de la que se enamorará— después de que su madre, Soledad Martínez, y un grupo de jóvenes de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) resultaran lesionados tras rebelarse contra la prepotencia del Estado.

Al ver a su madre herida, Héctor juró vengarse. Como jóvenes idealistas y católicos y, pese a las diferencias sociales y económicas, Consuelo y Héctor prometieron conseguir la libertad religiosa. Él era miembro de la LNDR y ella era la secretaria general de la Unión Profesional de Empleadas Católicas. Juntos participaron en el boicot económico de Zacatecas, donde él fue apresado y trasladado a la Ciudad de México. Consuelo consiguió el dinero para liberar a Héctor, quien al reunirse con la Liga de la Ciudad de México recibió la orden de iniciar el levantamiento armado en el norte del país. La madre devota de Héctor y Consuelo lo animaron a cumplir con la misión encomendada. Las decididas mujeres de la novela eran conscientes que entre sus filas existían combatientes aguerridos y mártires potenciales para la causa de Dios. Era de esperarse que el caudillo citadino se volvió incómodo para el gobierno, por lo que montaron un cerco militar para capturarlo.

Él logró escapar, pero apresan al padre Arce, a Consuelo, la tía de Consuelo, doña Socorro, y a Juan, amigo del protagonista. Al no revelar el paradero de Héctor, los hombres son condenados a muerte y las mujeres a prisión, por lo que fueron trasladados en un tren cargado de armamento. Rogelio Jiménez Marce en “‘Una pluma frente a una espada’ o de cómo escribir una novela para justificar una rebelión: *Héctor* de David Ramírez (Jorge Gram)” resume la conclusión de la novela donde no importaba sacrificar a la familia porque la causa era primero:

Los cristeros, al mando de Héctor, se enteraron de ello y decidieron atacarlo. Existe una cierta indecisión por parte del protagonista cuando se enteró de que en el ferrocarril iban su mamá y Consuelo. Aquél comprendió que la causa era más importante y emprendió el ataque al ferrocarril. Gracias a una hábil maniobra, uno de los cristeros logró desenganchar el carro en el que viajaban los presos. Con ello la historia tuvo un final feliz. Se logró el cometido de salvarlos y se consiguió el armamento necesario para seguir la lucha (Jiménez, 2005: 98).

1.4.7.3 MADRES CUYA PRIORIDAD ES SU FAMILIA

- Mujeres que aman a Dios, pero la familia tiene más peso
- Son humanas: dudan
- Sufren por sus familias y sus integrantes
- Son leales
- Valientes
- Pierden a uno o más familiares
- No siempre son activistas, pero son piadosas
- Víctimas de la persecución
- Una situación adversa potencia su coraje y determinación

Como ejemplo de esta tipología se encuentra *Jabel* de Jorge Gram, novela en la que su protagonista pierde a su esposo y a su hija. Su rabia la llevó a convertirse en un instrumento para asesinar al gobernador de su estado.

1.4.8 TIPOLOGÍA DE LAS MUJERES CRISTERAS EN *RESCOLDO*

La tipología propuesta para analizar a los personajes femeninos en novelas de tema cristero se centra en las mujeres líderes, las mujeres por la causa cristera, las mujeres cuya prioridad es su familia, la correspondiente a la mujer católica e independiente (mujer que decide) y a las mujeres infiltradas: las espías. Sin embargo, dentro de *Rescoldo* hay dos tipos de mujeres que es preciso desarrollar: el de las indígenas relacionadas con la causa cristera y el de las mujeres cuya participación en el movimiento cristero es circunstancial.

1.4.8.1 MUJERES INDÍGENAS RELACIONADAS CON LA CAUSA CRISTERA

- Pueden ser solteras o casadas
- Su participación en la cristiada depende de alguien más: marido, alguna amistad, padre, abuelo o figura de autoridad
- Su primera religión no es la católica. Pueden ser sincréticas con sus creencias originarias

- Suelen tener conocimientos sobre plantas y animales, remedios y tener habilidades para la obtención de alimentos en circunstancias adversas
- Se caracterizan por su generosidad
- Suelen ser protectoras y consideradas con los demás
- Son leales, aunque su adhesión a la causa cristera es incidental

Entre los ejemplos de esta tipología dentro de la novela están las tepehuanas Altagracia Gaytán y María Gregoria. En el caso de la primera, ya se encontraba trabajando con los Estrada Muñoz antes de que iniciara la vuelta a la cristiada. Altagracia sabía cocinar, cazar animales, pescar y reconocer hierbas en la sierra para hacer remedios y emplastes. Era una mujer leal a la familia y procuró el cuidado de los niños hasta que se enamoró y contrajo matrimonio. Por su parte, María Gregoria era la segunda mujer del líder tepehuán Chano Gurrola. Era una mujer generosa que compartió su vivienda, comida y hasta ropa de su bebé a la familia de Florencio y Lola. Aunque su primera religión no era la católica, contrajo matrimonio porque su esposo así lo decidió para no ser separado de las tropas cristeras.

1.4.8.2 MUJERES CREYENTES CUYA PARTICIPACIÓN EN EL MOVIMIENTO CRISTERO ES CIRCUNSTANCIAL

- Suelen acompañar a alguna figura de autoridad, generalmente masculina, o con algún parentesco familiar: abuelo, marido, hijo o hermano
- Su fortaleza depende de alguien externo a ellas
- Son creyentes y rezan, pero no tienen la fuerza para sobrellevar solas las inclemencias de la guerra
- Tienden a abandonar la sierra y las incomodidades que esta conlleva en cuanto les es posible
- Se quejan, lamentan o reniegan de las penurias que trae consigo el movimiento cristero
- Intentan persuadir a sus hombres de abandonar la causa para salvar la vida
- No son valientes, pero sí leales

Lucía, esposa de Crescencio Corrales y mamá de Pablito, originaria de Nombre de Dios, ejemplifica a este tipo de mujer. Ella tenía “buenos modos por ser de mejor pueblo” (Estrada, 2010: 68). Su adhesión a la causa fue circunstancial, igual que la de la madre de Raúl Zermeño, quien pertenecía a la Acción Católica de Durango. La señora era blanca “y de vestidos bien cortados. Ella se miraba aún más triste, como arrepentida de andar en la Sierra” (Estrada, 2010: 68). Ambas mujeres, tras la muerte de su esposo e hijo, se retiraron del movimiento porque no tenían a quien más seguir.

Los personajes femeninos bien estructurados se apropian de su realidad lingüística y de los lugares que habitan, son capaces de crear textos propios y convertirse en autoras insertas de esos textos que se dirigen a un receptor inserto, como refiere Alfonso Martín Jiménez (2015: 85). Además, en conformidad con la teoría de los mundos posibles, existen submundos reales afectivos que tienen dos elementos que los constituyen: los seres que tienen existencia real y los sucesos protagonizados en el tiempo por los mismos (Martín Jiménez, 2015: 86).

Esta aproximación a las mujeres durante el movimiento cristero es desarrollada dentro del mundo de los personajes femeninos de *Rescoldo*. Personajes que pueden leerse desde una multiplicidad de ángulos: las valientes, las amorosas, las devotas, las contendientes, las que sirven, las indígenas, las que protegen, las que paren, las que soportan, las que reniegan, las que traicionan, las que matan, las que siguen, las que se prostituyen, las que blasfeman y las que rezan. El siguiente apartado da cuenta de los personajes masculinos dentro de la literatura cristera mexicana, además de los diferentes roles y posturas que asumieron dentro del movimiento.

1.5 EL MUNDO DE LOS PERSONAJES MASCULINOS (CATEGORÍA DE ANÁLISIS II: LOS HOMBRES CRISTEROS EN LA LITERATURA)

La historia es una forma de ficción.

Jorge Luis Borges

El apartado anterior analiza el mundo de los personajes femeninos y la categoría de análisis que se aplica en el segundo capítulo. Los personajes femeninos, su importancia y participación en la familia y el movimiento cristeros en *Rescoldo*. Dado que abunda la bibliografía sobre los hombres en la guerra cristera, se optó por incluir algunas características y datos históricos sobre la participación masculina de los cristeros de Durango, en especial de Florencio Estrada y del

tepehuán Chano Gurrola, debido a que son analizados como personajes ficcionalizados dentro del capítulo tercero de esta tesis. Con esos datos, se establecen algunos tipos de cristeros que se encuentran en las novelas de este género. La autoficción que existe en *Rescoldo* necesita de la presencia del creador. Dado que, según Alfonso Martín Jiménez, en lo referido en el apartado sobre la autoficción es necesario contar con datos sobre el creador o autor histórico para determinar qué tipo de autoficción opera en la obra y si existe una ruptura de la lógica ficcional que conduce a la creación de mundos imposibles.

1.5.1 LOS HOMBRES EN LA GUERRA CRISTERA EN DURANGO

Los cristeros tuvieron distintas motivaciones para pelear: defender sus pueblos y familias, buscar o conservar el dominio y propiedad de tierras, ser mandados a las contiendas por sus madres o esposas, luchar por su libertad religiosa y buscar su redención espiritual: aspectos abordados ampliamente desde distintos ángulos dentro de la historiografía. Por ello, este breve apartado contextualiza únicamente la cristiada en Durango, específicamente en Huazamota, con el fin de brindar datos históricos sobre el líder Florencio Estrada y algunos hombres que se adhirieron a sus filas como el jefe tepehuán Chano Gurrola. Ambos son analizados como personajes de la novela *Rescoldo* en el tercer capítulo de esta investigación.

En “La narrativa de las cristiadas” Avitia describe a los cristeros como los guerreros campesinos católicos, que tuvieron aliados y se enfrentaban al Estado que los perseguía. Se destaca que los líderes eran mayormente regionales y se caracterizaban por matar o morir al grito de “¡Viva Cristo Rey!”, de donde derivó su nombre: “Cristos-Reyes y después cristeros”.

En las Rebeliones Cristeras no hubo forma de cambiar de bando y el caudillo era Cristo Rey. Si bien hubo escapularios y una seguridad sobrenatural del premio a la muerte, con la vida eterna a la diestra de Dios, como soldados de Cristo, y la pena por la traición era la pérdida absoluta del alma. En el anverso la bandera nacional, adaptada como bandera cristera, el símbolo prehispánico del Águila Azteca fue sustituido por la imagen de la Virgen de Guadalupe con la leyenda: ***Viva Cristo Rey y la Santísima Virgen de Guadalupe***, imagen de la madre de familia católica que azuzó al cristero a la lucha casi suicida, con el lema de: ***Por Dios y por la Patria*** (Avitia, 2006: 77-78).

Jean Meyer alude que los desesperanzados combatientes que participaron en la Segunda, como la llamaron, lo hicieron desoyendo las prohibiciones de la Iglesia:

“La Segunda”, sin atreverse a agregar Cristiada, [fue] un combate del que no hablan jamás, ya que su primer enemigo fue la Iglesia, a la que querían defender. Si la primera etapa de la Cristiada (1926-1929) era ya una guerra de pobres, la segunda fue una guerra de miserables, sin medios, sin ayudas, contra una Iglesia inquebrantable, contra un ejército mucho más eficaz, que concentraba a la mitad de sus efectivos en una región y hacía en ella una operación limpieza durante meses enteros (Meyer, 2014: 182).

Para Avitia (2000) los soldados de Cristo contaban con un espíritu de combate poco común: “soldado casi siempre voluntario, el cristero no temía morir porque en esta lucha, al morir, se encontraría la vida eterna y el pase automático al cielo sin la necesidad de confesión ni comunión y además ascendería a la categoría de mártir, en su calidad de soldado de Cristo” (87). El historiador añade que desde 1929, el máximo jefe cristero Enrique Gorostieta asesoró militarmente a los cristeros de Durango.

1.5.2 EL LÍDER CRISTERO FLORENCIO ESTRADA: APROXIMACIÓN HISTÓRICA

En *El caudillo sagrado. Historia de las rebeliones cristeras en el estado de Durango*, el historiador Antonio Avitia (2000) menciona que en el municipio de Huazamota²¹ —antes de que la Primera Guerra Cristera aconteciera—, existía un cacique llamado Primo Ortiz, quien murió emboscado por Florencio Estrada y sus cuñados los Muñoz (hermanos de su esposa Dolores) el 18 de mayo de 1922. Este hecho desató rencillas entre ambos grupos por ocupar el cacicazgo vacío (40). Al iniciar la primera rebelión cristera y buscando tener control, los Muñoz y los Estrada acordaron que unos se irían con el gobierno y otros con los cristeros. A Florencio le tocó el bando cristero, pero cuando las tropas regulares llegaron a la zona no les quedó más que enfrentarse unos contra otros, disolviendo su pacto (Avitia, 2000: 40).

²¹ Ubicado al sur del estado de Durango —en la parte central de la Sierra Madre Occidental— es uno de los territorios más inaccesibles del estado y zona de indígenas tepehuanes, coras, wixaritari y mexicanos.

Los Estrada: Florencio y su gemelo Frumencio, Jesús, Rosario y Eleuterio se anexaron a la zona Quintanar,²² que los apoyó en Huazamota contra los Muñoz. Después de los arreglos de 1929, en el caso de Florencio, el gobierno le dio una concesión para proveer víveres al Internado Cultural Indígena de Santa María Ocotán. La institución intentaba cambiar, por medio de la educación socialista, la forma de pensar de los indígenas. El trabajo realizado por Florencio despertó la enemistad de algunos huazamotecos y, aunado a las intrigas sobre manejos indebidos, la X Zona Militar de Durango lo destituyó de su encomienda:

Atosigado, víctima de las intrigas y perseguido. Sin alternativa pacífica, Estrada retornaba a la rebeldía como la única forma de sobrevivir fuera de la ley del Estado mexicano. Florencio Estrada, junto con su familia, peleaba por el respeto a su juramento cristero y contra los Muñoz, la iglesia, el Estado y los tepehuanes gobiernistas, y su lucha es narrada con gran maestría por su hijo Antonio Estrada; en la novela *Rescoldo* (Avitia, 2000: 92).

1.5.3 LOS CRISTEROS INDÍGENAS EN HUAZAMOTA

Los grupos étnicos que combatieron del lado cristero fueron variados. Dependiendo de las zonas, hubo criollos, mestizos o indígenas. En cuanto a la religión, algunos grupos indígenas del sur de Durango como tepehuanes, coras, wixaritari²³ y mexicaneros practicaban la religión sincrética, presidida por chamanes y sacerdotes tradicionales. Su motivación para unirse a la guerra cristera no fue la fe, sino...

[...] los intentos de introducción del régimen ejidal y la intromisión de los aserraderos de la Lumber Company, en sus terrenos comunales boscosos, documentados a su favor desde la Colonia y ratificados en el siglo XIX, motivó un levantamiento que difícilmente podría relacionarse con la suspensión de los, para ellos inexistentes, cultos religiosos católicos (Avitia, 2006: 79-80).

²² “Esta región integraba a los cristeros del norte de Jalisco, oeste de Zacatecas, sur de Durango y este de Nayarit. El territorio Quintanar llegó a ser un verdadero país cristero con un gobierno autónomo, dirigido por el general Pedro Quintanar y gobernado por Aurelio Acevedo. Los cristeros de Estrada constituyeron la infantería de la Brigada Quintanar, misma que estuvo integrada por mestizos e indígenas tepehuanes” (Avitia, 2000: 83).

²³ Se usará *wixarika* —con la pronunciación virrarika— en lugar de *huichol*, debido a que el pueblo originario atribuye al término una carga identitaria relacionada con la Conquista. El plural de *wixarika* es *wixaritari* —con la pronunciación virraritari— y se usará en lugar de huicholes, a menos que se trate de una cita textual.

La etnia tepehuán de Huazamota se dividió durante las guerras cristeras entre gobiernistas, cristeros y pacíficos, y se establecieron alianzas que se centraban en la posesión y explotación de los bosques de la zona. El jefe tepehuán Chon Aguilar, quien se adhirió a las filas gobiernistas contra Florencio Estrada, fue el primer cacique indígena en abrir los bosques comunales a las compañías forestales (Avitia, 2000: 73-74). También hubo jefes cristeros tepehuanes como Chano Gurrola, quien peleó a favor de los Estrada, y José Andrés Soto, quienes se enfrentaron a los tepehuanes gobiernistas Chon Aguilar y José Flores por “abrir el bosque comunal a las compañías forestales y mineras filiales a la Lumber Co” (Avitia, 2000: 87).

1.5.4 CATEGORÍA Y TIPOLOGÍA DE ANÁLISIS DE LOS HOMBRES EN LA LITERATURA DE TEMÁTICA CRISTERA

Existen diferentes abordajes al tema cristero desde la literatura: novelas, cuentos, obras de teatro, poemas, corridos. Dentro de este universo literario cada obra refleja una lectura de la realidad y la percepción del autor sobre esta temática, a la par de recrear la perspectiva cristera de una época, puesto que muchos de los textos literarios de inspiración cristera son contemporáneos o poscristeros como las novelas *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro y *José Trigo* de Fernando Dos Pasos, o los cuentos “La noche que lo dejaron solo” de Juan Rulfo y “Dios en la tierra” de José Revueltas.

Si bien una cantidad significativa de novelas fueron escritas durante las rebeliones, como refiere Alicia Olivera (1970), no fueron publicadas hasta tiempo después “cuando ya se habían calmado un poco las pasiones; las que aparecen publicadas en fechas tempranas —1926 a 1930— son ediciones extranjeras (norteamericanas, españolas, italianas o francesas), o que, aun habiendo sido editadas en México, les fue puesto otro pie de imprenta” (103). La mayoría de los protagonistas en las obras cristeras son hombres. Hombres con diferentes características y posturas frente al movimiento cristero: los que se encontraban totalmente a favor, los que fueron modificando su postura, los que se decepcionaron, los que peleaban sin conocer el origen de la lucha, los que querían morir en batalla para llegar directo al Cielo, los que traicionaron a la causa, los que fueron martirizados...

Dentro de la literatura cristera existen retratos o estampas masculinas, cuyas características suelen repetirse en dos o más ocasiones en diferentes personajes, lo cual no resulta

ajeno si se considera que son ficcionalizados e inspirados en sujetos históricos. En ese sentido, la historia y los avatares cristeros se presentaron como inspiración para los autores. Esta investigación propone una tipología de clasificación para los personajes cristeros²⁴ —sin pretender abarcarlos todos—, basada en algunos textos literarios que abordan esta temática, pero considerando su identificación dentro de *Rescoldo*. Los personajes son clasificados según la cantidad de características reunidas para cada generalidad de cristero propuesta, y bien podrían pertenecer a dos o más tipos de cristeros dentro del transcurso de la obra: sus acciones, ideología, posturas y características determinarán su ubicación dentro de las tipologías. El sitio del personaje puede cambiar en función a la trama: cuantos más aspectos reúne dentro de una clasificación más afianza su lugar en la tabla.

1.5.4.1 CRISTERO AUTÓMATA:

- No sabe por qué o por quién lucha
- Desconoce el origen de la guerra
- Se mueve porque alguien más lo guía
- Constantemente tiene miedo
- Se acobarda cuando debería defender
- Puede ser hábil para el combate y causar muchas bajas a los federales

Este tipo de cristero se ve reflejado en el personaje de Feliciano Ruelas en el cuento “La noche que lo dejaron solo” de Juan Rulfo. Ruelas seguía a sus tíos Tanis y Librado en la revuelta. Era un hábil tirador. Al despertar de un sueño se dio cuenta que sus tíos no estaban con él y los encontró colgados de un mezquite. Se contuvo de atacar y de gritar: “Viva Cristo Rey”. Decidió dejar de mirar los cuerpos de sus tíos. Tiró las armas y, echándose a correr, abandonó la causa.

1.5.4.2 CRISTERO SUPERFICIAL:

- Católicos bautizados y creyentes, pero no siempre practicantes
- Pueden ser mujeriegos u ojo alegres

²⁴ Antonio Avitia Hernández (2006) propone una en su tesis doctoral en humanidades “La narrativa de las cristiadas. Novela, cuento, teatro, cine y corrido de las rebeliones cristeras”, pero no me basé en ella para construir la propia.

- Pueden tener vicios como fumar o consumir alcohol
- Ven en la cristiada una oportunidad para ir al Cielo y resarcir sus pecados
- Buscan morir en batalla
- Suelen ser leales y con fuertes convicciones
- Parecen felices con la idea de la muerte como redención
- Pese a sus acciones, parecen preocuparse por la vida eterna

Un ejemplo de este tipo de cristero se encuentra en *Rescoldo* en el personaje de don Atilano, un señor viejo y viudo que sobrevivió a la Primera Guerra Cristera y se unió a Florencio con la idea de morir defendiendo la fe en la Segunda para llegar al Cielo sin escalas. Traía entre sus ropas el “papelito” del Vaticano que prometía indulgencias plenarias a los que murieran defendiendo la religión.

1.5.4.3 CRISTERO ABSOLUTO:

- Hombre de familia que no dudará en sacrificarla por la causa
- Dios, Cristo y la religión son muy importantes
- No son perfectos, pero buscan redención
- Buscan la bendición y el rezo constantes
- Son valientes
- De fuertes convicciones y testarudos: no miden el peligro
- Siguen su intuición
- Líderes natos
- Se apegan al juramento que hicieron en la Primera Guerra sobre defender la fe: la recompensa es el Cielo
- Su trato es con Dios y no con los líderes religiosos
- Son soldados de Cristo al servicio de la causa
- En ocasiones flaquean, se arrepienten o lamentan de su destino, y añoran su vida antes de la guerra
- Se entregan a una causa perdida
- No parecen tener miedo a la muerte

- Generalmente mueren en combate, casi heroicamente o martirizados

En esta tipología se encuentra el protagonista de *Héctor* de David Ramírez (Jorge Gram). Héctor es un joven ciudadano y militante de la Liga Nacional Defensora de La Libertad Religiosa. Es un hijo devoto de Soledad Martínez y se enamora de Consuelo, una joven activista. Se encarga de iniciar el levantamiento armado en el norte del país. En un punto crucial, decidió sacrificar a las mujeres que ama por un bien mayor: la defensa de la fe. Aunque un hábil cristero logró descarrilar el vagón en el que iban y se salvan.

1.5.4.4 CRISTERO CITADINO:

- Católico ferviente y con convicción
- Suele minimizar a los cristeros de provincia e indígenas
- Se cree superior porque milita en algunas de las ligas de la defensa de la religión
- Tiene acceso a más armas y vías de comunicación
- No parece estar hecho para la guerra
- Suele morir antes que los demás
- Sus intenciones suelen ser legítimas

Son comunes de encontrar en las diferentes novelas, en *Rescoldo* está retratado en la figura del Gringuito.

1.5.4.5 CRISTERO INDÍGENA:

- Interés por mantener o ganar territorio agrario
- No es católico, pero de serlo no se aleja de sus religiones o culturas originarias
- Valiente para la defensa de su raza y territorio
- Suele ser leal

En *Rescoldo* está reflejado en la figura del leal Chano Gurrola, que por un asunto agrario se une a las filas de Florencio Estrada para enfrentarse al líder indígena tepehuán Chon Aguilar, quien peleaba en el bando de los federales.

1.5.4.6 CRISTERO TRAIADOR:

- Ambicioso de poder
- Anteponía sus intereses personales a la causa religiosa
- Mataban a otros cristeros para mantenerse con vida o para no perder estatus o poder

Como ejemplo está el personaje del cuento “La otra mejilla” de Antonio Estrada. El narrador refiere a un cristero que traicionó a un sacerdote, el más callado de todos, y por esa causa lo matan.

1.5.4.7 CRISTERO SACERDOTE:

- Comprometido con Dios y con la causa
- Arriesgaba su vida para bautizar, confesar y celebrar misas clandestinas
- Veía en los cristeros a Cristo
- Humilde y temerario
- Entregado a Cristo Rey
- Generalmente era martirizado
- Podía ser de convicciones firmes
- La injusticia social o el temor por su vida los lleva a proteger o acompañar a los cristeros

Este tipo de cristero se encuentra reflejado en *Rescoldo* en el padre Montoya. También está presente en la figura del padre Arteaga, único amigo y aliado de los cristeros de Senorino en el cuento “La otra mejilla” de Antonio Estrada. El sacerdote bautiza, confiesa, casa y oficia misa para los cristeros en combate. Su postura ante el movimiento era realista: sabía que cada comunión que daba podía ser la última, tanto para él como para sus feligreses. Se volvió meditabundo, y decidió tomar acción:

A mí siempre me había platicado sus cosas. Pero hacía semanas que también conmigo andaba mustio, muy otro.

Por fin, aquello que casi me hizo llorar:

—Senorino —Me dijo de pronto, luego de buen rato de mirar y mirar cómo desarmaba, limpiaba y volví a armar dos pistolas—. Senorino, ya no se puede con esta bola. No me queda otra que hacer lo mío, lo que todos. No toda la vida me van a estar cubriendo ustedes. Dice el Señor: “Ayúdate, que yo te ayudaré”. Préstame una de tus pistolas.

Los cristeros de *Rescoldo* son rancheros, campesinos, indígenas que se ven empujados a una guerra que parecía perdida desde el comienzo ante unos federales que desconocían los arreglos de la Primera y asesinaban a los pocos líderes que quedaban; fórmula que se repitió con los sobrevivientes de la Segunda. Esta es una guerra que también se cimenta en el despojo y falta de reconocimiento agrario. Es una rebelión que sale de los templos para guarecerse en la sierra, como en el origen de la cristiandad y la persecución. Es una gesta que se recuerda en los corridos y los compases de acordeones y guitarras, y se viste con ropas humildes y remendadas.

II. SEGUNDO CAPÍTULO

2. LOS PERSONAJES FEMENINOS Y SUS SUBJETIVIDADES EN *RESCOLDO*: ACOMPAÑAMIENTO, ESTRATEGIAS Y DESENVOLVIMIENTO DENTRO DE LA FAMILIA Y EL MOVIMIENTO CRISTEROS

El segundo capítulo de esta tesis tiene como objetivo analizar a las mujeres ficcionalizadas en *Rescoldo* y las formas mediante las cuales configuran, adaptan y transforman sus subjetividades femeninas.²⁵ Para ello, se enmarcan sus particularidades dentro de las familias cristeras, en donde se esbozan las generalidades no solo de los personajes femeninos sino de los masculinos para desplegar en los apartados subsiguientes con mayor amplitud el abanico de los rostros de los personajes femeninos; a través de una lectura de la teoría de los mundos posibles del teórico español Alfonso Martín Jiménez, pero sin soslayar la aplicación de los conceptos en torno a la ficción de Wolfgang Iser y la subjetividad de Silvia Bleichmar.

Rescoldo es una novela cuya trama se desarrolla durante la Segunda cristiada, en la sierra de Durango y en las zonas limítrofes con Jalisco entre los años 1934 y 1936. Los cristeros de Florencio son los últimos: rancheros, campesinos e indígenas que se resisten sin oportunidad a un régimen político que buscaba aniquilarlos. La ficción parece centrarse en la resistencia de los cristeros más que en la posibilidad de una victoria. Las familias encaran el hambre, las adversidades climatológicas, la persecución, el ataque de animales silvestres y también la muerte. Aunque, como todo aquello tocado por la tragedia, también hay manifestaciones de vida y alegría. Los personajes rezan, ríen, bailan, bromean, juegan, cantan, profesan amor, se conmueven y procuran entre sí.

Este capítulo también destaca algunas particularidades y matices del personaje de Lola Muñoz. Su protagonismo se lee como una metáfora de los rostros femeninos que traslucen las subjetividades dentro de las familias y del movimiento cristeros en *Rescoldo*: la que resiste retornar a la guerra, la que cuida de los suyos, la que sigue a su marido, la que se asume

²⁵ Las distintas mujeres que aparecen en *Rescoldo* corresponden a las categorías de análisis elaboradas en el primer capítulo: 1.4.7. Categoría y tipología de análisis de las mujeres en la literatura de temática cristera y que se completa con la 1.4.8 Tipología de las mujeres cristeras en *Rescoldo*. Consultar Tabla 2 del apéndice.

“cristero”, la que procura a sus hijos, la que pare en una cueva, la que enviuda y se transforma para proteger.

Algunos episodios del acompañamiento de Lola transcurren cercanos a otras mujeres, las cuales se perfilan a partir de las representaciones de sus rostros dentro de sus sistemas familiares y sociales en la Segunda. Ellas dan cuenta de sus posturas y labores dentro de la cristiada: rezan, sufren, lloran, atienden a sus familias y amortajan difuntos. Por último, se estudia a las astutas mujeres de la Bi-Bi que decidieron ser o parecerse a otras; volver algunas de sus acciones e intenciones invisibles para favorecer a los cristeros en *Rescoldo* y, acaso, aspirar con su resistencia y valentía a lo invencible.

2.1 LA FICCIONALIZACIÓN DE LA FAMILIA CRISTERA EN *RESCOLDO*. LA ESTRUCTURA DE LOS PERSONAJES FEMENINOS Y MASCULINOS

Las familias ficcionalizadas en *Rescoldo*²⁶ encararon una transformación en su subjetividad como núcleo, pero también desde la perspectiva de cada uno de sus integrantes. Hombres, mujeres y niños eran poseedores de una subjetividad trastocada por el contexto de guerra que impedía la manifestación libre de sus creencias. Los submundos imaginarios de los personajes son el reflejo del cambio abrupto de realidades que se contraponen. Al inicio de la novela, en “Las brasas”, la algarabía por las fiestas patrias en las coleadas de toros, la música, los bailes, las risas y el intercambio de bromas y bebidas se tornó en preocupación y angustia ante lo incierto. La aparente calma del pueblo de Huazamota se desvaneció ante el anuncio de la vuelta a la cristiada. Este hecho obligó a los personajes a tomar un bando e irremediablemente a dividirse.

Los personajes en *Rescoldo* experimentan y perciben su mundo en función a sus subjetividades que les permiten tener una postura, dar cuenta de sus creencias y expresar su identidad. Dentro del rol familiar, las subjetividades masculinas y femeninas se expresan en cómo las madres y los padres experimentan su parentalidad²⁷ antes, durante y después de la guerra. Los hombres se mostraron más protectores hacia sus familias, algunos tuvieron que decidir si las

²⁶ Las distintas familias cristeras que aparecen en *Rescoldo* corresponden a las categorías de análisis elaboradas en el primer capítulo: 1.4.4. Las familias en la literatura de temática cristera y en la 1.4.5 Tipología de la familia cristera en *Rescoldo*. Consultar Tabla 1 del apéndice.

²⁷ En los términos referidos por Marc H. Bornstein en *Handbook of Parenting* donde la parentalidad es un proceso biológico y psicosocial que abarca las actividades realizadas por los padres y madres al cuidar, socializar, atender y educar a sus hijos.

mantenían cercanas a ellos como Florencio Estrada o si preferían su alejamiento para mantenerlas con vida como don Atilano con su nieta Adelaida.

Por su parte, las mujeres adaptaron sus habilidades de cuidado a la hostilidad de la sierra: improvisaron fogones, cocinas y hogares temporales; aprendieron del entorno para proporcionar remedios; remendaron y lavaron ropa y cuidaron de sus hijos. Los niños evolucionaron los juegos y se volvieron hábiles para buscar comida: en los árboles y las nopaleras, cazando animales, pescando en las pozas, recogiendo huevos de los nidos de aves silvestres. También ayudaban como vigías para anunciar la cercanía de los federales. Todos los integrantes de las familias cristeras extendieron sus destrezas al máximo para sobrevivir.

Las estructuras familiares en *Rescoldo* implicaban, en muchas ocasiones, una unión libre por elección y no necesariamente por el vínculo del matrimonio, aunque cuando la posibilidad de fallecer durante la persecución aumentaba muchas parejas decidieron casarse para estar en gracia divina. Algunas de las mujeres ficcionalizadas, junto con sus hijos, siguieron a sus hombres cuando estalló la Segunda. Las familias cristeras no se limitaban a los lazos consanguíneos, se extendían a aquellas personas cercanas que por lealtad o por cariño decidieron sumarse a un peregrinar incierto. Respecto a los Estrada Muñoz, Altagracia también formaba parte de la familia. La joven tepehuana vivía con ellos desde antes de la rebelión, y los ayudó a sobrevivir en la sierra compartiendo sus conocimientos para conseguir comida, para librarse de las alimañas y de los animales salvajes y para cuidar de los niños. Otro ejemplo es el caso de Sotero Mena, el vaquero familiar, que fue leal a Florencio hasta la muerte porque los enterraron juntos. Además, los perros Sultán y Galafre, los venaditos Tíma y Chilo y el tejoncito Tachito Comealacrane también formaban parte del sistema familiar.

Los cambios para todos los integrantes fueron drásticos e implicaron la renuncia a su rutina y a su mundo conocido: dejar sus tierras, sus casas, a sus animales y pertenencias. Las subjetividades familiares dentro de la novela se transformaron: tomaron lo que pudieron cargar y emprendieron un éxodo por la causa cristera:

Todavía los chicos pensábamos que aquel cambio era un pasellito más adentro de la Sierra. Pero ya nos entró sustillo cuando también allí miramos los enseres que nomás eran para el pueblo. El baúl grandote que trajeron de Estados Unidos, las ollas de peltre

y los retratos; los cuadros del Santo Niño de Plateros y del Divino Preso de Huejuquilla (Estrada, 2010: 52).

En tiempos de guerra, la función protectora de los padres es desplazada por el peligro y la miseria. Por lo que, a decir de Bleichmar (2006), la función del adulto cae precozmente, lo que insta un sentimiento de orfandad compartido por niños y adultos, quienes vuelven al Yo como residuo discursivo identificatorio. Al respecto, entre los mayores retos estaba mantener la unidad familiar, incluso cuando los adultos no tenían certidumbre sobre lo más básico: dónde dormir, qué comer, hacia dónde dirigirse o perder a sus animales y escasos bienes materiales contra los federales. Ese primer sentimiento de orfandad de padres e hijos al que alude Bleichmar se hace notable cuando Florencio, con labios temblorosos, comparte entre balbuceos que los “¡ijos” se llevaron animales y pertenencias durante el enfrentamiento:

—Todo se llevaron... El Bayo, la Tordilla, mi acordeón... Nomás olvidaron unas botas viejas, del tal que se enjaretó mis tacos.

Todos llorábamos ahora igual, por lo bajito y ya más bien por descansar. Tenía en los brazos al niño, que nos miraba con más lástima que susto (Estrada, 2010: 57).

La cita anterior también alude a la importancia de la música como entretenimiento para las familias, tanto en épocas de paz como en la coleda donde mujeres y hombres se divertían: “Cuando Cholita, Rosenda y tía Pancha durmieron también a sus chicos, como a nosotros, los arrejolaron contra los palos” (Estrada, 2010: 45). Las mujeres cumplían primero con sus labores de cuidado, pero también festejaban: “A la carrera se metieron al lienzo, a tupirle a la bailada, sus maridos se pusieron rete tristes, porque se les terminaba el agarrar a puras muchachonas” (Estrada, 2010: 45). Entre las parejas existía la confianza para el disfrute del baile en público con otros personajes y no se identifica en esa clase de diálogos muestras de celos o reclamos.

Durante el contexto de guerra, la música confortaba a las familias cristeras mientras avanzaban, a decir de Toño, como una culebra de cincuenta anillos arrastrándose entre piedras y pinares. “Pero el cincoate no buscaba presas, ni le corría a nadie. Iba sólo contento por el padrecito, así cantando a cincuenta voces. Desde la ronca a hueco de don Atilano, a la ladina de la chiquillería y de Cholita” (Estrada, 2010: 151). La cabalgata entonó la canción de “La china”:

“China de los ojos negros, / por qué me miras así. / Chaparrita de mi vida, mañana me voy de aquí” (Estrada, 2010: 151). A petición de Florencio, el sacerdote los acompañó con la tercera estrofa. Guardando el rosario, cantó como al arriero que fingía ser para no levantar sospechas y desplazarse libremente por la sierra: “Nunca me olvides, mi chata, / que yo no te olvidaré. / Si el destino nos separa / sabe Dios si volveré” (Estrada, 2010: 152). El último verso era su favorito.

Para Toño la música se oía “tan bonita” porque cantar a todo pulmón, con “cada rejuego del acordeón y cada golpeteo de la Güerita [que] caían al compás” (Estrada, 2010: 152), se imprimía un aire de libertad. “El cincoate no se arrastraba por la sierra con miedo. Sino al contrario: clarito parecía que iba silbando, para que salieran a matarlo en cualquier recodo de la vereda” (Estrada, 2010: 152). A las canciones populares le siguieron los corridos del Jabalín y al unísono remataron con “aquellas que sólo eran del coronel. Aquellas que la tropa le iba cantando a mamá” (Estrada, 2010: 153).

Ese tramo de acompañamiento para despedirse del padre Montoya, en el que estaban tan expuestos, fue planificado para protegerse de forma más efectiva. Después las familias volverían a separarse: “El retén lo hacían Chano y sus indios. Conocían tan bien cada palmo, que podría decirse que miraban aún [*sic*] así de noche”. Después de los hombres de Gurrola, “seguían los solteros, luego las familias, y en la retaguardia el Tejón y sus huicholes, que por su parte muy a la distancia sentían los pasos del enemigo” (Estrada, 2010: 153). La labor de los cristeros indígenas fue vital para preservar la vida porque, además de su bravura, tenían un amplio conocimiento del entorno y asentamientos adentrados en la sierra donde era posible alimentarse y descansar. En general, hombres y mujeres ponían sus habilidades y fortalezas a favor del movimiento cristero y de la autoconservación.

Los personajes de *Resvoldo* sufrieron cambios en sus subjetividades masculinas y femeninas. Entre las principales características de las familias cristeras durante este movimiento, quienes compartían rasgos en común como sus prácticas de fe y devoción católica, participación —en mayor o menor medida— dentro del movimiento, la defensa de la libertad y símbolos religiosos y la convicción para salvar sus almas, aunque eso implicara la muerte o el martirio. Los siguientes apartados permiten estudiar con mayor profundidad a los personajes, sus transformaciones subjetivas inmersas en sus submundos imaginarios en función a sus vivencias durante la guerra. El siguiente apartado se centra en analizar al personaje de Lola Muñoz, como

una metáfora de los rostros femeninos en las familias y movimiento cristero como una vía para conocer su participación dentro y fuera de la causa.

2.2. LOLA MUÑOZ: METÁFORA DE LOS ROSTROS FEMENINOS EN LAS FAMILIAS CRISTERAS. UNA LECTURA A SUS SUBJETIVIDADES

El apartado anterior aborda aspectos de la ficcionalización de la familia cristera en *Rescoldo*, en especial la Estrada Muñoz, haciendo énfasis en la estructura de los personajes femeninos y masculinos, quienes desde sus subjetividades interactúan y forman parte de un núcleo religioso y social. En este apartado se analiza al personaje de Lola Muñoz en sus facetas de mujer, esposa, madre y rebelde como una metáfora de los distintos rostros femeninos que representan a las familias cristeras en la Segunda.

En lo inherente al personaje de Lola la metáfora dice de lo humano, de la capacidad asociativa con la que se relaciona la experiencia y el conocimiento del entorno, pero tiene cierta oposición al pensamiento lógico; generando un cambio de sentido o un sentido figurado opuesto al literal (Beristáin, 2006: 312). Esta metáfora adquiere una dimensión lingüística para Paul Ricoeur (2001), e implica la eliminación u olvido de atributos que el término metaforizado evoca en nosotros en su uso cotidiano o convencional. La metáfora funciona para el teórico francés como “una especie de clasificación y es aquí donde interviene la semejanza. El atributo común, fruto de la abstracción, es la base de la semejanza entre el sentido traspuesto y el propio” (Ricoeur, 2001: 146).

Como metáfora Lola y sus multirrostrros constituyen una vía de análisis e identificación de los demás personajes femeninos en *Rescoldo*. Los cuales despliegan submundos imaginados, fingidos y temidos —reflejo de sus subjetividades— que se adaptan a cada situación y entorno ficcionalizado que experimentan. La metáfora de los rostros femeninos de esta protagonista se extiende más allá de la clasificación y de la semejanza de atributos entre las otras mujeres: en el ser o parecerse en lo superficial. Refleja cual espejo no solo las condiciones generales de los personajes como madres o esposas, sino que profundiza en la complejidad de tener una identidad física y psíquica que se traduce en acciones subjetivas.

Para adentrarse al personaje de Lola Muñoz y a sus rostros se parte de la identificación y desarrollo de una instancia yoíca —que opera en los submundos imaginarios cuya equivalencia son las subjetividades femeninas— con la que encara la adversidad. Teniendo como referente a

Lola, dentro del universo ficcional los personajes poseen un Yo que se adapta a la realidad del texto y está integrado por imágenes. A partir del Yo, el personaje acciona, se mueve, siente...

En cada sociedad en la que habita un sujeto existe producción de subjetividad: *Rescuerdo* y sus personajes no son la excepción. Y, pese a que se nace sin estructuras, la subjetividad otorga identidad, aunque existan vivencias que no pueden explicarse desde el Yo. Uno de los acercamientos para el estudio de Dolores Muñoz se sustenta en lo planteado por Silvia Bleichmar en *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo* (2010). La psicoanalista argentina expone que existen dos ejes decisivos para identificar cómo la realidad instituye o destituye formas de subjetividad, que son funciones del Yo: autoconservación que se relaciona con la vida y su cuidado, y la autopreservación, vinculada a la identidad y con las preguntas quién se es o qué se es, lo que implica una necesidad de mantener la identidad.

2.2.1 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA ESPOSA DEL LÍDER CRISTERO

Lola Muñoz experimentó variaciones en su subjetividad femenina a lo largo de la trama, la cual se sitúa más allá de lo biológico e inherente a la procreación y le permite accionar y decidir dentro de su entorno o submundo real efectivo, en términos de Martín Jiménez. Al inicio buscó su autoconservación como esposa: se opuso a que su marido retomara las armas. Su deseo era abandonar Huazamota junto a sus hijos; pese a ello, sus lealtades hacia Dios y hacia su familia la hicieron seguir a Florencio hasta su fatal desenlace. La autopreservación de Lola, en los términos expuestos por Bleichmar, no trastocaba su esencia creyente y católica: nunca olvidó que era madre y esposa, tampoco que como mujer arriesgaba su identidad para cuidar de los otros.

La complicidad entre Lola y su esposo les permitía conversaciones directas e íntimas. No se identificaban posturas doblegadas entre los protagonistas sino de igualdad. En ese sentido, Dolores Muñoz desvelaba un rostro capaz de reflejar su temperamento y entereza sin limitantes. La construcción de este personaje le permitió a Estrada el despliegue de una subjetividad femenina que rompía con ciertos paradigmas en el trato de las mujeres dentro de la literatura en contextos y épocas similares.

En ocasiones, la postura de esposa cedía ante la protección de madre como cuando intentó persuadir a Florencio de dejar las armas después de que el padre Vargas les anunciara que, de continuar peleando, serían excomulgados. El carácter de “culebra de aguas en mayo” de

Florencio era sabiamente medido por la prudencia de Lola, quien tanteaba “que se le hubiera enfriado la muina” (Estrada, 2010: 86):

—Yo creo que el padre Vargas ha obrado bien, Florencio —dijo mirándolo sin pestañear sus ojos cafés—. Si ustedes le hicieran caso, sufriríamos cosas duras, es cierto... Pero nunca igual a las que vendrán. Yo creo que no deben seguir montados en su macho. Debemos mirar que nuestros hijos no sean los que vayan a apechugar con los resultados (Estrada, 2010: 86).

Lola interpretó en el silencio de su esposo una negativa ante su petición, por lo que reanudó sus quehaceres. Su respuesta llegaría al día siguiente porque Florencio, si bien no desistió de seguir peleando, ideó como estrategia que las familias se separaran para tener mayor oportunidad de sobrevivir: “El gobierno nos puede avanzar a todos en un cuartelazo. Nos haremos como los cóconos cuando hay un peligro; que cada quien se agazape en el matorral de sus gustos” (Estrada, 2010: 86).

Lola sabía que las convicciones de Florencio no eran producto de una necesidad. En 1927, estando embarazada y viviendo en Estados Unidos, su esposo le comunicó: “Mi mujercita, nos vamos a nuestra tierra. Me dicen las cartas que nuestra religión va a ser muy perseguida. Están corriendo a los padrecitos a otros países, y uno a uno van cerrando los templos” (Estrada, 2010: 59). Las evocaciones de Lola la hicieron situarse en las palabras amorosas, pero persuasivas de su esposo que usó años atrás: “Que ya es mala acción gritar a los cuatro vientos la fe católica... ¿Quiénes más que los católicos, vamos, pues, a defender nuestra religión?” (Estrada, 2010: 59).

En aquella ocasión, de regreso a México en un tren, la complicidad de los esposos se extendió a traficar un arma. Intuyendo que registrarían a Florencio “de pies a cabeza” y, aprovechando el embarazo y la supuesta indefensión de Lola, no hubo quién sospechara de “la 45 nuevita, fajada bajo el altero de vestidos” (Estrada, 2010: 59), con la que Estrada pelearía en la Primera a los pocos días de incitar a los lugareños a defender la fe católica. La misma pistola con la que jugarían sus hijos a ser cristeros en la Segunda, con la que defendería a su familia, y la que se le embalaría en la emboscada que lo llevó a perder la vida en 1936.

Físicamente, Lola era una mujer de estatura mediana, atractiva y pudorosa que buscaba verse pulcra hasta en un contexto de guerra. Tras haber perdido sus pertenencias en un

encuentro con los federales, y al reencontrarse con otro grupo de familias cristeras, lo primero que hizo fue pedir prestado un vestido que les sobrara: “El mío es un chirlangero que ¡ay, Dios!... si no fuera por el fondo de franela, qué visiones estaría dando”. En esa ocasión, también a Altagracia y Angelita, la madrina de Toño, “les dieron otros trapos” (Estrada, 2010: 63). Lejos había quedado su vestido de las fiesta patrias “azul marino, el de rosas blancas y cuellito de encaje” (Estrada, 2010: 44), que había usado en la coleda de toros.

La personalidad de Dolores Muñoz atrapó a Florencio, tanto que no le importaron las disputas con su familia política por pleitos que iban más allá de su unión con Lola. A decir de su belleza, incluso el Jabalín comentó que “donde quiera corre la fama de bonitas las alteñas... Aquí tienes una muestra en doña Lola, para que no te la andes, Gringuito éste” (Estrada, 2010: 213), refiriéndose a las de Huejuquilla El Alto, Jalisco, de donde era Lola y también Pilarcita la integrante de la Bi-Bi de quien estaba enamorado el Gringuito.

El intercambio, además de ser respetuoso por el tratamiento de “doña”, pretendía disminuir la tensión ante el anuncio de que Florencio y cinco de sus hombres recogerían en Huejuquilla el último cargamento enviado por Lauro Rocha. Mientras les preparaba alimentos para el camino y, pese a su desasosiego, Lola respondió con sentido del humor: “Tú nomás me estás maiceando, Jabalín. Me alisas el lomo [...] metiéndome entre las bonitas, pero nomás para que te dé otra gorda de manteca”. Aunque él le contestó: “Es la pura verdad, doña Lolita” (Estrada, 2010: 59).

Para enmarcar la última interacción entre estos personajes es preciso destacar el cabello de Lola y el esmero que ponía en arreglarlo. Inclusive, en tiempos de necesidad, ella tallaba en las piedras “penquillas de sotol, ya bien secas [...] y le [quedaba] una peineta para alisar y alisar el cabello, hasta que de nuevo le llegó a las corvas” (Estrada, 2010: 63). Además de la frente y las mejillas trigueñas, Florencio besó las trenzas de su esposa como despedida: “Ni una palabra, porque con ella decían más aquellos cariñitos” (Estrada, 2010: 213). A los niños les pidió que no la hicieran enojar y la obedecieran siempre. Besar aquel rasgo distintivo que ella cuidaba tanto, con delicadeza y devoción, fue el símbolo de adiós de Florencio que ella no supo interpretar.

El amor entre Lola y Florencio se expresaba con acciones, gestos o miradas, más que con palabras. La afinidad de la pareja se traducían en un lenguaje sencillo que denotaba cariño y pertenencia: “mi mujercita” o “Florencio mío” eran formas de comunicación afectiva entre ellos. Pese a que gran parte sus interacciones se hacían en privado, el afecto era genuino y mutuo. Fue

ese mismo amor, traducido en actos, lo que llevó a Lola a buscar sus despojos en Huejuquilla. Fue también esa decisión de reavivar el recuerdo la que detonó en Antonio la memoria del pasado. Fueron las ganas de reencontrarse con Florencio —enterrado de limosna— las que la hicieron llorar y rezar hasta que se le entumecieron las rodillas. Fueron las dudas recurrentes, dirigidas a un lugar incierto del camposanto, las que buscaban responder por qué los abandonó: “Ruegue por mis hijos y por mí, Florencio... Ya miró que sólo nos quedaron su buen recuerdo y los dientes de oro del piloto” (Estrada, 2010: 35).

2.2.2 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA MADRE

Otro de los rostros de Lola es el de madre, el cual existe en función a sus hijos Antonio o Toño, Adolfo o Adolfito, Rogelio o Rogelín, el Güero (Florencio hijo) y la bebé Constancia. Esta faceta posibilita el despliegue de actitudes que van desde la protección, el consuelo, el llanto, la compasión, la astucia y las súplicas hasta la entereza y la acción que se extiende hacia los demás cristeros y sus familias.

El personaje de Dolores en *Rescoldo* —creación subjetiva del autor— trataba con amor, paciencia y firmeza a sus pequeños, pero se apoyaba en su hijo Toño —el narrador— como figura masculina de autoridad ante la ausencia de su padre. Y, aunque solo fuera un niño, ayudaba en el cuidado de sus hermanos, en la búsqueda de alimentos, en la vigilancia de las inmediaciones y era el confidente de su madre como cuando ella le relató el sueño premonitorio sobre la muerte de Florencio. Toño creció a la par de las necesidades de mantener a la familia unida y de acompañar y consolar a Lola.

La confianza de Lola hacia Toño parecía dada por extensión sanguínea porque, a decir de Florencio, nadie se parecía más a ella. La relación madre-hijo no solo era cíclica sino cargada de simbolismos: estaba trazada por el dolor, el amor y el anhelo. La novela da inicio con ambos personajes buscando los restos perdidos de Florencio en Huejuquilla en lo que se presume un cierre de ciclo. Pese al tiempo transcurrido, la melancolía era una constante en el ambiente, también la devoción y el rezo porque los lamentos se dirigían a los lugares donde lo expusieron para escarnio de los rebeldes y no a una tumba en específico: “Híncate, hijo. Y quítate el sombrero. Vamos a rezarle... Aquí lo tuvieron todo un día, recargado al tronco. Mira, ésta es su cruz” (Estrada, 2010: 34).

El sufrimiento era latente y, aunque Toño le pidió a su mamá que no llorara, él también “lloraba igual, sólo por lo bajito y con los ojos clavados en su cruz de cal, muy desteñida y colocada a medio tronco” (Estrada, 2010: 34): el consolador necesitaba ser consolado. La aflicción de Antonio se materializó en una interrogante que daba forma al desamparo de su orfandad: “Por qué nos dejaste, papá...”. Lola señalaba dónde se guareció hasta que se le embolsó la 45. Ambos seguían ensimismados, “con el ánimo pegada a su cruz” y con “las rodillas como muertas. Hacía mucho rato que [estaban] así, hincados y fijos los ojos en la peña, diciéndole montones de rezos viejos” (Estrada, 2010: 34).

Casi al finalizar *Rescoldo* el ciclo madre-hijo iniciaba en el mismo sitio: el camposanto de Huejuquilla. La diferencia es que la guerra no terminaba y no podían llorarle abiertamente a Florencio ni levantar sospechas sin ponerse en peligro. Se habían convertido en otra familia, con otros nombres, para mantenerse a salvo en la huida. Aun así, con el pretexto de visitar a sus “padres” enterrados, María Ramírez (Lola) se llevó a Toño y “prontito [dieron] con las dos tumbas nuevitas”: “Aquí está tu padre, hijito... en alguna de las dos. Mira: apenas ayer lo enterraron” (Estrada, 2010: 244). Posterior al hallazgo estuvieron hincados, en silencio, ayudándose mutuamente con el brazo. La mirada del niño se clavó en las cruces y hasta olvidó los rezos. “Ella gemía por lo más bajito, con la cara escondida en el rebozo” y tampoco parecía rezar nada. (Estrada, 2010: 244).

El rostro de Lola como madre era dulce, pero también riguroso y aleccionador cuando las circunstancias lo ameritaban para educar o defender a sus hijos. El submundo temido de Lola conllevaba preocuparse por la suerte de sus pequeños, pero no por encima del sufrimiento ajeno, incluso el de los enemigos. En una ocasión, la familia Estrada Muñoz y los cristeros de Florencio buscaron refugio con los tepehuanes de Candelaria, pero para no exponerlos al peligro se mudaron al cercano Cerro de las Papas. Durante la noche, entre lluvia y relámpagos, el tepehuán Chano Gurrola y el wixárika —erróneamente llamado huichol— Tejón Maciel intuyeron en las luces de las luciérnagas el aviso de los espíritus sobre aviones enemigos.

El presagio se cumplió a la mañana siguiente cuando aviones federales, que lanzaban bombas, asediaron a los cristeros en distintas coordenadas. Un artillero que viajaba en “un avión prieto, de dos alas cuadradas y con cruces de calabrotos” (Estrada, 2010: 129) sacó una ametralladora para apuntarle a Lola y a los niños: “Unas cuantas balas picaron la tierra por aquí por allá. [Ellos seguían] a la corre y corre alrededor del pino, chillando y gritándole a Diosito

socorros” (Estrada, 2010: 129). De súbito los enemigos se alejaron para seguir buscando cristeros, aunque fueron sorprendidos por el ataque del mayor Frumencio Estrada que hizo estrellar la aeronave. Como botín obtuvieron cinco bombas, pesos de plata y cinco dientes de oro del piloto, los cuales Mencho le obsequió a su cuñada como recuerdo de sus rifles.

Lola “guardó los dientes en su seno, en una bolsita que cosió” (Estrada, 2010: 131). Los atesoró porque intuía que serían útiles en épocas más adversas. También estaba consciente de que no los habían matado porque no quisieron. El rostro de la compasión se reflejó en las palabras que dirigió a Florencio al enterarse del fatal accidente: “Lo que me pesa, deveras, es que haya sido el que nos tuvo lástima. Seguro nomás porque miró a mis criaturitas” (Estrada, 2010: 130). Estrada sollozaba de alegría porque los aviones no habían acabado con su familia, pero se lamentaba que en Candelaria hayan dejado heridos y matado a dos mujeres y a un niño.

En los momentos más complicados, Dolores no dudaba en suplicar la asistencia de Dios. Como madre en tiempos de guerra se ocupaba de preparar los alimentos y poner sus subjetividades al servicio de la creatividad culinaria para conseguir en la naturaleza todo aquello que fuera comestible: animales salvajes, hierbas, peces, frutas... La familia llevaba diez días entreteniéndose el hambre con los pájaros azulejos que les acercaba su perro el Galafre. Las biznagas apetitosas y maduras estaban en los acantilados inaccesibles para ellos y las nevadas impedían los nuevos brotes de flores o de frutos.

Lola y los niños estaban famélicos y desesperanzados: “Ahora sí nos llegó el día [...] Diosito santo, nos has librado de tanto gobierno... No dejes que otro enemigo más fácil para Ti nos esté acabando (Estrada, 2010: 161). El último recurso de Lola para no perecer con sus pequeños por inanición fue acogerse a su espiritualidad y pedirle al más pequeño, Rogelito: “Rézale a Padre Dios con todas tus fuerzas, hijito. Anda, que te oírás mejor que a nosotros. (Estrada, 2010: 161). El milagro sucedió cuando al día siguiente Federico Vázquez y sus cristeros los llenaron de provisiones.

Con el conocimiento de sus embarazos previos y sin la asistencia de alguna matrona, Lola confiaba a su intuición las cuentas para recibir a su próximo bebé. También hacía partícipes a sus demás hijos del proceso del embarazo y los entretenía preguntándoles que querían que fuera: el Güero y Adolfo querían niña. La entereza y amor de madre de Lola por su familia la llevaron a parir y a perder en la sierra a su quinta hija, Constanza, en un contexto donde las certezas eran la guerra y la persecución.

2.2.3 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA ELECCIÓN. LA FAMILIA

Los submundos imaginarios, temidos, fingidos... de Lola darán cuenta de sus procesos interiores que traducen en subjetividades sus códigos éticos y morales. La diversidad de situaciones que anhela y no se reflejan en su realidad son inherentes a su submundo deseado. Mientras el conflicto armado avanzaba y ante el desamparo, Lola no solo se acogió a las estrategias militares de su marido y a la voluntad divina, sino que propició condiciones para liderar a su familia y proveerles protección en tiempos adversos.

Lola usó sus conocimientos para curar con “emplastos de sábila y sal” a Florencio después de haber sido herido en combate. La compasión tampoco la abandonó al recibir de seis meses a su sobrino Jesusito, hijo de Frumencio, quien fue abandonado por su madre: “De tantos malos tratos, estaba casi seco de carnes y tullido de las piernas. Lo fue engordando a punta de atoles, y la parálisis se la quitó con friegas de sebo revuelto con hormigas coloradas” (Estrada, 2010: 51). Con paciencia y sabiduría en remedios naturales y caseros, ella logró que el niño se recuperara.

Para Lola la familia también era una elección y los animalitos como el perro Galafre, los venaditos Tima y Chilo y el tejón Tachito Comealacrane también formaban parte de su núcleo familiar. En ese sentido, de igual forma les celebraba, los reprendía y brindaba protección. Cuando el padre Sergio Vargas llegó con los cristeros para excomulgarlos, los niños jugaban con el recién llegado Tachito. El sacerdote preguntó: “¿Qué cosa es este animal?”, porque lo veía echarse “las manitas encima del hocico” (Estrada, 2010: 81) de la vergüenza al ser visto tan curiosamente. Lola respondió: “Es Tachito, señor cura. [...] Es nuestro niño, come alacrane... y cuanto se halla de modo por ahí” (Estrada, 2010: 81). Con su respuesta Lola no solo le quitó el calificativo de “cosa” al tejón, sino que lo dotó con un sentido de pertenencia al indicarle al cura “es nuestro niño”.

De igual forma, cuando Federico Vázquez fue interceptado a petición de Lola por Toño y por el Güero para que los salvaran de morir de inanición, el más pequeño se identificó como hijo de “Lon Folencio Etada” e indicó que cerca estaban su mamá con los otros y “también el Galafe, y Chilo y Tima” (Estrada, 2010: 162). El jefe cristero, junto a sus hombres, siguió a los niños. Ahí se encontraron con Lola embarazada, con Adolfo y Rogelio, y no dudaron en preguntar por los otros tres: Galafre, Chilo y Tima: “Pero ellos mismos daban su respuesta. El

chucho ladraba en forma entrecortada, y chicoteaba el rabo como si tuviera avispas en el trasero. Los venaditos gemían, y a unos y a otros, a todos les iban lamiendo las manos parándose de patitas” (Estrada, 2010: 163).

Lola, entre sollozos y risas, respondió: “Ya lo mira, Federico. Toda esta es la familia de Estrada. Si hoy no caen ustedes por aquí, de seguro ya estaríamos en las últimas boqueadas” (Estrada, 2010: 163). La única preocupación de Lola era su bebé que estaba por nacer: “Es lo único que me puede hasta el alma, que irá a ser de ella... Por éstos, que hasta se atragantan con la cena, ya ni me apuro. Han pasado bien las mismas que yo” (Estrada, 2010: 163).

Ante la confesión, Vázquez ofreció mandar a Lola y a los niños con su esposa y sus tres hijos a Torreón, pero ella la rechazó. Ella sabía que su familia itinerante tenía que permanecer unida, y no valía la pena echarse para atrás con más de la mitad del camino andado. Después de todo, Florencio la había ganado con su entrega: “Y quién no va a acabar así, mirando tan de cerquitas las ilusiones de todos ustedes” (Estrada, 2010: 163).

Dentro del mundo real efectivo Lola pertenecía a un entorno donde las disputas familiares dividieron al pueblo de Huazamota entre los que estaban a favor de los cristeros y los que avalaban la causa de los federales. Esta segmentación la forzó a decidir entre los Muñoz y la familia que formó con Florencio. Durante los enfrentamientos de la Segunda uno de sus primos, Onésimo, fue capturado por los hombres de Estrada, los cuales preparaban sus rifles para fusilarlo junto a tres sardos y dos rurales de Mezquital. El más chico de los Muñoz le suplicó que intercediera por él, a lo que ella no accedió. Al llevarse a los niños a recoger ciruelillas, visiblemente apesadumbrada, les explicó que su padre no podía perdonarlo y no era por venganza:

—Florencio hará sólo un deber, si también decide fusilarlo. Estos Muñoz son mi mismita sangre, pero por parejo también el enemigo más a muerte. Cuando en el 28, los Estrada los agarraron vivitos en la toma del pueblo, Florencio los perdonó a todos, nomás porque yo se lo rogué. Pero su agradecimiento fue pelear y pelear en los tiempos de paz, hasta que lograron del gobierno acabarnos a todos (Estrada, 2010: 125-126).

Lo anterior indica que en el mundo real efectivo de Lola —donde es esposa, madre, compañera, hermana, comadre, devota y cristera— también existen transformaciones en su

subjetividad femenina desde donde cuestiona, se opone, decide y también encubre. No defender a su primo Onésimo fue el resultado de una observación de su entorno y de sus relaciones familiares con Florencio y los niños; además de una consecuencia para los Muñoz por no apreciar ni mantener la paz cuando tuvieron la oportunidad.

El rostro de la renuncia de Lola se entrelazaba con el de la elección: tuvo que dejar a una familia para conservar a la otra. Acompañar a Florencio por la sierra implicó desistir de los Muñoz y unirse por completo a los Estrada: a su esposo, sus hijos y cuñados. Los Muñoz se sintieron traicionados y prometieron matarla junto a sus hijos si se los encontraban. En un momento crucial, Lola le disparó en la cabeza a una zorra con rabia a la que “le brillaban los ojos colorados y no paraba de engrifarse todita” (Estrada, 2010: 176). El sonido de la detonación reveló su cercanía a los enemigos, entre ellos tres hombres y sus dos hermanos Diego y Hermenegildo, dirigidos por su primo Nabor Muñoz.

Lola aventaba las barbas de su rebozo por todos lados como intentando despistar a los enemigos, mientras como familia corrían por las peñas y los cantiles altos. Casi al momento de descubrirlos escondidos en una cueva, al tiempo que Lola apretaba al Cristo “contra [el] pecho como a un hijo muerto”. A las voces masculinas de “por aquí tienen que estar, cómo cabrones no” y de “las huellas de arriba clarito jalan para acá, que ni qué” (Estrada, 2010: 178). Diego, compadecido por la situación, se opuso a su propio hermano Mere para evitar la captura de Lola y de los niños:

—Tenemos que hallarlos nosotros, Diego —le respondió zafándose—. Si les toca a otros, ya nada podemos hacer nosotros por Lola.

Ya venían por medio cauce. Aunque se entretenían mucho, por tener que hacerse flaquitos para pasar entre las peñas. De repente Diego sacó el cuchillo y se lo puso al otro al pecho.

—No sigas caminando, Mere —le dijo a la cara.

Hermenegildo se quedó tieso, como buscando una explicación. Entonces Diego le dijo, en tono de amenaza y súplica:

—No des un paso más, hermano... Mírame. Yo sé por qué te lo digo. Yo sé... (Estrada, 2010: 178).

Después de permanecer escondida en la Ciudad de México dos años bajo otra identidad para evitar la muerte o la reclusión en las Islas Mariás, en 1938 Lola se armó de valor dejando atrás al encubrimiento de María Ramírez y regresó a Huazamota “a pasar las aguas” junto a su hijo Rogelio. Sus hermanos Diego y Mere Muñoz olvidaron su juramento: “Si algún día Lola cae por aquí, le doy tres plomazos en la cabeza”. “Y yo otro tanto a cada uno de sus hijos” (Estrada, 2010: 248). Al verla llegar le afirmaron que “la cosa nomás era con Florencio” y que también estaban a salvo de su primo Nabor porque estaba amenazado: le habían prometido “redoblar las balas que les metieran” (Estrada, 2010: 248) a Lola o a sus hijos.

2.2.4 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE REBELDE CRISTERA

El rostro de Lola es el rostro de muchas mujeres que se unieron a la contienda dentro del bando cristero. Como una devota, puso al servicio de la causa sus subjetividades y recursos para apoyar en lo que le fuera posible: cocinar, curar, remendar ropa, enseñar a rezar, educar a los niños y alentar a la causa. Lola enseñó a otras mujeres a rezar. La oración era un vínculo para congregarse a sus hijos y una manera de mantener al margen sus pensamientos tormentosos. La madre que se asumía “cristero”, también se pertrechó con un rifle para defender a Dios, a su bando y a su familia.

Como miembro de una familia itinerante cristera, Lola estuvo en riesgo al parir a su pequeña hija Constancia, a quien concibió en tiempos de guerra mientras se escondía en la sierra. Víctima de la fiebre y ante la falta de atención adecuada durante y después del parto; casi agónica, Lola recibió la noticia de la muerte de su pequeña hija. Florencio Estrada, desconsolado, se disculpó con su mujer por hacerla sufrir con sus decisiones de volver a la cristiada de las que ella intentó disuadirlo, pero después también lo motivó a no abandonarlo, advirtiéndole que si no lo hacía ella sería la primera en recriminarle. La fortaleza de Lola se cimentaba también en la certeza de que Florencio y sus hombres ponían empeño para defender una causa divina:

—Ahora sí los estoy mirando de veras firmes con Dios, Florencio. Me arrepiento de haberle retobado por esta bola. Ahora yo también digo que debemos seguir hasta acabar la obra. Ni mis hijos ni yo podemos valer más que Cristo Rey. Y es más, no pararé de llamarlos yeguas juilonas, si algún día quieren correr (Estrada, 2010: 86).

Al afrontar la muerte de su pequeña y aún debilitada por el parto, Lola no fue para su esposo un asidero de recriminación y castigo. Resignada y a la vez fortalecida por sus creencias reafirmó su identidad de cristero: “Por favor, Florencio. Ahora yo le pido que se levante y vuelva a ser el hombre alegre de siempre. Yo también le debo mucho a Dios. Siempre he sido un cristero más, y esto me tocó darle a nuestro Cristo Rey (Estrada, 2010: 203).

La agudeza de Lola era otra de sus virtudes y ejercía su derecho a opinar sobre el gobierno frente a Florencio y a los demás cristeros. Su voz era tomada en cuenta por los hombres de Estrada porque, más allá de ser la esposa del líder, era una mujer que se expresaba con lucidez y pasión: “Maldito gobierno tan traicionero [...] Hace la paz, se da la media vuelta y lo ensarta a uno, facilito y por el mero corazón” (Estrada, 2010: 58). Pese a que desconfiaba del Estado tenía la objetividad de externar que los yerros eran compartidos con los miembros de la Iglesia: “Pero él no tiene toda la culpa. También quienes creyeron que jugaba a lo derecho. No mirarle los padrecitos el colmillo del juicio, cuando es un lobo hambriento que tiene que hacer sus luchas, por las buenas o por las malas” (Estrada, 2010: 58-59).

Lola no solo se opuso a una forma de gobierno que buscaba aniquilarla por su ideología, también lo hizo con su propia familia: los Muñoz. Se rehusó a perecer en las montañas con sus hijos. Afrontó tanto a su marido como a su destino cuando lo consideró conveniente. Nunca dejó de pensar, de imaginar y de decidir porque sus subjetividades rompían con ciertos roles esperados en las mujeres de su época: sí era devota, pero también rebelde. Existe en Lola un nivel de compromiso profundo hacia su religiosidad y fe: la importancia de Cristo por sobre su propia vida y la de sus hijos se traduce en un submundo donde se valora ser un cristero aguerrido y congruente. Un alto sentido de lucidez aparece ante la posibilidad de quedarse viuda: todo lo sufrido debe valer la pena si el fin es “acabar la obra” prometida.

2.2.5 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA INTUICIÓN

Este subapartado alude a la metáfora de los rostros como formas inherentes a la subjetividad de Lola, los cuales operan en sus distintos submundos imaginarios: conocido, temido, fingido, deseado..., donde no solo hay ensoñaciones sino sueños premonitorios o alucinaciones que traslucen su interior. Lola Muñoz buscó en los confines del sueño el lugar en el que añoraba que se encontrara su pequeña tras fallecer: en “una cunita de nubes”. El sueño es, más bien, una ensoñación producto del peyote que le suministró el curandero Jobito Caramalla para poder

salvarle la vida; pese a ello, su visión fue un atisbo de su subconsciente donde el consuelo se nutre del descanso eterno:

—Soñé muchas cosas bonitas, Florencio —dijo ella de repente y todavía sin abrir los ojos, como para no espantar las imágenes—. Miré a Constanca... Como durmiendo en una cunita de puras nubes, y nubes color de las flores de los colomos, como esas de ayer, y que yo nomás estuve mirando encima de La Olla... Y luego un camino muy largo, rete largo para mí sola. Como si no vivieran ustedes, nadie de ustedes, ni mis hijos. Parece que en esas horas recorrí toda mi vida, desde los primeros pasos hasta ahora (Estrada, 2010: 208).

Lola desconocía que su sueño aparentemente feliz estaba más cercano a una premonición, a un aviso, en donde la imagen borrosa de su marido y la pena que se le “metía en el ánima que ya era viuda” era más que un efecto del peyote y de la fiebre. La verbalización del sueño de Lola resultó insuficiente ante el destino. El *aún* tenía que cumplirse.

—En ratos volvía atrás, nomás a mirar a los otros hijos idos como Constanca, los cuatro que Dios nos iba a dar antes de Antonio... A usted siempre lo vi borroso, Florencio... Por más que hacía por recordar que *aún* nos dura. Cuando usted desaparecía diatiro, se me metía en el ánima que ya era viuda. Pero menos mal... Todo fue nomás eso, cosas de un sueño que me trajo el licor de peyote (Estrada, 2010: 208-209).

El nexa entre la fantasía y el tiempo es sustantivo. Cuando Lola se despidió de Florencio, una intuición le anunciaba que sería la última porque en un contexto de guerra había pocas esperanzas de que regresara a salvo. Los sueños de Lola agudizaban sus submundos temidos y las turbaciones de su inconsciente. Como cuando en la mañana del día ocho, le confió a Toño: “Toda la noche estuve soñando cosas... era un herido, porque las sábanas estaban manchadas de harta sangre. Pero por más que me fijaba no le distinguí bien la cara. Sabe Dios lo que sería” (Estrada, 2010: 226).

Los sueños de Lola, casi pesadillas, reafirmaron sus premoniciones porque una noche antes habían matado a su esposo. A lo lejos, una figura difusa que no era el Florencio de sus sueños se aproximó a Lola y a los niños mientras se refugiaban en San Germán de los Huicholes.

El hombre era el wixárika Silverio Maceda, quien les avisó que Estrada había muerto. La fantasía de Lola se transformó en una plegaria lastimera: “¡Diosito santo, que no sea cierto! ¡No, no, por piedad...!” La realidad fue demasiado cruenta como para recurrir al ensueño. El llanto de Lola y de los niños apareció como una afirmación del desamparo al que se enfrentarían la viuda y los huérfanos cristeros de Estrada.

2.2.6 LOLA MUÑOZ: EL ROSTRO DE LA TRANSFORMACIÓN. SER OTRA

Lola Muñoz se aferró a la autoconservación, a decir de Bleichmar, para cuidar de sí y de sus hijos. Pese al duelo, la identidad traducida en la autopreservación no fue eliminada, sino que permaneció oculta tras el rostro de otra mujer ficticia que se le parecía, pero no era ella: María Ramírez. El rostro de la transformación llevó a Lola a habitar el submundo de lo fingido para proteger a sus hijos después de la viudez: adoptar otro nombre, procedencia e historia de vida. Antes de despedirse de su familia por última vez, Florencio le encargó a su hermano Jesús que hiciera todos los arreglos para llevar a su familia hasta la Ciudad de México. Celina Garmendia, sin intuirlo, fue uno de los eslabones para lograrlo.

—Me llamo Celina Garmendia. ¿Usted es María Ramírez?

—Sí —respondió mamá recalcando las palabras—. Yo soy María Ramírez. [...]

—¿De dónde son ustedes, señora María —preguntó de sopetón.

—Venimos de Nayarit —respondió mamá a la carrera—. Y vamos a Fresnillo con una hermana mía, ¿sabe? Hace tanto que no caminaba por estas tierras... Por eso en ratos se me escapan los suspiros.

—¿Falleció ahora pronto su marido, Mariquita?

—Hace dos meses, allá mismo en Peyotán... De una pulmonía, ¿sabe? [...]

(Estrada, 2010: 236-237).

Dolores transitaba el ocultamiento como una forma de validar sus subjetividades femeninas que se transformaron por la guerra. Lola negó su pasado, a su marido y a la causa que defendió para preservar la vida de los suyos. Su protagonismo cobró una relevancia casi estoica al disimular, bajo su viejo rebozo, el dolor y el llanto que le provocaba la narración de Celina sobre la muerte de Estrada:

—A Florencio lo mataron el día siete. Ayer que pasé por Huejuquilla, estaban en la segunda fiesta por su muerte. Era hermano de don Jesús. Eran cuatro los Estrada, los últimos cristeros de por acá. Yo pensaba estarme unos dillitas aquí en la Hacienda, con una hija casada, ¿sabe? Pero don Jesús y Galación Cisneros me rogaron mucho que los llevara a ustedes. Nomás medio saludé a mi hija y a los chilpayates, y me arrendé a buscarlos (Estrada, 2010: 237).

El ideal de Lola Muñoz, resultado del conflicto de tener que ser otra para sobrevivir, representaba una realidad modificada en la que su Yo intervenía a través de simulaciones que se adaptaban a su propio imaginario. Lola se transmutó en María: ella decidió qué historia contar y por cuánto tiempo ocultarse como empleada doméstica. Por más de un año los agentes se aparecieron en las casas ricas de la capital para preguntar por Lola Muñoz, pero nadie la conocía por ese nombre. En 1938, con valentía, el disfraz de María Ramírez desapareció y Lola Muñoz volvió junto con Rogelio a Huazamota para pasar una temporada. El ocultamiento cedió ante el deseo de recuperar su verdadera identidad: “Las Islas Mariás se quedaron esperando, ahora que precisamente ya buscaban a María Ramírez” (Estrada, 2010: 248).

Dolores Muñoz es un personaje ficcional complejo que trasluce en sus rostros fe, duda, miedo, desesperación, valentía, decisión, liderazgo, inteligencia, protección, humanidad e ingenio, entre otras cualidades que se repiten en algunas mujeres dentro de la novela y que se analizan en los siguientes apartados. Lola fue protagonista de su propia historia.

2.3 REPRESENTACIONES Y ACCIONES DE LAS MUJERES QUE RODEAN A LA FAMILIA CRISTERA EN *RESCOLDO*

El apartado anterior se centra en la figura de Lola Muñoz y en cómo su desarrollo trasluce desde lo subjetivo de sus resoluciones en tiempos de escasez, amor y de guerra sus rostros mutables, los cuales —al responder a las distintas circunstancias o adversidades— sirven como referente para el estudio de las demás mujeres ficcionalizadas.

Este apartado da cuenta de las representaciones femeninas insertas en las familia cristeras al interior de la novela. Las acciones de estas mujeres se traducen en puntos de encuentro de sus

subjetividades para ayudar a sostener la lucha. El análisis de estos personajes se cimenta en los procesos de ficcionalización planteados por Wolfgang Iser y en los submundos imaginarios propuestos por Alfonso Martín Jiménez, los cuales —como se plantea en esta investigación— equivalen a las subjetividades, por lo que las disertaciones de Silvia Bleichmar enmarcan desde lo ficcional a las mujeres con la complejidad que ellas y sus contextos implican. Las representaciones de las mujeres en *Rescoldo* trascienden el destino biológico porque dan cuenta de los roles sociales femeninos ficcionalizados y aportan una vía de identificación de los sitios que ellas ocuparon dentro del sistema familiar cristero. Los rostros presentados por Antonio Estrada están plagados de matices y se rehúsan a reflejar un papel básico o simplista de las mujeres.

2.3.1 EL ROSTRO DE LAS MUJERES EN COLECTIVO DENTRO DE LA CAUSA CRISTERA. ACCIONES DE APOYO Y ALIMENTACIÓN

El conjunto de los personajes femeninos presentes en *Rescoldo* aporta matices que contribuyen al desarrollo o mantenimiento de la Segunda mediante acciones invariables como la preparación de alimentos y provisiones para el sostén de las familias y de los cristeros y otras variables como defenderse a balazos. Para la psicoanalista Silvia Bleichmar (2010) cada sociedad, cada sistema, produce subjetividad, lo cual permite interpelar cómo eran las mujeres dentro de las familias cristeras de principios del siglo XX en México y cuál fue su relevancia para que los sistemas familiares y militares rebeldes siguieran operando. Las funciones diferenciadas entre ellas dependieron de su ubicación geográfica, posición social y nivel de compromiso hacia la causa.

Las mujeres cristeras se distinguían de las de la Revolución por el nivel de involucramiento, relevancia dentro del movimiento y los notables cambios en sus subjetividades femeninas. Las mujeres adaptaron a los tiempos de guerra las labores domésticas en la sierra: cocinaban, preparaban atoles y bebidas, recolectaban alimentos y atendían a sus familias y a los demás cristeros, pero sus subjetividades se traducían en opiniones, cuestionamientos y propuestas. En ocasiones estas ocupaciones eran compartidas con los hombres: “Papá estaba apartando las mejores brasas, para asar el tasajo y calentar las gordas con frijoles. Rogelito mamaba a todo rejuego de sus cachetes. Mi madrina y Altagracia preparaban el café y el pinole” (Estrada, 2010: 54).

En tiempos de combate todo estaba limitado y el alimento no era la excepción. Las mujeres aprendieron a sacar partido de la naturaleza para obtener comida. El conocimiento empírico las llevó a diferenciar lo que era comestible como el tallo con flores del maguey que comían asado o a filtrar el agua de las pozas con trapos como hacían con el mandil de Lola. “La comida para tanta gente eran morraladas de flores de quiote, o de cogollos de guaiz para caldos y temachaca” (Estrada, 2010: 54). En épocas más difíciles como en las nevadas, engañaban “el hambre con más agua o con azulejos” (Estrada, 2010: 54), aves silvestres características de la región. Los huicholes comían iguanas que tragaban “puro ramita tiernos nomás” y también “ratones tripones”; evitaban los puercos de rancho porque “lo que traga, ansina mesmito común cristiano” (Estrada, 2010: 117).

Incluso en lo cotidiano las mujeres indígenas tepehuanas de trenzas brillosas y negras —“trigueñas, diatiro la carita de la Virgen de Guadalupe”, que usaban “sus enaguas de manta recién lavadas, con mucho vuelo y rozándoles los huaraches de tres puntadas” y “con el montón de collares de cuentas rojas y verdes, cayendo hasta debajo de los pechos” (Estrada, 2010: 126)— podían ejecutar pruebas de amistad a través de los alimentos, los cuales trascendían la función de sustento para tantear la confiabilidad de una persona como acostumbraban a hacer los tepehuanes de Candelaria a los cristeros que buscaban refugio temporal.

Las tepehuanas se presentaron a los forasteros cargando tinajas de comida o frutas podridas. El vínculo amistoso dependía de si los convidados tomaban o ingerían los alimentos sin quejarse o hacer muecas: “Las mismas mujeres de los primeros saludos, nos alcanzaron con otras bateas de duraznos. Sólo que hasta escurrían agua amarilla, de tan podridos o picados por las avispas” (Estrada, 2010: 126). Las mujeres de Candelaria “sólo a Cholita, al Charro y al Gringuito, los miraban con desconfianza por desconocidos” (Estrada, 2010: 126), al ofrecerles la bandeja los tres pretextaron: “No me gustan los duraznos... Gracias”, “otro día como duraznos. Me está doliendo la barriga, ¿saben?” y “no tengo hambre ahorita”, contestó el Gringuito escupiendo de asco (Estrada, 2010: 126).

Al fallar la prueba “las indias se dieron media vuelta, y en su lengua a pujidos, [dijeron] cosas que a las claras sonaban a disgusto” (Estrada, 2010: 127). Para las tepehuanas el agradecimiento ante la hospitalidad confería a los foráneos buena comida y un espacio seguro para descansar, pero el episodio fallido acarreó el castigo: no tener alimentos y ser ignorados por los lugareños al grado de dormir a la intemperie bajo un duraznal, mientras que los demás fueron

invitados a pasar la noche a los jacales de los tatas. Dentro de la cosmovisión indígena, Cholita, el Charro y el Gringuito desdeñaron el riesgo que corría la comunidad por acoger rebeldes.

Otras actividades que las cristeras realizaban en conjunto era el cuidado y educación de los niños, lo hacían a la par de otras labores como lavar o remendar la ropa. Mientras los niños jugaban a la cristiada terminaron golpeándose y tirándose piedras: “Las mujeres andaban lavando en la poza grande. Tuvieron que correr a despartarnos a puros varejonazos” (Estrada, 2010: 72). Tan pronto como discutían los niños se reconciliaban, pero las madres se mantenían alerta de ellos: “En los Zapotes, jugábamos de vuelta a la revolución. Aunque ahora bien soslayados por las mujeres, que a las calmadas remendaban los trapos” (Estrada, 2010: 76). Reprimir o castigar a los niños era necesario en tiempos de guerra. Tenían que ser aleccionados para que se mantuvieran callados y fueran obedientes cuando se escondían de los federales para reducir los peligros de captura o de muerte.

Las mujeres wixaritari (huicholas) bordaban sobre las prendas de manta nueva de sus hombres guajolotes, rayos o cuernos de venado usando “hilos de lana teñidos con cáscaras” y en las fajas “figuras de zurrón de víboras o cruces de varios estilos” (Estrada, 2010: 117), es quizás el esmero que ponían en la confección de su vestimenta lo que llevaba a los hombres a usarlas hasta que estaban hechas girones y no servían. Ellas, en lugar de bordados se adornaban con “aretes, pulseras y anillos. Todos de filigrana de chaquiras, también simulando las pintas de las víboras” (Estrada, 2010: 118). Las tepehuanas también usaban fajas, anillos, pulseras y collares de chaquiras.

Las mujeres también ejercieron desde sus subjetividades femeninas la libertad de pensamiento y expresión que les permitía oponerse o intentar disuadir a sus parejas o familiares, tanto para unirse como para desertar de la causa cristera. La guerra imponía nuevos códigos para descifrar el mundo y muchas se rehusaban a cambiar de vida. Algunas a llantos se quejaron con Lola y con su comadre Angelita porque sus maridos y familiares querían regresar a la bola.

Una polifonía femenina expresaba su desacuerdo, a la par que daban cuenta de sus planes frustrados en otras ciudades, su anhelo de estabilidad medido en cabezas de ganado, la entereza de apostar por la seguridad de sus hijos antes de seguir a sus maridos o la determinación para entregar a sus hombres a la providencia divina: “Sea por Dios todo... Sea por Dios, Rosenda”. “Nosotros que nunca pensamos volver a esto. Mire nomás, Cholita”. “Y nosotros que íbamos rete bien. Poloño me tenía prometido llevarme a Mazatlán, estas mismitas secas”. “Pensaba que

mi sino había cambiado al fin. Para las nuevas aguas, ya tendríamos unas treinta vaquitas. Florencio...”. “Romualdo no lo quería creer. Yo me voy con los niños a Durango”. “Yo para Fresnillo, hasta que pase la bola. Se me hace que no tarda ni meses”. “Yo le encargué a Melquiades: no le hagas harto al valiente para que nos dures”. “En su escapulario le pegué al Santo Niño, para que salga con bien de estos mitotes” (Estrada, 2010: 53).

Las mujeres reaccionaron ante la vorágine de cambios que implicaba la guerra perteneciendo al bando más desfavorable. Para Bleichmar (2010:13) el Yo se encuentra en riesgo de estallar ante aquello inesperado que ataca, ante lo impensable, ante situaciones extremas, por lo que los aspectos autoconservativos o autorrepresentativos entran en crisis. Como primera reacción ellas activaron su respuesta de autoconservación para preservar la vida y otras para favorecer a sus familias o maridos se dispersaron por la sierra para aumentar sus probabilidades de sobrevivir o llegar a un destino seguro: “Cada familia había tomado su vereda. El camino real al Pitahayar se quedó solito y brillante, como si algún malora hubiera tirado allí el zurrón de una cascabela grandota y plateada” (Estrada, 2010: 53).

2.3.2 EL ROSTRO DEL SERVICIO. ACCIONES DE ACOMPAÑAMIENTO Y LA DEFENSA DE LA CAUSA

Las mujeres de *Rescoldo* trascienden los binarismos: buena-mala, valiente-temerosa, rebelde-sumisa y despliegan su complejidad más allá de sus labores como madres, parejas o cristeras. La complejidad en su pensar y actuar las sitúa como personajes que instauran una imagen simbólica de la mujer-metáfora-rostro. En ese sentido, a decir de Bleichmar (2006), los significantes están cargados de discurso ideológico y no solamente de la relación paradigmática o de la relación sintagmática. Se inscribe en un horizonte discursivo que tiene que ver con formas sociales acuñadas y que instituyen el Yo. El Yo de las mujeres dentro de la novela no es solo un residuo de identificación sino un lugar donde se construyen enunciados de identidad: quién se es y qué se es, y valoraciones en la lógica identitaria que lo constituyen: género, nacionalidad e ideología significantes que enmarcan la identidad (Bleichmar, 2006).

El rostro del servicio se traduce en la lealtad de algunas mujeres para seguir a sus familiares, aunque en muchas ocasiones su participación estaba determinada por las circunstancias más que por la convicción del movimiento, pese a que nunca cesaron de creer.

Después de resignarse a convencer al Zarco de abandonar la Segunda, Cholita juntó sus enseres, siguió a su marido e intentó mostrarse optimista: “Arriba gentes, que nos aguarda nuestro propio arroyo”. Angelita, la comadre de Lola, no hizo el intento de discutir con sus hermanos Eleuterio y Felipillo. Al contrario, animó a los hombres: “Ahora sí nos vamos haciendo ricos [...]. Toda la sierra es nuestra... Nadie deje nunca sus huellas, y hay que buscar puras quebradas donde nomás rifen los jabalines” (Estrada, 2010: 86).

Las mujeres de la familia cristera también son poseedoras del rostro del amor hacia la pareja. Mujeres creyentes como Angelita buscaron enamorarse de un hombre comprometido con la cristiada: Agustín, asistente de Florencio Estrada. “Ahora el Charro [...] bien se aprovechaba para sus cosas con mi madrina, como cantarle bajo los madroños rojos, o llevarnos a los chicos por orquídeas blancas para sus trenzas” (Estrada, 2010: 128). Y, cuando hubo oportunidad y el padre Montoya llegó hasta los cristeros rebeldes, Angelita no dudó en casarse. Para Bleichmar (2006) es imposible amar sin hostilidad. El objeto idealizado al que se ama es una ficción. Las expresiones de amor dentro del contexto cristero en el que está ambientada la novela, si bien expresan formas de enamoramiento, no son las configuraciones actuales donde “te amo” es la máxima expresión verbal de cariño. El amor entre las parejas cristeras se demostraba con acciones, cuidados, caricias, canciones, detalles y no tanto con palabras.

Las mujeres también portaban el rostro de valentía para defender a los suyos como lo hicieron Angelita y Lola al encontrarse rodeadas por enemigos. Dentro de la cueva en donde se refugiaban, a la par de los treinta cristeros de Florencio, tomaron los rifles para defenderse y dispararon hasta replegar a los huazamotecos:

Mamá y mi madrina también tomaron su rifle. En Huazamota, desde chicas se habían enseñado a blanquear con rifle o con pistola. Allí la tirada es una de las entretenciones mejores para los novios o primos. Algunas como mi madrina, hasta les habían salido ganando a los maestros (Estrada, 2010: 123).

Otras mujeres como Cholita no tenían habilidades para la defensa. Ella lloraba sin parar, desde que se escucharon los primeros disparos y el Zarco, su esposo, intentaba consolarla: “Deja que chille a mi gusto, viejito. Déjame, que nomás estoy haciendo de la purita muina. Cuantas veces quise agarrar el rifle, las mismitas que la temblorina me lo chorreo de las manos” (Estrada,

2010: 124). El factor valentía no les fue otorgado a todas las mujeres en ficcionalizadas. Existen rostros que adolecen de habilidades para enfrentarse a la guerra. Su misión consistía en seguir a los hombres y sobrellevar las consecuencias de esa acción. Bleichmar (2010) refiere que el sujeto actúa en contradicción con su propia identidad asumida, como en el caso de Cholita que externó llorando sus pocas habilidades para defenderse en momentos cruciales.

2.3.3 EL ROSTRO DE LA MATERNIDAD. ACCIONES PARA AFRONTAR LA MUERTE

Los personajes femeninos se transformaron a lo largo de la trama, por lo que no eran indiferentes al paso de la guerra y a sus consecuencias. En las páginas de la novela ser mujer trasciende lo literario y lo anecdótico porque inaugura una forma de situarse en el mundo de lo real efectivo donde el dolor, la muerte y la venganza son unas constantes. Los cambios en las subjetividades permiten accionar y desempeñar un rol donde se usan herramientas y estrategias propias de lo femenino. El rostro del dolor y la vergüenza tomó la forma de lágrima cuando Cholita reconoció ante su marido: “Yo no soy valiente, Polonio. Perdóname, viejito. (Estrada, 2010: 124).

Una de las características más destacables de las mujeres en *Rescoldo* es que, pese al entorno bélico no dejaban de convertirse en madres. Ellas, al igual que sucedió con Lola, seguían concibiendo y pariendo en la serranía y en contextos adversos. Sus subjetividades femeninas se ponían al servicio de la intuición y de las prácticas biológicas de dar a luz, incluso sin asistencia. El reto de estos personajes femeninos no implicaba solo sobrevivir al parto, sino poder alimentar a sus pequeños en condiciones de desnutrición, ocultamiento y estrés.

Cholita tuvo a una “prietita avispada pero falta de carnes” (Estrada, 2010: 121), y aunque para los cristeros enterarse del nacimiento de la pequeña fue motivo de alegría, la guerra, el hambre y la miseria terminaron por matarla. En situaciones tan adversas había poco espacio para la ilusión de una nueva vida. Cholita tenía el convencimiento de que ella también era cristera y ese había sido su destino. La frustración de que se le hayan secado los pechos se materializó en lágrimas y resignación: “Se me murió de la necesidad... [...] Fue antier, cuando de repente mis pechos se secaron. Cristera nació...como cristera tenía que acabar” (Estrada, 2010: 140). Por desgracia, el llanto no abandonaría a Cholita porque poco después la tomaron presa junto a sus niños y, después del asesinato del Zarco, un federal la hizo su mujer y envió a sus pequeños a un hospicio en Durango.

Para estos personajes ser mujer implicaba más que una representación. La subjetividad se alejaba de la categoría del individuo, situándose en cómo ellas se asumían a sí mismas desde una posición crítica respecto al lenguaje, al poder y al significado. No bastaba con ser un individuo si no posicionarse ante otro y ante su deseo desde ese lugar. En el terreno de las subjetividades tiene que existir un recorrido personal. En ese sentido, es cristera quien se asume cristera. La violencia transformó la conducta de las mujeres. Se enfrentaron al dolor, al odio, pero también al amor y crearon un sistema de protección propio y para sus cercanos: se activó en ellas la autoconservación. Las prioridades se transformaron. Durante la cristiada el futuro era inmediato y se medía en horas o días, acaso semanas porque la muerte estaba al acecho.

Lola pensaba que la muerte “[era] una mala hembra, de esas que gozan las rogadas con hombres a quienes busca apergollar” (Estrada, 2010: 115). En este caso, la muerte también arrebató las vidas de las mujeres y de sus hijos. Como cristeras se refugiaban en la idea de la vida eterna y en el sentimiento consolador de que sus difuntos se encontraban en un lugar mejor. Dar a luz también ponía a las madres en peligro, muchas de ellas se retiraron del conflicto armado con la salud frágil como fue el caso de Angelita. Ella se fue a Chalchihuites donde tuvo un embarazo complicado de un niño y una niña: “Tanto golpe de la bola los tenía minados. Nomás en unas horas se fueron los tres. Las buenas gentes la tendieron con un angelito a cada lado. Luego la taparon de flores hasta levantar un solo mogote” (Estrada, 2010: 249).

La adversidad también visitaba a las madres en forma de ponzoña de animales: alacranes, alimañas y serpientes eran sus peores enemigos. En un descuido mientras lavaba en una poza, a Pacha se le murió su hijo Chito por la picadura de un “vinagrillo”. Los personajes femeninos indígenas también encararon el deceso de sus pequeños. Las tepehuanas le contaron a Lola sobre cuántos niños habían muerto por picaduras. Se habían puesto tan graves que ni la yerba sin raíz los pudo salvar: “Marciana Solís triste, harto triste muere niña... Hartos días tipihuán toda ansina triste, alacrán mata niños. También ansina mata crías María Gregoria uno y uno; Gabina Soto otra, Gapita Gurrola otra” (Estrada, 2010: 183).

Sin importar la edad la muerte de un hijo dejaba a las madres devastadas. La mamá de Raúl Zermeño —mujer que vestía elegante por la sierra— enterró a su hijo víctima de las balas enemigas en una tumba improvisada, quien murió en una emboscada federal al lado de Crescencio Corrales, a quien le lloraban su esposa Lucía y su hijo Pablito. “La linda Lucía y la señora gorda de Durango hasta se tambaleaban, como con ganas de echarse de cabeza con sus

hombres” (Estrada, 2010: 79). Ambas mujeres se notaban visiblemente arrepentidas de estar en la cristiada, constantemente lloraban y tras su pérdida abandonaron la causa. No todas las madres afrontaban el fallecimiento de sus hijos de la misma forma, pero aquellas que eran creyentes parecían resignadas de entregarlos a Cristo.

El rol esperado de una madre implica el cuidado y, en el caso de las cristeras, transmitir e inculcar en sus hijos la fe. Dentro de las subjetividades femeninas en *Rescoldo* también existe la posibilidad de renunciar a la maternidad, de elegirse únicamente mujer y romper con los estereotipos establecidos para construir una identidad desde el goce propio. Tal es el caso de la mamá de Jesusito, la primera mujer de Frumencio, de quien se sabe que los abandonó para irse “de piruja con un soldado de la guarnición” (Estrada, 2010: 51).

2.3.4 EL ROSTRO DEL CONOCIMIENTO DEL ENTORNO. ACCIONES PARA CURAR, SANAR Y SOBREVIVIR

Este subapartado se encarga de identificar el conocimiento que las mujeres tenían sobre la sierra para conseguir sustento o suministros básicos. Además de mostrar cómo aplicaban los saberes ancestrales y la intuición para sanar enfermos y, en su defecto, preparar cadáveres. A la vez, identifica las acciones de las mujeres para autoconservarse entre ellas las efectuadas por las tepehuanas Altagracia y María Gregoria, las cuales les permitieron participar o relacionarse con las familias cristeras. Para Bleichmar (2006) autoconservarse es la forma con la cual una sociedad decide cuáles son las condiciones mínimas para vivir: “Las formas de representación cambian y el resentimiento y la frustración tienen que ver no con la existencia concreta de los bienes a los cuales el sujeto accede, sino por el reconocimiento de una diferencia llamada injusticia entre aquello que se accede y aquello a lo que creí que tendría que acceder”.

En ese sentido, la autoconservación no es solamente tener o buscar alimento, sino todo aquello que un ser humano, a través de la cultura, considera necesario para cuidar su cuerpo: educación, remedios médicos y formas de higiene. Aún en la sierra, cuando el conflicto limitaba las provisiones las mujeres encontraron formas para mantener sus hábitos de limpieza. Para lavar usaban las papas de amole, una especie de jabón vegetal que producía un líquido al aplastarlo. Para que su cabello brillara se restregaban lechuguilla seca y para quitarse la suciedad de la piel se tallaban con arenilla de las charcas.

Uno de los personajes femeninos con mayor conocimiento sobre su entorno natural es la tepehuana Altagracia, quien fue la mano derecha de Lola en la sierra hasta que se enamoró y se casó con Domingo Soto. Los rostros de Altagracia mostraban generosidad, cuidado y saber ancestral. Sabía cazar animales, pescar, curar con hierbas y emplastos, cocinar y curar heridas. Altagracia fue, junto al perro Galafre, una de las mejores proveedoras de alimentos para la familia Estrada Muñoz durante la guerra: “Altagracia nos enseñó a fisgar. A un otate duro le sacaba punta. Metidos en las pozas hasta el pecho, nos quedábamos quietos hasta ensartar una carpa o un bagre” (Estrada, 2010: 96). Los pescados eran secados al sol en las peñas y asados a las brasas.

La joven, a través de la observación, desarrolló nuevas técnicas para atrapar bagres y carpas cuando estas se resistían a la fisga: “ahora la treta fue encuevarlos, allí donde el río se represaba al juntarse tanto los peñascos”. De un clavado, Altagracia pescó a los bagres y los sacaba de la charca sujetándolos entre las manos y hasta entre los dientes. “Nosotras no muere hambre, oña Lolita. [...] Altagracia sabe otro treta ganar carne. Hora mata jabalines sin bala” (Estrada, 2010: 97). Cuando se trataba de conseguir alimento hasta el Galafre y los niños participaban: el perro arrinconaba a los jabalíes y los niños los remataban a pedradas.

A decir de los conocimientos medicinales, Altagracia llegó a aplicarlos en ella misma cuando le picó una avispa en el cuello, no tenía aguardiente para frotarse, y por la hinchazón creía que se moría: “Ella buscó dos piedras bolas y en medio de la carrera las fue tronando junto a las narices, para aspirar el polvillo oloroso a pólvora que soltaban” (Estrada, 2010: 98). Al no sentirse aliviada, se tiró a una de las pozas de agua esperando que la frescura la ayudara contra el entumecimiento de piernas y el sudor frío. Al recuperarse, como los jabalíes habían atacado al Galafre, Altagracia le paró el sangrado con emplastos de biznagas machacadas.

María Gregoria, esposa de Chano Gurrola, se identifica con el rostro de la generosidad y el servicio. Ella permanecía en su comunidad de Candelaria, pero cuando las familias cristeras lo necesitaban les proporcionaba —a la par de su marido— un lugar para descansar, comida y hasta los pañales de su último bebé para la hija de Lola. A cambio, Dolores rezaba el rosario en voz alta y las evangelizaba “nuestras mujeres y las indias más aventajadas [cantaban] los himnos y la letanía” (Estrada, 2010: 166), además estuvo presente en su boda católica con el líder tepehuán.

Tanto las mujeres como los hombres en *Rescoldo* son sabedores que la medida más extrema para intentar sanar a alguien era darle la yerba sin raíz, la cual consistía en preparar con

las heces propias un atado con trapos y ponerlo a cocer hasta que el agua se volviera amarilla. Lo que procedía era darle de beber la yerba sin raíz al enfermo esperando que surtiera efecto.

Lola y Altagracia también realizaban labores de enfermería: “Acabando con un herido seguían con el otro. Remoldeaban de nuevo sus carnes, o preparaban la buena agonía a los más malos” (Estrada, 2010: 116). Al tener los insumos limitados, las mujeres improvisaban con trapos, hierbas y piedras para hacer las curaciones, aunque muchos de los heridos fallecían. Cuando la muerte aparecía, las mujeres ayudaban a preparar los cadáveres y los cobijaban “con el lienzo de la Gualupita, y con nuestro crucifijo apretado entre sus dedos muy blancos. Luego, también lo de siempre, los palos cruzados encima de los mogotes” (Estrada, 2010: 116). También les colocaban estampas y medallas y rezaban por sus almas.

Las mujeres dentro de la novela ampliaron la percepción femenina y de sus subjetividades. Existe dentro del submundo de lo real efectivo más matices que la sumisa, la anónima, la que se limitó a sufrir carencias y hambre, y que sufrían las vejaciones y abusos de los otros. Cada una de estas mujeres, a su manera, encaró la adversidad con arrojo. Aquellas que acompañaron a sus hombres también lideraron dentro de sus familias ante la ausencia de ellos, por lo que sus decisiones y comportamientos estaban en equilibrio.

2.4 LAS MUJERES ORGANIZADAS: LAS CRISTERAS DE LA BI-BI

No hay barrera, cerradura ni cerrojo
que puedas imponer a la libertad de mi mente

Virginia Woolf

Este apartado se encarga de evidenciar cómo se organizaron las integrantes de la Brigada Invisible-Brigada Invencible (Bi-Bi)²⁸ dentro de *Rescoldo*, y de mostrar las estrategias y acciones implementadas para sumar a la causa de los cristeros liderados por Florencio Estrada. Ante la

²⁸ Los principales personajes femeninos de la Bi-Bi en *Rescoldo* responden a tres de las categorías propuestas en el apartado 1.4.7 Categoría y tipología de análisis de las mujeres en la literatura de temática cristera: Las mujeres líderes como Pacha Arroyo, Las mujeres que deciden como Pilarcita Cores y Las mujeres infiltradas: las espías como Cándida Jaime y Lucila Sandoval. También se complementa con la 1.4.8 Tipología de las mujeres cristeras en *Rescoldo*. Ver Tabla 2 en el apéndice.

interrogante cómo se construye un personaje femenino desde la subjetividad dentro de la ficción literaria cristera. Las mujeres de *Rescoldo* lo hacen desde cómo se conciben a sí mismas, cómo hablan de sí, cómo se cuestionan los métodos para luchar y para obtener información. Lo hacen también desde sus representaciones, rostros, posturas e ideologías puestas al límite, aunque sean cuestionadas como en el caso de Cándida. La construcción de subjetividad en los personajes femeninos implica cuestionarse su lugar en el mundo y dentro de la familia para asumir que no solo son receptoras sino dadoras de consuelo, alimento, defensa y reconocimiento de la dignidad del otro, como cuando las integrantes de la Bi-Bi restituyen la identidad de los cristeros muertos al reclamar sus cuerpos y buscarles sepultura.

La ficcionalización de las militantes de la Bi-Bi²⁹ se centra en las características atribuidas a las mujeres que pertenecieron a esta organización clandestina, la cual permaneció por años secreta. Para el desarrollo de este apartado la agrupación será referida de igual forma que al interior de la novela: *Brigada Invisible-Brigada Invencible o Bi-Bi*.

El punto medular de operaciones para las integrantes de la Bi-Bi fue Huejuquilla el Alto, Jalisco; sitio al que los cristeros de Florencio Estrada regresaron en varias ocasiones para obtener información y parque. Durante la Segunda cristiada en *Rescoldo*, Florencio y sus cristeros contaron con la ayuda de la Bi-Bi de Huejuquilla; organización de 40 integrantes, que después aumentó a 50, dirigida por la generala Pacha Arroyo y que sesionaba casi en secrecía en la casona vieja de Pilarcita Cores o en algún rincón de la tienda de Cándida Jaime. Dentro de la ficción, los artilugios y estrategias de la Bi-Bi no eran revelados del todo, por lo que los personaje femeninos gozaron de cierto margen para operar desde el ocultamiento.

El cambio de paradigma dentro de la época cristera implicó trascender la idea única de que la mujer servía solo para casarse y tener hijos, sino que permitía la construcción de la identidad femenina en función de las decisiones impactadas por lo externo, por lo subjetivo, por el lenguaje, por el símbolo y por la metáfora que implican no solo nacer mujer sino construirse mujer desde lo subjetivo. Al respecto, las mujeres organizadas de *Rescoldo* no eran espectadoras

²⁹ También conocida como Brigada Femenina Santa Juana de Arco toman el nombre de la campesina francesa cuyas visiones místicas la llevan, al final de la Guerra de los Cien Años, a liderar a un grupo de más de cinco mil hombres que derrotó a su enemigo y levantó el cerco de Orleans. La victoria permitió que, en 1429, Carlos VII de Francia fuera coronado rey. Tras el ataque contra París, en el asedio de Compiègne, fue capturada por los borgoñones, y juzgada por el tribunal eclesiástico por brujería. Juana de Arco fue quemada en la hoguera el 30 de mayo de 1431 y en 1920 fue canonizada. La Brigada Femenina Santa Juana de Arco, surgió en Zapopan, Jalisco, el 21 de junio de 1927 durante la Primera Cristiada, pero se extendió a otros estados de la república como Colima, Durango y Ciudad de México.

pasivas de su propia existencia si no que actuaban y decidían no solo en función a ellas mismas sino de sus familias y creencias.

2.4.1 CUANDO EL NOMBRE ES DESTINO: BRIGADA INVISIBLE-BRIGADA INVENCIBLE

El nombre y sus implicaciones ha sido motivo de análisis y reflexión ilimitadas. Platón refiere en el *Cratilo* que los nombres tienen un valor intrínseco y su significación es independiente. Los nombres no son algo arbitrario, y existe verdad en su constitución. Según Ute Schmidt en la introducción al *Cratilo*, a decir de Platón, el nombre propio indica la esencia o naturaleza del portador, y existe en el nombre al menos una característica del portador en función al significado etimológico que encierra (Platón, 1988: XXXVI).

Partiendo de lo anterior, los elementos nominales de la agrupación Brigada Invisible-Brigada Invencible en *Rescoldo* reflejarían la invisibilidad, la invencibilidad o ambos elementos. Si bien el nombre opera dentro de una agrupación se sostiene que en los personajes ficcionalizados de la Bi-Bi existe individualidad frente a la colectividad, y sus acciones para apoyar a la causa cristera dan cuenta de ello. Lo invisible habita el campo de lo inmaterial y elude a la mayoría de los sentidos por lo cual no puede negarse su existencia. Lo invisible opera dentro de una realidad que mucho puede tener de imaginaria o de ficticia, pero se sostiene en el tiempo narrativo. Para la Real Academia de la Lengua es un adjetivo que deviene del latín *invisibilis* y tiene dos acepciones: aquello que no puede ser visto o que rehúye a ser visto.

Las integrantes de la Brigada Invisible-Brigada Invencible en *Rescoldo* eludieron, como medida de autoconservación, que su activismo cristero fuera visto. La psicoanalista Silvia Bleichmar (2006) afirma que en épocas de paz, la autoconservación y la autopreservación pueden marchar juntas: uno puede seguir siendo quien es y seguir existiendo; en épocas terribles, la conservación de la vida y la preservación identitaria pueden oponerse: por ejemplo, la conversión religiosa por razones de terror es una forma de poder que cede la autopreservación en función de la autoconservación.

Las mujeres ficcionalizadas urdían estrategias al servicio de lo bélico y de la defensa de la libertad religiosa, las cuales matizaban a través de rezos, actos piadosos o la asistencia a los templos como Hijas de María. Los mundos ficcionales de las integrantes de la Bi-Bi de

Huejuquilla implicaban la virtud, la buena imagen y la reputación, como lo expuso Lucila al teniente Guillén: “Una Hija de María es mal vista con un hombre a solas, sobre todo si es federal. [...] Una Hija de María hace un voto que casi es de castidad. Tanto que cuando una se casa, ya no puede pertenecer a la Cofradía” (Estrada, 2010: 132).

Las de la Bi-Bi eran dueñas de sus acciones dentro de los límites de lealtad hacia Cristo Rey, su juramento, sus ideales y sus compañeras de causa. La complejidad de estos personajes ficticiales en *Rescoldo* evolucionaba a la par de su capacidad de decisión, de las estrategias que elaboraban para mantenerse vigentes y de las acciones para cumplir a cabalidad órdenes: “Trabajaremos mejor que en la Primera —siguió Cándida Jaime, la del tiendón “El Refugio”—. Y todo a lo más songuito³⁰, cumpliendo sin retobos cualquier orden, o a la suerte que nos traiga el papelito” (Estrada, 2010: 88).

Los personajes femeninos de la Bi-Bi de Antonio Estrada no son invisibles sino todo lo contrario. Nombrarse es asumir una identidad que pretende actuar con sigilo, a la sombra de los federales, sin perder la visibilidad de Hija de María que acompañaba la vestimenta negra de sus integrantes. Cuando el nombre es destino, las mujeres de la Brigada Invisible-Brigada Invencible en *Rescoldo* cumplirán con las premisas de “invisible” e “invencible”,³¹ según sus propios submundos de los personajes: el entendimiento individual de la causa y las subjetividades respecto a cómo usar sus tácticas para respaldar a los cristeros. Cada una de ellas posee distintos niveles de visibilidad e invisibilidad en sus acciones dentro del desarrollo de la trama; explotando sus habilidades y armas femeninas hasta tornarse metafóricamente, según las circunstancias, en una suerte de ninjas, geishas, Amazonas o valquirias.

2.4.2 CAMUFLAJE, INDEFENSIÓN Y FINGIMIENTO

Los personajes ficcionalizados de la Bi-Bi en *Rescoldo* destacaron por el camuflaje: modificar las apariencias, ostentar maniobras invisibles ante sus adversarios y reafirmar su compromiso de visibilidad a través del juramento, de las reuniones con sus compañeras o de los encuentros velados con los cristeros. Las de la Bi-Bi reclutaban mujeres jóvenes, solteras, creyentes y con afinidad a la causa, incluso convocaron a otras organizaciones religiosas como Las Hijas de María o La Cofradía para que tomaran los votos con ellas: “En la fiesta del ocho de diciembre,

³⁰ Songuito equivale a sigilosamente.

³¹ Según la RAE, del latín *invincibilis*, es un adjetivo para denominar a aquello que no puede ser vencido.

en nuestro día grande, volvimos a jurar las veteranas. [...] Luego también se animaron las nuevas Hijas de María. Miren nomás cuánto bulto prieto somos, cosa de cuarenta” (Estrada, 2010: 88).

Las Hijas de María vestían completamente de negro como si habitaran un luto constante. El trasfondo se esbozaba como una transmutación: una posibilidad para confundir a los contrincantes entre tanto “bulto prieto”; como si la estrategia del camuflaje se mimetizara con el actuar sigiloso de esa especie de ninjas católicas.³² Las de la Bi-Bi eran ninjas, pero no en el sentido de mercedarias, sino por su entrenamiento para operar casi en las sombras; por desestabilizar la guerra y favorecer a los cristeros al obtener y transmitir datos e información y por incomodar a los federales que esperaban ser atacados contantemente por la agrupación.

La Cofradía católica imponía modestia en el actuar y en el vestir de sus integrantes. El mayor Tejeda sospechaba de ellas y quería matarlas, por ello las injurió frente a su superior el general Elizondo, amante de Cándida Jaime, integrante secreta de la Bi-Bi. La joven, optimizando sus tácticas de camuflaje, persuadió al general con el argumento de que si las colgaban el pueblo se enemistaría con ellos. El desarrollo del fingimiento de los personajes femeninos en *Rescoldo* consistía en ser o parecerse a otras. En el caso de Cándida esta herramienta tenía mayor efecto en su amante, a quien envolvía con astucia: “Para mí que si matamos a esas beatas sólo ganaremos echarnos encima al pueblo” (Estrada, 2010: 166). La finalidad era camuflarse con la causa anticristera, por lo se ofreció para ponerle trampas a esas “ratas” para después colgarlas. El vehículo del odio era el rapto y la muerte de Rosa Villegas —una valiosa aliada de los gobiernistas: una “mejor amiga”—. Tejeda argumentó: “Estas santuchas les soplaron que Rosita estaba en Los Tanques, no tiene ni qué. [...] Para mí que debemos colgar a las mochas, mi general. Esos tabachines de la Plaza de Armas tienen buenas ramas” (Estrada, 2010: 166).

El fingimiento de Cándida la hacía parecerse a otra: una calculadora, pero devota amante que ponía al servicio del general todo lo que aprendió durante su paso como Hija de María. Su camuflaje era ser opositora y resentida ante sus antiguas amigas: “Viejas hipócritas. [...] Cómo no buscan un marido, en vez de meterse donde no las llaman. Sobre todo ustedes,

³² Los ninjas o *shindori* es una organización japonesa de origen incierto, que se caracteriza por los ágiles y poco convencionales entrenamientos en el arte de la guerra. El uso de distintas armas es común dentro de esta agrupación cuyo objetivo es desestabilizar al enemigo mediante el espionaje, asesinato y obtención de datos e información. Algunos autores refieren que los ninjas existen desde el siglo VI, pero se supo de su existencia a partir del siglo XV.

Pacha y Pilar... Sabrá Dios lo que habrán hecho esos malvados con la pobre Rosita. Mejor repasen los mandamientos. ¿No que la religión prohíbe los crímenes?” (Estrada, 2010: 67).

Las acciones especuladas de la Bi-Bi resultaron insostenibles para sus detractores, quienes sospecharon un doble discurso; pero con las técnicas de invisibilidad no existían pruebas para atraparlas: “Son muy diabras esas cotorras prietas, mi general. Pero prontito tendrá que darme la razón. Esas escobas vestidas son la columna secreta de Florencio, no tiene ni qué” (Estrada, 2010: 167-168). La generala Pacha Arroyo³³ era la líder de la Bi-Bi de Huejuquilla, Jalisco, y tenía 20 años. Era una temeraria estratega y llevaba una doble vida: a ratos bajo cierto grado de invisibilidad y en otros sus acciones piadosas levantaban sospechas. Pacha logró encubrirse cuando fue salvada de morir gracias a Cándida, quien persuadió al general Elizondo de no colgarla y dejarla ir por falta de pruebas.

En la ficcionalización de las Bi-Bi de Antonio Estrada la valentía y la disposición para participar en el movimiento era clave. Además de tener conocimiento sobre distintas armas y su uso, se arriesgaban al encontrarse con los cristeros para fungir como informantes: “Lucila Sandoval se llevó dos de las más bravas, a hacer guardia en la puerta, con las pistolas amartilladas. El grupo apagó el mechero grande, y prendió una velita de sebo. También al cintileo de cigarros, volvió a empezar la tertulia” (Estrada, 2010: 88).

Las de la Bi-Bi se apropiaron del nombre de la brigada: la invisibilidad en las acciones femeninas era parcial y a modo: no se daba por la desaparición completa de sus actividades cotidianas sino en mostrarse desamparadas ante su contraparte; además de mostrar un fingimiento peculiar como herramienta de persuasión y vehículo de sacrificio. Tal es el caso de Pacha, Lucila y Pilarcita, quienes —con el pretexto de la enfermedad y altas fiebres de la generala— intercambiaban información en clave frente al teniente federal Guillén, quien era además estratégicamente el novio de Lucila: “Guillén dice que no quiere ya nada conmigo, Pacha. [...] Figúrate tú, dizque cristeras nosotras. ¡Bah!” (Estrada, 2010: 168).

El fingimiento de repulsión de Pacha la hizo referirse a los cristeros como “bandidos” y a Guillén como “teniente”, como una forma de respeto. Él no sospechaba que en la cama yacía enferma una enemiga con un rango más alto. La mejor forma de encubrirse era la ironía de afirmar aquello que se es: “dizque cristeras nosotras”. Durante la conversación, los nombres de los colaboradores que se negaron a enviar ayuda fueron camuflados con los de los supuestos

³³ Pertenece a la tipología de Mujeres líderes propuesta en esta tesis. Ver Tabla 2 en el apéndice.

médicos que visitó Pilarcita: “Nomás vieran qué mala ando yo también [...] Vi como a cinco doctores de los meros buenos, como a Rebolledo, Tena y Méndez. Salieron con que no tengo remedio. Imagínense nada más” (Estrada, 2010: 168).

Una de sus estrategias principales era el camuflaje e indefensión femenina como forma de piedad en la práctica de la fe dentro de un entorno bélico dominado, en apariencia, enteramente por los hombres. La visibilidad del cuerpo escondía la invisibilidad de las acciones, como en el caso de Remigia Celis. La construcción de la subjetividad femenina en *Rescoldo* se sostiene sobre un andamiaje complejo en el que se muere, pero también se mata. Nichita era una prueba de ello, porque desde la cocina decidió envenenar a trece soldados federales, “peloncitos”, “guachitos”, “changuitos”: “Que la Virgen me perdone... En la salsita había revuelto mitad de sal y mitad de veneno para coyotes. [...] Cuando los miré rete embebidos en tragar tacos [...] hice un liacho con mis garras, y corrí a pata de perro” (Estrada, 2010: 135-136).

El mejor camuflaje era parecer insignificante. El submundo de lo fingido de Nicha se activó con la ingeniosa huida: no dejar huellas y encontrar cómo trasladarse a Huejuquilla sin levantar sospechas: “Me quité las chanclas y me amarré hierbas en los pies, para no dejar mis huellas. [...] En el Trapiche me hallé una familia que venía de Mezquitic, y les lloré que me prestaran un burrito” (Estrada, 2010: 136). Los viajeros no le negaron la ayuda a una supuesta madre desesperada en desgracia: “Tengo una hija agonizando en el pueblo. Lléneme por caridad, que no voy a alcanzar ni a echarle la bendición” (Estrada, 2010: 136).

Para ser protegida por la Brigada, Cándida resolvió que Remigia Celis se quedara viviendo con su padre y con ella para ayudarlos, pero activando el camuflaje de “refundirse en los rincones” sigilosa —casi como ninja— para ocultarse de las miradas rivales. La vieja Nichita³⁴ transformó en “mariposa prieta” para eludir a Elizondo: “No le hace que me vuelva mariposa prieta, sólo en lo oscuro. [...] La cosa es que no me vuelvan a mirar la facha los changuitos. El abrazote que me daría Elizondo si me pescan” (Estrada, 2010: 136-137).

³⁴ El actuar de Nichita la ubica en la clasificación tipológica de Mujer que decide, la cual se encuentra descrita en la Tabla 2 del apéndice.

2.4.3 LA INVISIBILIDAD EN LO VISIBLE

La invisibilidad de las de la Bi-Bi se plantea en este subapartado como una estrategia de encubrimiento de las guerreras, de las que se mueven entre la línea clandestina de las ninjas y la presencia combativa de las Amazonas.³⁵ De forma superficial, las de la Bi-Bi eran mujeres jóvenes creyentes que esperaban por un marido o por el fin de la guerra, lo que no las haría diferentes al resto de mujeres ficcionalizadas de su entorno. En ocasiones, lo único que podían aportar era entretenimiento para los cristeros: “El Zarco traía otra guitarra, mandada por la Bi-Bi como única ayuda por el momento. Y sí que los 75 hombres de Estrada tenían que hacer, ora estrenando los corridos del Jabalín, ora repasando las tonadas viejas” (Estrada, 2010: 91).

Su planeada invisibilidad no era producto de su inexistencia física sino de la nimiedad e indefensión que representaban sus acciones ante la mirada enemiga. Sus subjetividades femeninas se traslucían en su decisión de encubrirse. Las invisibles eran enteramente visibles para la causa cristera: para aquellos que las conocían y se beneficiaban de sus operaciones, información e insumos.

Las creyentes de la Bi-Bi fueron excomulgadas a la par de los cristeros de Florencio. Cuando se les comunicó que los acuerdos de la Primera con todas sus indulgencias plenarias habían sido revocados, ellas convencieron al padre Montoya para no dejar a las tropas en el desamparo: “Pacha dice que ya animaron a un padrecito de muchos tamaños. Se llama Roberto Montoya (Estrada, 2010: 101-102). A la par que se agotaban el parque y las provisiones de alimentos, las mujeres llenaban a los cristeros de correspondencia, estampas y medallitas con la imagen de Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe para mantener viva la devoción: “Éstos son los cientos de cartuchos... Esta sarta de medallitas. De un lado Cristo Rey y del otro la Gualupita”. “Sea por Dios, sea por Dios. [...] ¿Será pecado ponerles medallitas a los rifles en vez de balas? Portamos más medallas que balas, qué jijos” (Estrada, 2010: 102-103).

Las mujeres ficcionalizadas de la Bi-Bi en *Rescoldo* distan mucho de parecerse a las demás: su compromiso con la causa las lleva a desarrollar un rol clave para trasladar, rellenar el parque y transmitir el conocimiento a los cristeros: “Váyame arrimando la pólvora esa, el fósforo y las mechitas. Ahora les atascamos su cachito de plomo. A ver si no me hacen quedar mal”. “Siquiera que nos sirvan para asustar a los pelones, mientras les esfumamos las cajas

³⁵ En la mitología griega, las Amazonas fueron mujeres guerreras con habilidades para cabalgar y combatir. Eran conocidas por su valentía, coraje y orgullo. Su reina era Hipólita. Algunos datos mitológicos refieren que las Amazonas eran hijas de Ares, dios de la guerra, y pertenecían a una sociedad exclusivamente femenina.

llenas. Con que truenen estos diantres de casquillos”. Incluso el Jabalín bromeó ante lo dependientes que eran de ellas: “Nomás falta que Pacha también nos mande entre el pinole a Elizondo. [...] Seguro no se animan porque está algo crecido, y abultaría harto las naguas. Y ellas son señoritas... Válgame Dios, qué diría la gente” (Estrada, 2010: 102-103).

Con el liderazgo de la generala Pacha, las Amazonas de la Bi-Bi urdieron una batalla en donde encubrieron lo visible. Fueron de paseo gritando y cantado frente a los oficiales para no despertar sospechas. Con la manta más gruesa, y aunque se reventaron las agujas, costuraron unos fondos para trasladar municiones entre sus vestidos. Las militantes cristeras, fingiendo un día de campo, se prepararon a la orden de Pacha: “Al combate, hermanas” (Estrada, 2010: 219): “Luego se enjaretaron las guaripas también de colores, y montaron las muchachas que cargaban más peso. Las de a pie sólo llevaban las canastas de la comida. Y a una, iban gritando por la calle real” (Estrada, 2010: 220).

La otra batalla de enfrentarse al teniente Guillén, novio de Lucila, la encararon a través del fingimiento con humor: bromas, risas y provocaciones fueron las armas que blandieron las Amazonas desde sus burritos y que sostuvieron con la fortaleza de su convicción:

—¿A quién le cantan, güilotas lomerías? —preguntó Guillén.

—A un teniente que me trae de un ala —respondió Lucila emparejando su burrito al Colorado. [...]

—¿Qué llevan en las canastas y demás?

—Pura comedera, mi teniente —repuso Pilarcita.

—¿Pura comedera? [...]

—Si gusta, también nos puede esculcar bajo las enaguas.

—No sea que le llevemos parque a los cristeros. [...]

—¡Ah qué muchachas éstas! —respondió el teniente, con chapas en la cara y moviendo recio la cabeza (Estrada, 2010: 221).

La osadía implicó en reunirse e intercambiar bromas mientras transportan el parque en la misma cara de sus enemigos. El mayor aliado para la causa de las de la Bi-Bi fue pasar desapercibidas ante los federales y que subestimaran su astucia de no confabular frente a ellos.

No solo los hombres se beneficiaron de sus favores sino de la información que obtenían. La invisibilidad que ejercieron por decisión les daba ventaja.

2.4.4 LAS INFILTRADAS Y EL ESPIONAJE: LA SEDUCCIÓN

En *Rescoldo* los personajes de Estrada no están desexualizados, al contrario, las subjetividades femeninas se imponían como un instrumento para obtener información. La seducción y el cuerpo femenino se convirtieron en armas poderosas que trascendieron la alcoba y se combatían en batalla. Estrategias urdidas en secreto que permitieron que el movimiento permaneciera encendido más de lo esperado.

Otra de las estrategias de Cándida y Lucila³⁶ para obtener información fue infiltrarse dentro del mundo enemigo: el de los federales. Las tácticas para lograrlo implicaron menoscabar a los cristeros y aplicar la traición, el espionaje y la seducción. Uno de los referentes para ese arte son las geishas:³⁷ mujeres japonesas instruidas desde temprana edad en el canto, el baile, la poesía y la conversación, quienes por su delicadeza en el actuar y el vestir resultaban irresistibles para los hombres. Cándida Jaime era una joven de 15 años que militaba en las filas de la Bi-Bi y se conducía como una auténtica geisha. Su corta edad no fue un impedimento para que asumiera su misión al extremo: destruir al general Elizondo y a Rosa Villegas.

Rosa Villegas, conocida entre los cristeros como la Coralilla, evocaba a una *femme fatale* en toda la extensión de la palabra. Era una mujer atractiva, con trenzas alazanas, actitud altiva y determinada que apoyaba a los federales. En ese sentido, existía una instrumentación del cuerpo femenino que se alejaba de ser objetivado para transformarse en una herramienta para obtener información o favores. La subjetividad femenina de este personaje era distinta porque implicaba erotismo, desafío y emancipación. Además, su identidad trascendía lo biológico, ella no buscaba procrear ni ser madre para colocarse en un lugar social de reconocimiento dentro de un sistema familiar o matrimonial. Por el contrario, su autonomía y sensualidad la colocaron dentro de un lugar de importancia y mando dentro de los grupos federales que apoyaban al gobierno.

³⁶ Ambos personajes ficcionalizados cumplen con la tipología propuesta en esta tesis correspondiente a las Mujeres infiltradas: las espías. Ver Tabla 2 en el apéndice.

³⁷ El nombre de geisha significa artista: persona (*sha*) que domina un arte (*gei*). Estas mujeres educadas solían especializarse en cultivar artes para entretener a sus clientes como la danza, el canto o la poesía. Algunas tocaban el shamisen, un instrumento esencial en la música tradicional japonesa, o aprendían a detalle la ceremonia del té. Las geishas eran grandes conversadoras y solían tener mecenas.

La Coralilla —mujer astuta y temible— había interceptado el último cargamento de municiones dirigido a los cristeros de Huazamota, el cual era traslado de forma clandestina en cajas de jabón. Florencio Estrada había recibido, por vía de la Bi-Bi, una carta de Aurelio Acevedo que indicaba que, aunque el Comité Especial de la Liga no podía “asegundarlos”, sí les ofrecían apoyo informal como unas cajas de parque que llegarían de parte de Alberto Almaraz: “Las cajas se las llevó el diablo. [...] Fue la maldita Rosa Villegas. Se llevó a López a mirar la troca, y al palpar las cajas de jabón se fueron hallando unas más pesadas. [...] A Gaeta se lo llevaron al cuartel” (Estrada, 2010: 89).

En una de las reuniones secretas se rifó quién iba a deshacerse de la Coralilla y Cándida resultó ganadora. Desde ese momento desplegó con astucia parte del plan que quería desarrollar. “Sólo pido me concedan matar dos pájaros de la misma pedrada... [...] Voy a ver si consigo mancornar a Elizondo. [...] Todas han mirado cómo me malorea [...] Tampoco se vale preguntar cómo le voy a hacer, ni si mataré al general o no (Estrada, 2010: 137)”. Para Cándida el azar de un papel con una cruz marcada en una rifa fue la antesala del camino de la geisha: organizar una fiesta de quince años donde fueran invitados todos los federales, ganarse la confianza de Rosa Villegas a través del fingimiento a favor del gobierno y comenzar el proceso de seducción de Elizondo: “Yo también condeno con todas mis fuerzas a esos bandidos, Rosita. [...] Ojalá y pronto nuestros valientes los acaben de una buena vez. Ya es justo que vivamos en santa paz, ¿no le parece, señora?” (Estrada, 2010: 138).

Como estaba planeado, Elizondo se convirtió en el amante de Cándida. Los chismes en el pueblo comenzaron a circular: “A más de piruja, la Jaime nos resulta ahora la mejor gobiernista”. “Tantos buenos partidos, y acabar como querida”. “Bien dicen que esas beatitas son puras mosquitas muertas nomás”. “Ahí va la vendida por dos reales”. “Miren al modelo que nos pintaba el padre Arriaga”. “Adiós, mi generala... ¿Cuándo nos vamos a matar cristeros?” (Estrada, 2010: 168). A Cándida la llamaron abiertamente en Huejuquilla “piruja”, pero más sonreía paseándose del brazo de su amante. La posición de las mujeres en el campo de lo social también puede identificarse en las formas en las que utiliza el lenguaje como reflejo de las relaciones de poder o superioridad moral. La joven confabuló la emboscada al general permitiéndoles la entrada al cuartel a dos hombres disfrazados de indígenas. Tras pocos días de guardarle luto, inició una relación con Tejeda con quien procreó un hijo: la geisha había conseguido un nuevo *danna*.

Los habitantes de Huejuquilla asumieron que Cándida se fue a vivir con Elizondo y después con Tejeda como medida de protección y placer, llamándola abiertamente “piruja”. También a través del eufemismo de la “entrega del amor”, además del ocultamiento desde lo sexual, los críticos del pueblo situaban a Cándida con una postura ventajosa, pero desprotegida. Ahí radica el encubrimiento o la invisibilidad elegida desde una construcción de la subjetividad femenina como estrategia para abonar a la causa cristera.

Posterior a la muerte de Florencio y de sus hombres por el soborno ofrecido a los allegados de los Estrada, Cándida no olvidó los votos a la Bi-Bi y, deliberadamente, se volvió invisible: “Ya entrando el 37, Tejeda fue cambiado a Jerez. En un pueblito en que paró por asuntos de la Federación, Cándida se apeó de la troca con el niño. Nunca se ha sabido ni pizca de su paradero” (Estrada, 2010: 250).

Por otro lado, Lucila ejerció su dominio a través de las promesas de matrimonio que le hizo a Guillén. Donde su visibilidad se vio ejercida por el deseo sexual que el teniente sentía por ella. Su arma más grande implicó resistirse y prolongar la idea del deseo, a través de coqueteos: “¿Te gustan las mujeres fáciles, mi teniente? ¿No sabes que la guayaba que más tarda en madurar, siempre es la mejor del palo? [...] Deja correr unos días más. Entonces sabrás lo que es una guayaba de Huejuquilla” (Estrada, 2010: 132).

Lucila coqueteaba con al teniente Guillén, advirtiéndole que la espera sería mejor. La estrategia era conseguir información y actuar de infiltrada por una vía que prometía amor. La táctica de Lucila fue recordar todos los detalles que escuchó de su novio, incluido que la lealtad del cristero Valente había sido comprada:

—Se me hace que no se tuerce el tal Florencio, mi teniente.

—Bah... Ya oirás con tus propios oídos cuando la gente diga: “Miren al cristero que no quería llamarse correlón”. Valente... Mejor ahí nos miramos mañana, chula. Ya están llamando a queda. [...]

—“Mejores balas por pesos sonantes... Vivito y... ¡Valente!”. Los muertos sólo dan trabajos” —se iba repitiendo Lucila por las calles, y se golpeaba la frente con los nudillos (Estrada, 2010: 132-133).

2.4.5 LA VISIBILIDAD DE LO INVISIBLE

Las mujeres de la Bi-Bi en *Rescoldo* desplegaron sus roles de visibilidad-invisibilidad para contribuir a la causa cristera, aunque su indignación ante la ventajosa muerte de Estrada y de sus hombres en una emboscada pagada en pesos de plata —urdida por el presidente municipal y por el recién nombrado teniente coronel Tejeda— las llevó a visibilizarse y reafirmar su autopreservación. Las aguerridas jóvenes —como valquirias armadas con palos, piedras, machetes, cuchillos y adoquines— defendieron su identidad y su derecho a creer en Dios ante todos al reclamar a gritos los cuerpos de Florencio Estrada y de los demás cristeros en la Plaza de Armas de Huejuquilla.

Mientras las mujeres les hicieron frente, los federales del pueblo festejaban: organizaron bailes, discursos y hasta un desfile para exhibir públicamente los restos de los últimos cristeros con la finalidad de amedrentar a sus simpatizantes. Lo que pretendió el gobierno con esa acción fue la desubjetivación: que tanto torturados como los espectadores dejaran de ser quienes eran en función de la autoconservación en las prisiones. En ese sentido, las de la Bi-Bi lograron lo impensable para Bleichmar en tiempos de guerra: un equilibrio entre la autoconservación y la autopreservación.

Con la acción del reclamo público ante los federales, las mujeres organizadas dieron más relevancia a su identidad cristera que a la posibilidad de perder la vida. Ser y morir cristera era una elección y un desafío que reafirmaba la construcción de las subjetividades femeninas que se gestaron en un entorno bélico y de muerte. Los submundos de las mujeres ficcionalizadas en *Rescoldo* reflejaban su indignación y valentía. Pilarcita Cores espetó desde su “prieto elegante”: “¡Alto la burla, malditos! [...] poniéndoles el pecho. [...] Entreguen esos cuerpos para darles cristiana sepultura. ¡Pronto o se los quitamos a la fuerza!”. Las otras integrantes de la Bi-Bi la secundaron: “¡Saquen sus rifles y pistolas...!”. “¡Cobardes, infelices!”. “Ahora van a saber cómo pelean las mujeres”. “Queremos los cuerpos ahorita mismo” (Estrada, 2010: 241).

Las valquirias católicas de la Bi-Bi,³⁸ servidoras de Dios y no de Odín, reclamaron los cuerpos de los caídos en batalla para darles “cristiana sepultura”. La más decidida fue Pilarcita Cores porque entre los cuerpos maltrechos estaba el de su amado Gringuito, a quien le rechazó

³⁸ Las valquirias, servidoras de Odín, son un grupo de mujeres que en la mitología nórdica se encargan de llevar a los más valientes soldados caídos en batalla al Valhalla. Este grupo de mujeres es comandado por Freyja.

el ofrecimiento de amor porque la causa era primero: “No será aquí en el mundo, Jacinto” (Estrada, 2010: 223). La afirmación transmite parte de las subjetividades de la época y de cómo el romanticismo, desde su sentido trágico, era más idílico en relaciones en donde el deber y compromiso religioso se anteponía al amor de pareja.

Las enlutadas de la Bi-Bi consiguieron los cuerpos de los cristeros. Lucila y Pilarcita los bañaron, los rociaron con aguas perfumadas y les colocaron un crucifijo entre los dedos y al cuello medallas y escapularios. Entre flores, los cubrieron con una sábana. Los enterraron entre rezos del rosario en dos fosas comunes: una para Florencio, su asistente y el “muchachito que lo perdió”; la otra para el Gringuito, el Charro y el viejo Atilano. Pese a la lluvia, Lucila y Pilarcita acompañaron su dolor en silencio, al tiempo que cubrían las tumbas y las cruces improvisadas de ramas con flores. La invisibilidad cedió paso a la valentía: ya no había causa que defender ni cristeros por ayudar. La autopreservación se impuso a la autoconservación: las de la Bi-Bi, cual valquirias, se hicieron visibles en su última y más arriesgada batalla y resultaron vencedoras.

En el próximo capítulo se exploran los personajes masculinos y sus subjetividades y los submundos ficcionales que operan dentro de sus acciones en *Rescoldo*. Además de Florencio Estrada, los niños en la guerra y los cristeros que acompañan a la causa, se analiza la presencia del narrador a través de la autoficción en el personaje de Toño.

III. TERCER CAPÍTULO

3. LOS PERSONAJES MASCULINOS Y SUS SUBJETIVIDADES EN *RESCOLDO*: REFERENCIA, LIDERAZGO Y DESENVOLVIMIENTO DENTRO DE LA FAMILIA Y EL MOVIMIENTO CRISTEROS

El tercer capítulo analiza a los personajes masculinos y a las subjetividades que los determinan:³⁹ sus familias, sus posturas ante la fe y la guerra, sus lealtades y su desenvolvimiento durante la Segunda en *Rescoldo*. Para explorar las masculinidades ficcionalizadas de los niños y de los adultos dentro de la novela de Estrada, el marco conceptual de este capítulo incluye las propuestas de Wolfgang Iser en torno a la ficcionalización; la ficción y los *mundos posibles* de Alfonso Martín Jiménez y el abordaje de las subjetividades de Silvia Bleichmar.

Dentro del mundo de los personajes, como refiere Alfonso Martín Jiménez, subyacen submundos que corresponden a cada uno de los protagonistas. En el submundo real efectivo no solo habitan los seres ficcionales, sino que ocurren las acciones espaciotemporales que los atraviesan. Dentro de la trama coexisten simultáneamente los submundos imaginarios que dan cuenta de los procesos mentales que “determinan en última instancia el comportamiento de los personajes, ya que si estos actúan como lo hacen, es porque temen, desean, imaginan, conocen...” (Martín Jiménez, 2015: 68).

La propuesta de análisis de esta tesis sobre la ficcionalización de la familia cristera implica que los submundos imaginarios de los personajes —desde lo más íntimo de su individualidad, contexto, pensamientos y acciones— revelan las subjetividades que operan dentro de los territorios de la ficción en los que se circunscriben. La premisa anterior conlleva que los personajes masculinos creados por Antonio Estrada despliegan acciones subjetivadas en sus

³⁹ Los distintos hombres que aparecen en *Rescoldo* corresponden a las categorías de análisis elaboradas en el primer capítulo: 1.5.4. Categoría y tipología de análisis de los hombres en la literatura de temática cristera. Consultar Tabla 3 del apéndice.

submundos imaginarios: la participación dentro del movimiento cristero, así como el desempeño y nivel de vinculación dentro de sus sistemas familiares.

3.1 FLORENCIO ESTRADA COMO PROTAGONISTA DE *RESCOLDO*. LA CONSTITUCIÓN DE SUS SUBMUNDOS

Florencio Estrada⁴⁰ se desenvuelve dentro de un mundo bélico ficcionalizado que evidencia la maquinaria de sus subjetividades: su liderazgo tenaz; la valentía y protección hacia sus hombres, las lealtades con sus familiares y amigos; la congruencia en su decir y hacer respecto a sus creencias religiosas; la culpa por faltarle a Dios y a Lola; el sacrificio para salvar a los suyos; la importancia de la música como testimonio de sus andanzas; su amor de padre y la venganza como ideal de justicia.

Las características anteriores operan tanto en el submundo real efectivo de las sierras de Durango y Jalisco —donde Estrada asume las penurias por ser de los últimos cristeros: persecución, hambre, traición, dolor, enfermedad, peligros— como en sus submundos imaginarios en los que ensueña tiempos de paz junto a su hija recién nacida, Constanza: “Compraré otro acordeón. Y serán otras canciones, porque se las cantaré a ella nomás, a esta Tacha que es nuestra vuelta a la vida... ¡Y luego cuando baile las redovas; y cuando cante conmigo los corridos sobre cosas de nuestra bola!” (Estrada, 2010: 200).

No existe en Florencio ni en los cristeros ficcionalizados de *Rescoldo* submundos imaginados que sean idénticos entre sí, acaso similares en términos del submundo real efectivo —ceñido a un espacio y un tiempo—, pero jamás equivalentes: cada personaje es poseedor de un Yo que navega entre los estados conscientes e inconscientes de su interior. Al adentrarse a la subjetividad del coronel Estrada —aunque aplica también para un individuo— es válida la analogía de ser irrepitible como las huella dactilares, la dentadura o los copos de nieve: ninguno llora ni sufre ni reza exactamente como Florencio, pese a que los atraviese la misma guerra. La subjetividad no es estática.

⁴⁰ El líder huazamoteco articula parte de su subjetividad bajo los estándares del “cristero absoluto” descrito en la categoría de análisis elaborada en el primer capítulo de esta tesis en el apartado 1.5.4 Categoría y tipología de análisis de los hombres en la literatura de temática cristera, que incluyen elementos como ser un hombre de familia que podría incluso sacrificarla por la causa; Dios, Cristo y la religión son muy importantes; buscan redención; son valientes; líderes natos; de fuertes convicciones y testarudos: no miden el peligro, y generalmente mueren en combate, casi heroicamente o martirizados. Consultar Tabla 3 del apéndice.

Florencio es un ser multirrostro: se comporta distinto dependiendo de dónde y con quién se encuentre. Su subjetividad es versátil: no es el mismo con su esposa que con sus hijos, compañeros o enemigos. En ese sentido, Silvia Bleichmar (2010) afirma que “hay un cambio en la subjetividad, que la gente que conocemos hoy no es la que nos pintan los historiales clásicos” (53). Pese a ello, la autora argentina afirma que “no quiere decir que no encontremos algunos seres que tienen esas características” (54). Las características del coronel Estrada: proveedor, valiente, hombre de familia amoroso y en conexión con sus emociones directas distan de las masculinidades actuales, debido a los cambios en la devoción cristera, la religiosidad y entrega familiar, sin embargo, no es imposible entender al personaje dentro de su mundo ficcional y contrastarlo con otros de novelas de temática cristera.

3.1.1 FLORENCIO ESTRADA Y SUS AMISTADES DENTRO DEL MOVIMIENTO CRISTERO

La construcción del personaje de Florencio debe leerse en función de los códigos morales y religiosos de una época anclada a las primeras tres décadas del siglo XX en México. Donde el gobierno y sus allegados propiciaron la puesta en marcha de nuevas subjetividades al instaurar un régimen en donde la libertad de culto estaba restringida, dando paso a la represión y muerte de los opositores. En tiempos de guerra no existían muchas opciones para los hombres: matar o morir. Al respecto, Juan Carlos Volnovich, en el prólogo a *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo* de Silvia Bleichmar, señala que para la autora los ejes de la autopreservación —referente a la identidad— y la autoconservación —mantenerse con vida— “son decisivos para entender cómo la realidad instituye o destituye formas de subjetividad” (Volnovich en Bleichmar, 2010: 7).

Uno de los rostros que hace más notorio el tránsito entre la autopreservación y la autoconservación en Florencio es de las amistades, que en algunos casos se transformaron en enemistades. El contraste más significativo deviene de la presencia del federal Tejeda. Dentro de la narración y antes de retomar las armas, Estrada había cultivado una amistad genuina con el mayor a cargo del destacamento del Mezquital, quien celebró con los huazamotecos la tradicional coleada de toros por las fiestas patrias de 1934. Incluso, el coronel brindó por Tejeda frente a todos con el aguardiente de la zona, denominado tepehuano por su origen relacionado con la etnia indígena: “Este jarrito de tepehuano por el mero mero de la fiesta... A ver, tú también,

Panchón, que saliste rey de la coleada: llénate otro para saludar al mayor. ¡Viva el mayor Tejeda, señores)!” (Estrada, 2010: 43).

En una aparente época de paz entre exrevolucionarios, excristeros y federales, Florencio brindaba con un melancólico y ya entrado en copas Tejeda, quien le compartió a Lencho sobre su trasladado a Nombre de Dios. Dolido le reclamaba a Estrada que “no hayan aceptado... eso que me general Domínguez les ofreció tanto... A usted, Lenchito, le iba a dar un destacamento. Hubiera controlado la sierra, con la estima que le tienen los tales indios... Uppp, upp. Véngase de mayor federal, Lenchito” (Estrada, 2010: 46).

La respuesta de Florencio fue contundente: “Gracias, de veras, mi mayor. Pero usted lo sabe bien: siempre estaremos del otro lado. Nunca dejaremos de ser cristeros, ni en la paz... Lo de amigos es otra cosa. Por eso respondí que yo no me pasaba con los piojosos” (Estrada, 2010: 46). Entre lamentos y apelando a la amistad, Tejeda le pidió que se sincerara sobre el líder cristero de la zona Lauro Rocha, pero Florencio arguyó no conocerlo. La respuesta implicó un anuncio implícito de persecución y una amistad bifurcada por bandos antagónicos.

Durante la trama de la novela hubo encuentros a muerte entre Florencio y Tejeda, incluso en el último el federal le ofreció a Florencio conservar la vida a cambio de rendirse, pero él como un cristo rebelde no sucumbió a la tentación y respondió a balazos y gritando vivas a Cristo Rey. En términos de Bleichmar, Estrada prefirió la autopreservación por sobre la autoconservación: la vida en pos de no perder la identidad.

La muerte de Florencio lo atravesó con una bala disparada por un federal desobediente. Los últimos momentos con vida de Florencio, como la de Cristo que tanto defendía, estuvo marcada por una traición. En este caso no fue un apóstol sino un compadre: Expedito Lara, quien también lo vendió por monedas de plata. La antesala a la traición tuvo como marco compartir la cena: para ambos la última. Incluso, al ejecutar el pago, el mayor federal Tejeda le vaticinó a Expedito Lara la muerte:

—Ahí va tu maíz, amigo Lara. Ni yo esperaba que en Capistrano hubiera un cabrón así. Arrímate a mi caballo... Mira, Lara: ojalá te alcances a gastar los cien pesos éstos. No olvides que sigue resollando Jesús, el otro hermano de Florencio. Por si no sabes, te aviso que es de los que se cobran por su propia mano. [...] Te das prisa por saborear tus

ganancias. No te olvides de invitarme a la tercera fiesta, cuando Jesús o Rosario, o los dos juntos, se te hagan ánimas del purgatorio (Estrada, 2010: 234-235).

La amistad que Florencio y Tejeda mantuvieron incluso en tiempos de guerra se tradujo en las lágrimas del federal ante el deceso de Estrada. El soldado rebelde que disparó fue ejecutado como una lección, y un sentido discurso se escuchó en la sierra sobre la valentía y entereza del coronel cristero.

3.1.2 FLORENCIO ESTRADA COMO LÍDER DEL MOVIMIENTO CRISTERO: LA FE

Florencio Estrada se ganó la simpatía y la lealtad como líder de un grupo de cristeros provenientes de distintos lugares de la zona. Su fama lo precedía porque participó en la Primera rebelión cristera, ostentaba el grado de coronel y era hábil para las estrategias y para tocar el acordeón. Era octubre de 1934. Había pasado un mes desde que Florencio lanzó vivas al mayor Tejeda, y en un acto de autopreservación para no romper con la identidad cristera, resuelve:

—Nos vamos a la Sierra —dijo de repente—. Otra vuelta a la revolución.

—¿La revo... lución? —repitieron a una mi mamá y mi madrina, como quien ha oído mal.

—Sí, la revolución. Otra vez la persecución del gobierno (Estrada, 2010: 46).

Incluso en la adversidad, Florencio no negaba la identidad cristera, que es una de las formas de construir y manifestar su subjetividad. La autoconservación cede ante la preservación. En términos de Bleichmar, la autoconservación se lee como la necesidad del sujeto de mantenerse con vida y la autopreservación consiste en “la necesidad de mantener la identidad. Nuestra sociedad propicia una deconstrucción de la identidad en beneficio de la autoconservación. La mayoría de los sujetos tienen que renunciar a lo que son para la supervivencia” (2010: 62).

Florencio sobrevivió a una emboscada. Él y sus hombres recibieron al padre Sergio Vargas, de Durango, quien les informó que los acuerdos del 29 no tenían efecto ni para la Santa Sede ni para el arzobispado mexicano, por lo que les pidió deponer las armas y con ello obtendrían un salvoconducto para librarse de los federales. La respuesta de Estrada consistió en mantener la postura de conservar la identidad, que es inherente a la autopreservación expuesta

por Bleichmar: “Mire, señor cura: en esta sierra acostumbramos a cumplir la palabra empeñada a cualquier hombre. Cuánto menos nos vamos a rajar con Dios...” (Estrada, 2010: 84). Florencio se refería al juramento que hicieron los cristeros en 1927 para defender la causa religiosa.

En un acto de liderazgo inspirador, Estrada externó que solo querían ser brasas de rescoldo: “Brasas de rescoldo cristero... Que aunque sea nosotros guardemos la lumbrita bajo las cenizas. Y nomás en la espera de que soplen buenos vientos y nos arrimen barañas, para que de vuelta se prenda la cristiada en todo México... Que sea una lumbradona bonita, bonita” (Estrada, 2010: 85). Ante la negativa, el padre Vargas termina por excomulgar a Florencio y a sus hombres. Durante la contienda, los cristeros idearon una hazaña para vengar la muerte de su aliado el padre Montoya con la ayuda de las de la Bi-Bi de Huejuquilla. Florencio y su hermano gemelo Jesús se vistieron de tepehuanes para ser confundidos por indígenas y así lograron matar a Elizondo, quien tenía como encomienda principal capturar a los Estrada. En este sentido, parecerse a otros y ocultar su identidad les permitió lograr su cometido.

En su última proeza, y con el pretexto de recoger parque para despedirse de la cristiada con una última batalla, Florencio reclutó a un puñado de hombres que lo acompañaron a Huejuquilla: el Charro, don Atilano, Sotero y el Gringuito. El líder evitó que sus hermanos los acompañaran porque ya les había encomendado cuidar de su familia. Este más que un acto de presentimiento fue uno de sacrificio. Florencio había recibido un recado del padre de Huejuquilla que indicaba que su cabeza tenía precio, que cualquiera iba a traicionarlo. La decisión de Estrada, como si de un moribundo se tratara, consistió en salvar a su familia y a la mayoría de sus hombres:

Parece malo que haga esto. Pero seguro son cosas de un jefe, señores. Miren: como los padres y sobre todo las mamás, los que tenemos mando y que responder por soldados, en veces tenemos nuestros presentimientos... Es lo que pasa: que siento que si van otros las cosas no saldrán bien. Ahora algo me llama a ir en persona, ni modo... Quiero cuatro voluntarios para escolta. Pero repito: menos mis hermanos ni Eleuterio, ¿eh?” (Estrada, 2010: 210-211).

3.1.3 FLORENCIO ESTRADA, PERSONAJE LITERARIO. LAS CARACTERÍSTICAS DE SU SUBJETIVIDAD COMO ESPOSO

Florencio Estrada, con sus submundos imaginarios donde teme, imagina y conoce, es el líder cristero más complejo y humano en cuanto a la multiplicidad de emociones que experimenta: llora, se disculpa, cocina, reniega, recobra la esperanza, peca, cree, ama a su familia y a sus hombres, reza y, pese a los enfrentamientos, no reprime su deseo hacia Lola, con quien concibe una hija en épocas de guerra. En los momentos en los que Lola quería salirse de la cristiada, su esposo le recordaba que la promesa de redención divina era un aliciente para un hombre pecador como él. Florencio se permitió decir que quizás esos pecados impedían que el movimiento tomara fuerza de nuevo:

—Ya que nuestra entrega no sirve para prender una segunda rebelión, entonces que siquiera sea para que Él me perdone todo... Y también para que usted me perdone, mi mujercita... Sobre todo, de las veces que le he faltado por ahí...” (Estrada, 2010: 95).

Florencio admitió haber engañado a Dolores en algunas ocasiones, por lo que moralmente también buscaba expiar sus faltas mediante la lucha y la posibilidad de indulgencia que conllevaba la muerte en combate. La culpa, como menciona Bleichmar (2016), es una problemática atada al sujeto en tanto su campo de acción no se limita a las acciones sino a los pensamientos:

El concepto de culpa ocupa un lugar muy importante no solo en relación a las acciones realizadas sino a las fantasías de realizarlas. Esto es muy interesante, porque precisamente todo el análisis se basa no en la exageración de la culpa de lo cometido, sino en la posibilidad de verbalización de lo inconfesable. Y lo inconfesable tiene que ver también, centralmente, con el eje de la culpabilidad (Bleichmar, 2016: 10-11).

Florencio aligeró su culpabilidad ante las infidelidades porque confesó. La verbalización es un elemento que permite el deshago y el remordimiento como si de una absolución religiosa se tratara: a falta de sacerdote, los oídos de Lola dan descanso a los pensamientos y a los submundos temidos e imaginados por Florencio. Lola permaneció callada. Otra de las

manifestaciones de la culpa de Estrada implica flaquear ante Dios: no querer pelear más e imaginarse con sus hijos en un lugar mejor. El coronel se siente sobrepasado cuando matan a su hermano Frumencio: no solo llora, admite, por primera vez, sentirse solo.

Esta clase de cambios en el personaje están condicionados por su entono de angustia, uno cada vez más oscuro y hórrido donde la mente parece sobrepasar al entendimiento: “En los tiempos de vino y rosas no es tan difícil conciliar la conservación de la vida con la preservación de la identidad. Pero en tiempos de odio y espanto ese equilibrio se pierde y deja lugar a una fractura, al desmoronamiento del psiquismo” (Volnovich en Bleichmar, 2010: 8). En ese sentido, el desmoronamiento del psiquismo implicaría el derrumbamiento de los conocimientos y funciones psicológicas que erigen la actividad mental de un individuo. Una parte del psiquismo de Florencio permanecía atado a la culpa.

En ocasiones parco de palabras, Florencio usaba la música como medio para profesar su amor por Lola. Además de “Honor y gloria”, que era su pieza de bodas, en su repertorio estaban las canciones de su época de noviazgo. “Huerfanita entre los laureles”, la cual se la dedicó mientras la estaba enamorando en la huerta familiar. Lola la visitaba por invitación de la hermana de Lencho, Damiana, y él se “hacía el aparecido”. La de “dos seres que se aman y no tienen olvido” era para “cuando ya se estaba tostando el esquite”. Si Lola se portaba esquiva, él le dedicaba la de “paloma ésta, que muere con malos recados bajo el ala”, la cual reservaba “nomás para cuando me andaba fallando el comal... Cuando me escondía su lumbrita de cariños esta Lola (Estrada, 2010: 153).

3.1.4 FLORENCIO ESTRADA. LAS CARACTERÍSTICAS DE SU SUBJETIVIDAD COMO PADRE

El personaje de Florencio Estrada permite estudiar sus ensoñaciones a través del psicoanálisis. En la fantasía freudiana —dentro del espacio imaginario— se desencadenan y resuelven los conflictos del Yo. La fantasía puede ser inconsciente (Pinto, 2010: 367). Para el psicoanalista alemán los sueños diurnos son satisfacciones de deseos nacidos de una privación y un anhelo. Y llevan ese nombre porque dan claves para entender los sueños nocturnos (Freud en Pinto, 2010: 366).

“La fantasía funciona en el yo como zona intermedia hacia la cual fluyen (subjetivamente enmascaradas) tanto las representaciones del deseo reprimidas en el inconsciente, como la actividad ideal o racional que las canaliza o reprime” (Pinto, 2010: 363-364). Florencio Estrada se deja llevar por un sueño diurno cuando nace su pequeña hija. Una ensoñación que lo hace desear estar fuera de la guerra donde la vida le alcanza para ver a su hija Constanca crecer, pero la sinceridad de Lola termina por disolver la fantasía regresándolo a la realidad:

—Cuando la chiquitina quiera darse cuenta, ya estaremos en paz y lejos de estos peñasqueros que también son su tierra. Volveremos a tener nuestra huerta y ganados...

—¿No serán puras visiones de calenturas altas, Florencio? —interrumpió mamá sin voltear.

—No, mi mujercita, no es humo que se vaya al cielo. Nunca volveremos a sufrir la bola... El gobierno nos seguirá moviendo como cartas de baraja, y la fe en nuestros santos seguirá siendo como algo malo, porque tendremos que practicarla a las escondidas... Hemos perdido la jugarreta, porque así vendría apuntando en el papel de nuestro sino, que ni qué (Estrada, 2010: 200).

Freud (1992) enfatiza en “El creador literario y el fantaseo” que un adulto en vez de jugar fantasea y lo materializa en sus sueños diurnos (128), como hace Florencio Estrada en sus anhelos de ver crecer a una hija, a quien las condiciones de la guerra terminarán por arrebatársela siendo una bebé. Las fantasías nunca son las mismas: se modifican en el tiempo y el espacio, como señala Freud (1992: 130). Se ajustan a las necesidades e insatisfacciones de quien las piensa, de quien ensueña, de quien se permite transitar y habitar el sueño diurno como un mecanismo para hacer más llevadera la realidad.

Una realidad fantaseada en la que, por momentos, se tiene control de algo: de sí mismo, de los pensamientos que se desean. Para el psicoanalista alemán (1992) la fantasía oscila en tres tiempos: el pasado, el presente y el futuro, engarzados por el deseo (130). El deseo de Florencio implicaba tener paz con su familia y alejarlos de la guerra a salvo; pese a ello, los deseos no tienen garantía de realidad y suelen quedarse en el anhelo.

El personaje de Florencio se presenta como un padre enteramente humano y amoroso: capaz de llorar antes sus hijos y su esposa. También disfrutaba jugar a los topes de toro con sus

hijos y los llamaba con apodos cariñosos. Florencio Estrada llevaba a su familia de forma itinerante porque era la única forma de mantenerse firme a sus promesas. Solo verlos entre contienda y contienda le hacía seguir peleando y dirigiendo a sus hombres. En ese sentido, su familia era su roca y su río, su alimento y su hogar.

El siguiente apartado se centrará en analizar al personaje de Toño, quien es el narrador infantil de *Rescoldo* y es una autoficción del creador Antonio Estrada. Se explora también las subjetividades que atraviesan tanto al narrador como al autor.

3.2 ANTONIO O TOÑO, PERSONAJE LITERARIO. LOS MATICES DE UNA SUBJETIVIDAD EN JUEGO

*Los recuerdos no pueblan nuestra soledad,
como suele decirse; antes al contrario,
la hacen más profunda*

Gustave Flaubert

El apartado anterior tiene como eje central a Florencio Estrada y en él se enclavan las distintas formas de subjetividad que identifican y conforman al personaje de *Rescoldo*. Para los fines de esta investigación los submundos imaginarios de cada uno de los personajes —planteados por Alfonso Martín Jiménez— equivalen a las subjetividades particulares que interpelan, de una u otra forma, a cada uno de ellos.

En este apartado se analiza a Antonio Estrada en la complejidad que lo traspassa: creador, narrador y personaje y, a la par, las subjetividades que se ponen en marcha en cada una de las etapas. En este proceso triádico convergen intersubjetivamente la existencia de Antonio creador —quien también ha sido referido por Alfonso Martín Jiménez como como autor empírico o biográfico—; Antonio joven que busca los restos de su padre y quien —mediante el acto de recordar— y como regente del *mundo del autor* se erige como el autor textual que opera dentro de la narración, quien evoca, a su vez, a un Toño niño que terminará por contar desde su mirada de infante cómo fueron los últimos momentos de su padre Florencio y también cómo enfrentaron en familia las adversidades que conllevó para ellos la Segunda.

En *Rescoldo* el mundo del autor textual, Antonio, implícito en la obra, con el respectivo mundo de los personajes que lo rodea, se desarrolla de forma conjunta y armónica. A su vez, la novela es una intrincada representación de su creador. “Si, como advierte la crítica psicoanalítica, la obra *es* el autor, y todo lo que en ella es expresado es un reflejo de la personalidad de su creador, no es menos cierto que la creación de personajes permite la simulación de la alteridad” (Martín Jiménez, 1993: 99).

3.2.1 ANTONIO ESTRADA: DEL YO Y LAS SUBJETIVIDADES EN EL ACTO CREADOR

Este apartado se centra en las subjetividades del creador Antonio Estrada, las cuales son imprescindibles para desplegar las subjetividades del narrador y del personaje de Toño. Antes de entrar de lleno a la autoficción, es preciso el acompañamiento de Didier Anzieu con el capítulo “Las cinco fases del trabajo creador y sus inscripciones en la obra”⁴¹ para explicar a Antonio Estrada Muñoz en su faceta de creador, y analizar cómo un pasaje de su vida se materializa en una novela.

Anzieu (1993) afirma que el trabajo creador implica cinco fases, todas identificables con Estrada. La primera es la del sobrecogimiento, donde el ejercicio creador permite el desarrollo de una crisis interna que implica la sucesión o regresión del Yo. El sobrecogimiento al que se enfrenta Antonio Estrada tiene un origen familiar, marcado por la guerra y la muerte de sus seres queridos durante la segunda rebelión cristera. En el caso de Estrada, un suceso traumático germinó la idea de la novela como un posible intento para explicar o restaurar un fragmento de su realidad. Para Anzieu, en este punto existe un desdoblamiento en el Yo del creador: una parte realiza una regresión y la otra permanece vigilante en un estado de toma de conciencia.

La segunda fase implica la toma de conciencia del inconsciente, donde el material que estaba reprimido o suprimido es rechazado por el consciente: el Yo desdoblado de Estrada, como el de cualquier otro creador, tuvo que experimentar una toma de conciencia de lo inconsciente. En *Rescoldo* el despliegue creador se da en función a la evocación, al recuerdo y la añoranza de la familia.

⁴¹ Contenido en el libro *El cuerpo de la obra. Ensayos psicoanalíticos sobre el trabajo creador*. Ver bibliografía.

La tercera fase consiste en convertir al inconsciente en un código para crear una obra: al seleccionar el material se da forma y cuerpo a la novela. En esta fase será crucial para la originalidad que exista una distancia entre el cuerpo de la obra y el código. Estrada extrae el cuerpo de *Rescoldo* de su propio cuerpo, mediante una proyección de aquello vivido e imaginado, y se materializa en el lenguaje, el fondo, el paisaje, los personajes, sus vivencias y el mundo en el que habitan y que le son familiares. Para concebir una obra hay que vivirla y, en algunos casos, morirla. “Mientras más produce, más gasta el creador su energía pulsional y apresura su muerte” (Anzieu, 1993: 137).

La cuarta fase consiste en componer la obra en sus detalles, lo cual implica no solo escribir sino reescribir partes, y la quinta representa la producción física de la novela y su presentación al público. La obra al ser publicada generará sensaciones en el lector, y muchas de ellas lo llevarán a estimular su propia fantasía; además de que las subjetividades de los involucrados posibilitan que la obra sea leída de forma distinta a la que fue concebida porque adquiere una especie de vida propia y lugar en el mundo más allá del autor. Los lectores de la primera edición de Estrada en 1961 no fueron tantos porque a la par de la temática poco atractiva para muchos, en esa época, se sumó un factor editorial que terminó por dejar a la obra casi en la penumbra: Jus era considerada una editorial católica que publicaba en su mayoría libros malos.

En el caso de Estrada, la creación de *Rescoldo* conllevó también un trabajo de duelo porque, como afirma Anzieu (1993), la obra es una representación del poder de las representaciones propias del arte. Ello permite al creador “despegarse de lo que presenta como real, para construir universos inteligibles que dan cuenta mejor de las realidades sensibles” (154). Las realidades sensibles de Estrada están pobladas de los fantasmas de la cristiada y del anhelo de recordar a una familia fragmentada por la guerra.

En un sentido complementario, Antonio Estrada utiliza la escritura como un mecanismo para novelar una parte de su vida que quiere salvar del olvido, aunque el recuerdo esté cargado de dolor. Jean Le Galliot (2001) en “La creación literaria y su relación con el inconsciente” afirma que el escritor no es un sujeto convencional al enfrentarse a su vida y a sus obras. Solo a través de la falta de resolución de sus problemas y traumas personales puede llegarse a la escritura:

Existe, por lo tanto, una situación de trauma, de la cual el sujeto tratará de liberarse estableciendo un proceso de representación. No es el mundo real el que va a representar,

por supuesto, sino la situación conflictiva en que se encuentra el sujeto, que intenta, por medio de esta representación encontrar la unidad del yo perdido por el juego de pasiones (148-149).

Bajo esta premisa, sin las vivencias de Estrada por la sierra de Durango no existiría *Rescoldo*. Parte de la proyección de los conflictos emocionales del creador forman parte del andamiaje en la trama de la novela. El creador es también el dueño del tiempo de la narración: la vida de Florencio se alargó lo necesario en la trama para que su muerte entrara anunciado el desenlace. Raffaele Pinto (2010) en “Apuntes de teoría freudiana de literatura” ve en el psicoanálisis “un camino para abordar los textos y entenderlos en su génesis individual y colectiva” (361-362).

Será en lo literario donde se articule el trabajo psíquico (362), y es en *Rescoldo* donde Estrada se permite llorar como un niño la muerte de su padre, temer por su integridad, proveer alimento o sentir consuelo en las caricias de Lola; debido a que la literatura personifica en lo social lo que la fantasía en lo individual: donde “se resuelven los conflictos entre el principio del placer y el principio de realidad entre los que el yo debe mediar” (371). El placer de Estrada como creador implica tener a su familia completa, aunque eso conlleve sacrificios: escasez y peligro.

Los personajes de Estrada buscan existir plenamente, dar cuenta de su historia y de que son los últimos que defienden el movimiento religioso cristero; pero es ante la escena extendida de una familia que se aproxima al quiebre de sus lazos como hasta ahora los conocían, que su sistema familiar se resignifica en la ruptura, en el quiebre, en el duelo que palpita como una herida que no termina de sanar. En *Rescoldo* el creador se permite una serie de vivencias en la ficción que quizás le permiten canalizar el dolor.

La realidad de orfandad de Antonio Estrada —el cúmulo de sus melancolías y añoranzas por recuperar a su padre muerto— lo condujeron a retratar en lo literario la fantasía infantil que buscaba mantener con vida a Florencio Estrada. Líder cristero que circula entre la vida y la muerte dentro de *Rescoldo*. Florencio Estrada —según la visión de su hijo Antonio, el escritor, y de su creación Toño, el narrador— merecía trascender a la historia y volverse atemporal en la ficción narrativa. Fue un héroe que tuvo que ser escrito para aliviar al escritor de sus tensiones: “Todo placer estético que el poeta nos procura conlleva el carácter del placer previo, y que el

goce genuino de la obra poética proviene de la liberación de tensiones en el interior de nuestra alma” (Freud, 1992: 135)

Antonio Estrada se encarga de darle forma a los fragmentos de su realidad subjetiva: ser un niño de la guerra cristera, un huérfano de la cristiada, un hermano mayor responsable, un hijo que se volvió soporte de su madre, un niño que no pasó por la adolescencia, sino que automáticamente tuvo que volverse hombre (no de cualquier tipo, sino uno de la “casa”). Toda la realidad subjetiva que agolpaba al creador y trascendía a su labor de periodista, logró ensamblar sus fragmentos y se materializó en una realidad palpable: *Rescoldo. Los últimos cristeros*.

3.2.2 ANTONIO ESTRADA Y LA METASUBJETIVIDAD EN *RESCOLDO*

Antonio Estrada crea personajes desde su incompletud, desde la imposibilidad del sujeto y desde ese lugar donde el inconsciente dictará el código que dará cuerpo a la obra. Al respecto, Silvia Bleichmar (2010) plantea que el escritor puede mostrarse como un experto de lo que ocurre en la psique humana y lo refleja en sus personajes. *Rescoldo* opera para Estrada como un fragmento del recuerdo en donde, pese a la guerra, fue feliz porque formaba parte de una familia cristera itinerante, amorosa y unida. El creador reconstruye una memoria fragmentada de infancia que recrea y estiliza desde lo literario para construir una ficción.

Estrada da vida a personajes que son tan entrañables y humanos como su necesidad de reconstruir a su familia cristera y al terruño en donde se ambientan los últimos momentos de la vida de su padre Florencio. Horacio Rotemberg en *Estructuración de la subjetividad. En busca de una integración teórica* también —al igual que Bleichmar— aborda el reconocimiento de la incompletud, de la imposibilidad del sujeto. Para el autor argentino (2006) “la subjetividad es un conjunto de cualidades que singularizan a un determinado. Es aquello que particulariza a un sujeto y lo hace diferente de otro” (9).

Estrada es un sujeto que no solo tiene memoria y recuerdos, sino una conciencia de la guerra que lo marcó profundamente pese a que era un pequeño niño. El sufrimiento de ese pequeño huérfano de guerra lo acompañó hasta el grado de transmutar en letras su dolor. La conciencia en el sujeto, como función psíquica, puede dar cuenta de la propia subjetividad y de aquellas cualidades que la constituyan (Rotemberg, 2006: 13). Estas particularidades se presentan en el acto creador, en el proceso de escritura de un autor y en la estructura y constitución de los personajes leídos a la luz de sus propias subjetividades, y las de Estrada atraviesan y conmueven.

Prueba de ello es cuando Toño se enteró de la muerte de su padre Florencio, y mientras Lola se deshacía en llanto y negación; él buscó un lugar detrás de un jacal para llorar sin que lo vieran, con la plena consciencia de que su vida había cambiado: “Miraba tan clarito lo que habíamos perdido como si fuera ya grande” (Estrada, 2010: 228). Ese momento es clave porque la niñez de Toño lo abandona, y tiene que convertirse en el hombre de la familia. Atrás quedaban los juegos y la ilusión de ver al padre volver con vida. Atrás quedaba la promesa de alejarse de la guerra en paz; ahora, solo quedaba buscar refugio fuera de la sierra.

Los personajes de Estrada en *Rescoldo* no serían los mismos sin su historia y dolor. El recuerdo de su familia y la añoranza por su padre asesinado en Huejuquilla son el vehículo que les otorga verosimilitud. Solo en el acto creador de la ficcionalización la familia puede permanecer unida más tiempo. Y el Yo de Estrada refuerza en la ficción su postura de hijo de cristeros e integrante de una familia itinerante que se juega la vida a la par del coronel. Para Lacan el Yo es una ficción y para Néstor A. Braustein (2008) la estancia yoíca es una estancia ficcional que engaña al sujeto respecto a quién es. El sujeto puede descubrirse, en cierto momento, en contradicción con la propia identidad asumida. Identidad que, como menciona Bleichmar, es dada al nacer.

De los recuerdos y traumas de infancia, del anhelo de su padre asesinado en una emboscada y de sus aventuras familiares en la sierra de Huazamota, Durango; las subjetividades de Antonio Estrada se decantan en una liberación en sus letras, que dan cuenta de la unidad familiar en las adversidades, de la fe que —aunque flaquea— lo puede todo y de su inconsciente que da forma a los personajes que habitan en *Rescoldo*. Estrada crea una novela que opera como una construcción social que da cuenta de la identidad subjetiva: “Espejo de ficción” en donde el Yo proyecta sus propios deseos y en donde los ideales elaborados de su ser escritor son asumidos (Pinto, 2010: 372).

Si, en esta investigación, las subjetividades convergen tanto en el creador como en los personajes es pertinente mencionar que al interior y al exterior de *Rescoldo* es posible proponer un nivel de metasubjetividad: el primer nivel lo ocupa la subjetividad del creador, todos aquellos episodios, enseñanzas, contextos históricos sociales y barreras superadas que le permitieron materializar una obra. La subjetividad de Estrada en ese primer nivel converge con la subjetividad con la que dota al personaje-narrador de Antonio en “Tras sus huellas”, quien desde su ser adulto recorre junto a su madre con sus dolencias vivas el pueblo de Huejuquilla, en busca de los restos

de su padre. En este punto puede hablarse de metasubjetividad: la subjetividad de Estrada que crea a sus personajes atraviesa la subjetividad de los mundos imaginarios del personaje narrador joven.

A su vez, el personaje narrador que hace su aparición como hijo de un padre asesinado detona otro nivel de subjetividad, a partir del acto de recordar. Será esa evocación del recuerdo en primer nivel del hombre que busca los restos del padre el que activará la metasubjetividad de otro recuerdo de tiempos pasados cuando era niño. “Las brasas” es el capítulo en el que el recuerdo de un recuerdo transmuta o desdobra a ese primer narrador adulto en un narrador niño: Toño.

3.2.3 ANTONIO ESTRADA Y LA AUTOFICCIÓN EN *RESCOLDO*

Para explicar el proceso de autoficción que descansa en la relación autor-personaje-narrador es necesario remitirse al episodio que inicia *Rescoldo*, que tiene como elemento principal la activación de un recuerdo, el cual es fundacional para justificar la autoficción en la novela. Si en textos donde el autor empírico no figura de forma identificable existe relación, la correspondencia entre el autor empírico y el autor textual en *Rescoldo* resulta evidente. Estrada se *trasluce* en la identidad de sus personajes consanguíneos y familiares, pero acude con plenitud a su papel de Antonio —narrador personaje—, quien “En tras sus huellas” desanda, junto con su madre Lola, los últimos pasos vivos y maltrechos de su padre Florencio en búsqueda de sus restos

El narrador joven en “Tras sus huellas” regresa a Huejuquilla junto a su madre para encontrar los restos enterrados de “limosna” de su padre, para trasladarlos a México. El sol daba a pleno, pero la vegetación y la ubicación de las cosas activan el recuerdo del personaje. Un recuerdo de infancia: su madre y él ya habían estado en ese lugar antes, cuando tuvieron que cambiar su identidad para mantenerse con vida. Años atrás, frente al camposanto de Huejuquilla, la señora que los encaminaba le sugirió a Lola, ahora María Ramírez, que entrara a rezarle a sus padres. Toño acompañó a Lola y juntos encontraron las dos tumbas en las que habían enterrado a Florencio y a sus hombres: “Prontito dimos con las dos tumbas nuevitas, las de más al rincón. Los montones de maravillas todavía no se habían marchitado. Las cruces estaban algo pandeadas, al deslavarse la tierra con las tormentas de ayer y de hacía rato” (Estrada, 2010: 244).

Tiempo después, con el dolor a cuestas y al llegar a la placita de armas, su madre le indicó una cruz de cal marcada en el mezquite donde tuvieron el cuerpo de su papá amarrado durante

un día. Las horas transcurren entre el rezo y el llanto. De esa forma el personaje cumpliría con la última indicación de su padre al despedirse de él: “No hagan amuinar nunca a su madre y obedezcan sin retobo a lo que les mande. Quiéranla harto, harto... Y no dejen de rezar por mí ni un solo día” (Estrada, 2010, 214). El diálogo que detona la autoficción es el siguiente:⁴²

Recuerdo que ella me dijo, tras haber gastado todas sus lágrimas:

—Me había olvidado de tantas cosas de la bola... Como si la memoria se me hubiera embotado diatiro, desde que lo perdimos. Pero ya estoy mirando de vuelta cómo pasó todito. Y siempre mejor del final para atrás, así como hemos venido recorriendo sus pasos.

—Yo me acuerdo mejor por el principio, mamá (Estrada, 2010: 35).

Será la evocación de Lola “del final para atrás”, a través de Antonio que recuerda “mejor por el principio”, la que detonará con nostalgia la memoria de un narrador homodiegético quien en “Las brasas” se transformará en un narrador testigo, narrador niño, que construirá una entrañable historia de la familia cristera Estrada Muñoz y registrará de forma íntima, sencilla y contundente los cambios que conllevaron los enfrentamientos religiosos de la Segunda: el hambre, los peligros, el dolor, la esperanza de vida eterna, el amor, la traición, la muerte y la voluntad lastimera para permanecer unidos. El diálogo anterior también es el que detonará la autoficción a través del acto de recordar del narrador y la personificación de sí mismo como un personaje testigo que transita en pocas páginas de adulto a niño para rememorar sus últimos momentos familiares en presencia del coronel Florencio Estrada, su padre.

El recuerdo del recuerdo es clave para identificar la autoficción en la novela y, como se expuso anteriormente, el teórico Alfonso Martín Jiménez considera como autoficción únicamente los casos en los que existe una ruptura de la lógica ficcional y entran en juego los mundos imposibles, y apoya su teoría en los textos de Genette y Alberca que también hacen una distinción entre la autobiografía y la autoficción. *Rescoldo* no es una novela de mundos imposibles, sino una novela del tipo II de mundos posibles. Por ello, a decir del teórico español no existiría autoficción. La postura que asumo, acompañada en textos como el de Julia Musitano (2016),

⁴² Referido en el apartado “Marco teórico metodológico: La autoficción literaria y el modelo de análisis del texto literario desde los planteamientos de Alfonso Martín Jiménez”.

ofrece una posibilidad diferente a la planteada por Martín Jiménez en torno a que la autoficción solo puede existir en los mundos imposibles.

En la novela de Estrada el creador ficcionaliza a su familia, convirtiéndolos en personajes de ficción. Si todos los personajes de *Rescoldo* son la ficcionalización de sujetos históricos, por consiguiente, el creador al volverse un personaje y narrador de la historia estaría creando una ficción de sí mismo, lo que equivaldría a una autoficción en toda la extensión y etimología de la palabra. Por otro lado, la autoficción es para Musitano (2016: 104) un subgénero híbrido que tiene características tanto de la autobiografía como de la novela, pero que conlleva a un juego literario en el que es posible leer al tiempo el texto como una ficción y como una realidad autobiográfica.

Además de que en la autoficción van a potenciarse los mecanismos del recuerdo en detrimento del carácter sistemático en el que está organizada la memoria, donde será esto lo que va a posibilitar la entrada de la ficción en el relato. Para la teórica argentina, la autoficción modifica lo real y lo imaginario, donde se afirma simultáneamente los acontecimientos pasados y verdaderos y no es posible discernir unos de otros. En la autoficción el escritor va a fingir transformar su verdad haciendo parecer la naturaleza ficticia del relato: “ni engaño ni mentira, ni verdad ni falsedad, la autoficción se basa en la posibilidad de presentificar lo perdido desde lo imaginado del recuerdo” (Musitano, 2016: 122).

La autoficción en *Rescoldo* tiene su origen primero en la ficcionalización que el autor hace de sí mismo: en el personaje-narrador de la historia que tiene dos momentos: uno adulto y uno niño. Además de que creador-personaje-narrador comparten no solo el nombre sino la familia tanto del terreno de la realidad como en el de la ficción. El recuerdo permitirá a Antonio desdoblarse del personaje adulto para convertirse en el personaje infantil que es un narrador testigo.

3.3 LAS SUBJETIVIDADES DE LOS NIÑOS ESTRADA MUÑOZ: EL GÜERO (FLORENCIO HIJO), ADOLFO Y ROGELIO

La infancia conoce el corazón humano

Edgar Allan Poe

La vida es la infancia de nuestra inmortalidad

Wolfgang Goethe

El apartado anterior analiza la figura de Antonio Estrada desde las perspectivas del creador, el narrador y el personaje. En él se indaga sobre la metasubjetividad y la autoficción de Antonio presentes en *Rescoldo*. Este apartado se encarga de examinar a los personajes literarios infantiles y la forma en la que el narrador Toño los humaniza y los dota de fuerza, inquietud y miedo dentro de la novela. En ella se traslucen los submundos de los niños que dan cuenta de las subjetividades que atraviesan al Güero (Florencio hijo), Adolfo (Adolfito) y Rogelio (Rogelito o Rogelín); quienes como hijos, hermanos e integrantes de la familia cristera Estrada Muñoz encaran los rezos, los juegos, la separación familiar, el hambre, la relación con los animales y la muerte en tiempos de guerra.

Los personajes infantiles en *Rescoldo* se desarrollan dentro de un contexto bélico: sus experiencias y apreciaciones del entorno se van transformando en tanto las condiciones se vuelven más adversas. Para abordar a los niños en la novela y sus subjetividades me acompaño de “Los hijos de la violencia. Psicoanalizar: ¿contemplar o transformar?” de Silvia Bleichmar. Ante todo, en la experiencia de los seres infantiles que se enfrentaron a la muerte de sus familiares durante las dictaduras. Las pérdidas constituyeron para los infantes experiencias irreparables que incidieron no solo en su realidad inmediata sino en su psique; además de las implicaciones que conllevan sobrevivir a la propia muerte cuando se ve sucumbir a los semejantes.

Las principales incógnitas para resolver en este apartado incluyen cómo inciden —en lo individual y en lo colectivo— la guerra y la muerte en los hijos de Florencio y de Lola, cómo los rezos forman parte de su cotidianidad y de su identidad cristera y el papel que desempeñan tanto los animales domésticos como los salvajes en su dinámica personal y familiar. Los niños ficcionalizados en la novela se relacionan con los animales y, dependiendo de las circunstancias, son domesticados. Además, representan protección, compañía, ayuda para conseguir provisiones

y hasta ejercen como compañeros de juegos. Cuando los animales son salvajes se exhiben como amenazas, fuentes de alimento o distracción y como un peligro que acecha entre las piedras, dentro del agua y en toda la extensión de la sierra.

3.3.1. LOS NIÑOS ESTRADA MUÑOZ Y SU RELACIÓN CON LA MUERTE

En *Rescoldo* la percepción de la muerte es un constructo permeado por la subjetividad de sus personajes, incluyendo a los infantiles. Para estudiar las versiones literarias del Güero, Rogelín y Adolfo me acompaño de Silvia Bleichmar (1979) quien, con la ayuda de Freud,⁴³ establece directrices que facilitan el análisis de los personajes infantiles de la novela. Al respecto, la autora desarrolla una idea de Freud en la que al imaginar la propia muerte solo se puede ser espectador porque —en el inconsciente— se es inmortal hasta que la muerte toca a un ser cercano. Esta premisa se exagera durante un contexto de guerra: la muerte existe y las bajas no son esporádicas ni casuales (62).

Si la muerte de un ser cercano aparece siempre como algo que viene a romper el espacio de continuidad en el cual la vida se organiza, y no nos atreveríamos a dar significaciones generales para las experiencias vividas por los niños que deben enfrentarse a ella, ni nos atreveríamos a plantear una especificidad, una peculiar forma de organización para aquellos que han compartido una experiencia histórica común, es cierto también que las significaciones colectivas hacen un aporte brindando el espacio común de organización de la experiencia (Bleichmar, 1979: 69).

Desde edad temprana los niños Estrada Muñoz atestiguaron un entorno de muerte. Esa muerte cambiante que no cesaba de acecharlos en diversos rostros o formas humanas, animales o naturales: los federales, los Muñoz, las serpientes, los alacranes, los vinagrillos, las zorras, los lobos, los osos, el frío, el calor extremo, la nieve, las lluvias, los ríos... En colectivo, los niños se cuestionan su propia existencia cuando intentan escabullirse de los enemigos mientras su padre les hace frente a balazos. En un momento decisivo en el que “las corvas ya no tenían fuerzas, ni había más aire en los pulmones” (Estrada, 2010: 55), frente a una cascada, saltar parecía una

⁴³ La autora argentina se apoya en *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte* del psicoanalista alemán para desarrollar sus ideas dentro del ensayo “Los hijos de la violencia. Psicoanalizar: ¿contemplar o transformar?”.

opción, que se dispersaba cuando “nos helaba el ánimo el pensar el picadillo que nos haríamos contra las peñas” (Estrada, 2010: 56).

Ante la idea de perder a su padre, desde su pequeña existencia trastocada por el elemento bélico, los niños constantemente cuestionan sus fuerzas y su lugar en el mundo: “Hasta nos habíamos hecho el ánimo. Si ya lo habían matado, sería mejor que nos fuéramos detrasito” (Estrada, 2010: 56). Maltrechos, desde la cañada, un zopilote los observaba abriendo el pico: “sacamos lo tarde que se le estaba haciendo para darse un atracón con nuestras tripas. Los chuchos forcejeaban por saltar a apergollarlo, y a los chicos nos ardían las manos por echarle de piedrazos” (Estrada, 2010: 56). No solo la muerte de los otros sino la defensa constante de su vida en condiciones adversas hace mella en los submundos imaginarios de los niños.

Las mentes de los pequeños Estrada Muñoz están fragmentadas: por un lado, se asumen cristeros y se detienen a pensar en las consecuencias de la persecución. En otras, solo esperan guarecerse en un lugar mejor y salir todos con vida, aunque no ilesos de los infortunios que los hicieron conscientes de la posibilidad de encarar su propia muerte. Los niños libran en la sierra sus propias batallas, en las que el clima indolente, la falta de provisiones y los peligros de todo tipo están al acecho. Existe una sobreestimulación que implica la huida para los pequeños, la cual puede dar lugar al síntoma que “organizado como un llamado silencioso, es a través de ese silencio que se recorta el grito amordazado de su propia historia. Aquello que no se puede decir es portador de muerte y aniquilación, no sólo para la niña sino también para el conjunto de sus seres queridos” (Bleichmar, 2010: 66).

Al respecto, el Güero tuvo un episodio cercano a la muerte cuando una serpiente “cincoate” se le había enroscado en los brazos. El niño, ajeno a lo sucedido, se reía. Altigracia apartó de un “varejonazo” al animal, mientras que el Galafre lo agarraba a “colmillazos” y “no le aflojó la cabeza hasta ablandarlo todito” (Estrada, 2010: 107). Posteriormente, al Güero le dio un ataque de los que “le daban desde más chico. De repente se nos quedaba tirado boca arriba, echando mucha espuma y poniendo los ojos bizcos” (Estrada, 2010: 107).

Ante los gritos desesperados de Adolfo: “Se mulió el Güelo, mamá”, Lola le ordenó a Toño que lo varejoneara: “Pégale como en El Toro. No le aflojes, que a lo mejor no vuelve” (Estrada, 2010: 107). Al recuperarse, el Güero se dirigió a jugar con su perro el Galafre, tomándolo por las orejas. El niño no estuvo consciente de los dos episodios que arriesgaron su

vida. Sin embargo, su hermano más pequeño, Adolfo, lloraba ante la posibilidad de la muerte de Florencio hijo: la guerra daba lugar en su subjetividad infantil a la constante pérdida del otro.

Los niños se volvieron más perceptivos a su entorno: sus miradas infantiles —condicionadas por la guerra— les permitían reconocer los indicios y remedios de algunos males como que a los picados de alacrán era necesario tratarlos con la yerba sin raíz, que era un cocimiento de excremento humano que se le daba al afectado en forma de té. En un capítulo de la novela, mientras se escondían, Rogelito chilló y “pataleaba como loco” (Estrada, 2010: 176); por ello, creyeron que había sido un alacrán: “Ya estaba por ensuciarse el Güero, para hacerle la ‘yerba sin raíz’, cuando nos fijamos en que no se estiraba como todo picado de alacrán” (Estrada, 2010: 176). Fue gracias a la observación de los síntomas que como familia dedujeron que había sido mordido por una araña venenosa.

Los pequeños Estrada fueron partícipes de la posibilidad de la muerte de su hermano porque Lola les comentó: “Miren cómo se hace una pura bolita. Diatiro se pone como una arañita engarruñada” (Estrada, 2010: 176). La familia luchó toda la noche con él tratando de librarlo de su mal: “Por la madrugada pensamos que ya agonizaba, porque se estiró y dejó de llorar desesperado. Era que la ponzoña de araña había perdido fuerza” (Estrada, 2010: 176). Para los Estrada Muñoz la muerte también se enfrentaba y combatía en familia: en vigilia expectante. Al sobrevivir Rogelio, los niños no tuvieron mucho tiempo para alegrarse porque una balacera por el camino a Canoas los hizo correr por encima de las peñas y buscar refugio: la posibilidad de la muerte propia impedía detenerse a celebrar la vida ajena.

Miguelito también era un Estrada, hijo de Frumencio (hermano gemelo de Florencio) y de Pancha. Este niño también tiene una relación estrecha con la muerte: la de su hermano Chito, la de su padre Mencho y la suya. El personaje de Miguelito no se encuentra tan desarrollado como el de los otros niños en la trama de *Rescoldo*; sin embargo, es otra de las representaciones de la indefensión a la que se enfrentaban las familias cristeras al esconderse de los federales.

Miguelito —al igual que sus primos con Constanza— se enfrentó a la muerte de un semejante. El niño fue espectador del deceso de su hermanito Chito por picadura de vinagrillo,⁴⁴ según señala Antonio Estrada, pero debió ser por otro tipo de alimaña porque estos son inofensivos para los humanos. Chito era el hijo más pequeño de Pancha: un niño de “carita triste

⁴⁴ Reciben su nombre porque despiden un líquido que huele similar al vinagre cuando se sienten amenazados.

que casi nunca se reía” (Estrada, 2010: 121). Toño narra cuando se reencuentran algunas de las familias cristeras y Pancha les comparte la muerte de Chito. Es el tipo de muerte que ocurre en un momento de aparente descuido. Un accidente fatal posterior al juego:

Le pico un vinagrillo hará cosa de dos semanas. Ya ni lo miró Mencho cuando volvió de la emboscada de Llano Grande. Yo estaba lavando en una tinaja de abajito, y la criatura jugaba con unos mayates. Miguel me gritó cuando ya agonizaba. Ya ni resollaba cuando llegué. Tenía apretado en el puñito al animal, pero el piquete se lo hallé en la pantorrilla (Estrada, 2010: 121).

Miguelito alertó del peligro en el que se encontraba su hermano con un grito. Es la única forma en la que el personaje manifiesta algún atisbo de dolor o de desesperación. Por su parte, Chito apresó a su asesino en su puño, como si tratara de defenderse o, acaso, dejar evidencia de aquello que lo había atacado. No todos los animales eran para jugar o eran inofensivos como los mayates con los que Chito se divertía; otras alimañas estaban ahí para probar que la sierra poco sabía de apoyar a uno u otro bando. El ciclo de la vida y la muerte que acontecía en la sierra no tenía favoritos: todos estaban en riesgo.

Ni Miguelito ni su madre Pancha se recuperaron de las penurias que enfrentaron como familia. La resistencia para afianzarse a la vida no les fue suficiente. Pareciera que con la muerte de Frumencio sus ánimos decayeron y comenzaron a darle forma a su propio sepulcro: dejaron solo los restos de las cenizas cristeras que fueron contadas de prisa por Manuel Estrada en una visita al orfanato donde estaba Toño: “Por agosto del 36, año de la muerte de mi compadre, se nos fue Miguelito, acabado por las puras malpasadas en la sierra. Dos mese [sic] después lo siguió Pancha, también gastada por lo mismo” (Estrada, 2010: 249).

En *Rescoldo* los niños no solo se mueren de mentiras jugando a la bola. Se mueren en la realidad de la trama víctimas de las enfermedades y por las picaduras de alimañas. Se mueren de hambre, de debilidad, de miedo y también de tristeza. Pero existe otro tipo de muerte que los va minando de a poco: es la muerte de su propia infancia —la que esquiva balas— que se va quedando enredada entre los matorrales de la sierra. La muerte de la inocencia que se reafirma a cada puño de tierra en la tumba improvisada de algún cristero querido. La muerte de la propia alegría que cede paso a una dureza casi adulta que se instala en un cuerpo pequeño y frágil.

3.3.2 LOS NIÑOS ESTRADA MUÑOZ Y SU RELACIÓN CON LA GUERRA

Los niños Estrada Muñoz compartieron en colectivo, como familia, una experiencia común de guerra: la Segunda rebelión cristera. Donde no solo se vieron forzados a presenciar y convivir con la muerte, sino a experimentar el exilio porque pertenecían al bando con mayor desventaja por ser opositor al gobierno: el cristero. Tanto Toño como el Güero, Adolfo y Rogelio permanecen en un estado vigilante para lograr la autoconservación, en los términos de Bleichmar (2010), en el que no buscaban salvar la propia existencia sino la de su familia. Así lo refiere el primer encuentro que tienen los niños con las balas enemigas: mientras estaban en la sierra, y Rogelito “mamaba a todo rejuego de sus cachetes” (Estrada, 2010: 54).

Toño y el Güero —con el pretexto de buscar “manguitos que avientan estrellitas” (Estrada, 2010: 54) — se llevan a sus perros el Sultán, “chucho de rancho cualquiera. Porte corrientón, todo prieto” (Estrada, 2010: 50), y al Galafre, un gran danés blanco con motas en café y negro. El mero gallón del Toro” (Estrada, 2010: 50), quienes con sus ladridos advierten de “una hilera de fulanos con cachuchas verdes” (Estrada, 2010: 54). Los niños, primero agazapados y después “aguantando resuello”, avisaron a su papá Florencio que había “allá arriba... Unos guachos mirando para acá” y que “ahora ya se movían con rifles a dos manos” (Estrada, 2010: 55). Hasta el más pequeño de los Estrada, Rogelio, era sabedor durante las huidas que era necesario correr antes que llorar: “Pero ni siquiera Rogelín chillaba, por más que ya iba hasta sin pañales” (Estrada, 2010: 55).

La visión infantil recurre a lo inmediato, a lo tangible, a lo que puede nombrarse. Los niños Estrada no cuentan su percepción del mundo desde los militares que les hacen la guerra. No hay únicamente un rostro que sea identificable con el dolor o el miedo que sienten porque el peligro tiene muchas caras. La guerra, que tiene a su servicio a los federales, es el cuerpo que da forma a lo bélico: es de lo que huyen. La sombra de ese cuerpo son los Muñoz, sus tíos, y los huazamotecos con los que antes convivían en las coleadas de toros y ahora marcan una división insoslayable entre “ellos” y “nosotros”. Pese a su corta edad, la presencia de su padre como coronel cristero y de sus hombres los hacen asumirse irreductiblemente como cristeros. Cristeros niños, pero cristeros al fin.

3.3.3 LOS NIÑOS ESTRADA MUÑOZ Y SU RELACIÓN CON LOS REZOS, LOS ANIMALES Y CON EL HAMBRE

En *Rescoldo* ser cristero se reflejaba también en la devoción al rezo. Las diversas oraciones que eran procuradas por los niños eran dirigidas tanto por Lola como por Florencio, e inundaban de un halo solemne al crucifijo al que dirigían las oraciones familiares: pedían para salvar la vida de Florencio y la propia, para sobrellevar las adversidades, por el fin de la guerra y hasta por comida. También las oraciones eran una forma de reprender las travesuras y desobediencias infantiles, como cuando el Güero y Toño fueron castigados por su madre porque estaban empeñados en perseguir a unos osos y hasta usaban al Galafre como cómplice.

Las huellas se hundían hondas en un barril. A cada rato nos parábamos tras las palmillas, a tomar aire y a buscarlos [a los osos] con los ojos bien abiertos. Cada ruidito del monte nos parecía de ellos, y el corazón traqueteaba muy de prisa. Pero los gritos largos de mamá nos hicieron dejar la faena. Luego de los varejonazos, nos dejó hincados ante al crucifijo. Al Galafre le tocaron unos leñazos por el hocico, y se fue chillando rete lastimero arroyo arriba (Estrada, 2010: 174).

Antonio Estrada hace evidente la relación que tienen los niños con los animales. En el episodio referido se contrastan la curiosidad que representan los osos salvajes, tanto para los personajes infantiles como para el perro, y la lealtad del inseparable gran danés que no solo se aventuraba con ellos como protección, sino que también fue solidario en el castigo. La defensa de los niños era una de las funciones del Galafre, quien intentó intimidar a ladridos a los osos, “pero el tata de ellos lo echó a rodar de una guantada. Luego, muy quitados de la pena, se pusieron a destripar los panalillos como gentes” (Estrada, 2010: 175). Al buscar refugio, “dos [osos] chiquitos, pachones como juguetes de peluche, hicieron por arrimarse a la cueva. [...] Pero también de un manotazo del viejo, tuvieron que volverse a seguir su faena” (Estrada, 2010: 175). Tanto Lola como el oso reprenden a sus crías. No solo los personajes infantiles entienden de rangos dentro de la familia, también los oseznos: a la par que son atacados son advertidos de los peligros.

En *Rescoldo* los animales domésticos forman parte de la familia cristera. A las huidas y carencias que enfrentan los niños se suman algunas mascotas: el primero fue un tejoncito llevado por Sotero, que fue nombrado Tachito Comealacrane, y tenía como función primordial limpiar las cuevas de alimañas. También adhirieron a la aventura a dos venaditos, Chilo y Tima, que les acercó el Tejón:

Maldito que sabía el tasajo así sin sal. Como estaba muy gorda la madre de Chilo y de Tima —ya habíamos bautizado así a los venaditos— al ponerlo en las brasas soltaba el sebo desabrido. En caldo era peor. Al tragarlo, clarito sentíamos que se resbalaba como aceite. Sin embargo, le lloramos cuando se terminó (Estrada, 2010: 160).

Mientras le fue posible, el Galafre ayudó a la familia a conseguir animales para alimentarse con azulejos, jabalíes y cóconos, pero “ya eran las dos semanas. Ni el Galafre tenía alientos para buscarnos más pájaros caídos de las horquetas de puro enteleridos de frío o también de hambre” (Estrada, 2010: 161). Cuando la inanición parecía estar próxima a cobrar la vida de la familia entera, los niños rezaban junto a su madre sin casi despegar los labios. Lola sentenció: “ahora sí nos llegó el día” (Estrada, 2010: 161). Los niños habían abandonado toda esperanza: estaban por convertirse en las bajas de guerra que no figuran en las estadísticas.

Ya ni cuenta nos dábamos, pero nunca nos habíamos sentido igual. Los pensamientos tristes y las ganas de chillar, pidiendo comida, se nos habían espantado del todo. Parecía que vagábamos en la bruma de una nube muy alta. También como si por dentro se nos fuera apagando la llamita de vida (Estrada, 2010: 161).

Rogelito, el más pequeño, ante la insistencia de su madre le rezaba a Dios con todas sus fuerzas. Estaba convencida que sus peticiones serían más gratas por tener menos pecados. El niño se hincaba y juntando las manitas le pedía tortillas al crucifijo: “Tilla, pá Lios. Tilla, pá Lios” (Estrada, 2010: 161). En *Rescoldo* la mirada infantil se transforma ante la falta de provisiones. Los niños son observadores activos de su alrededor: sus rostros desesperanzados se enfrentan a la

sierra no solo con desconfianza sino con ojos de hambre. Contra los pronósticos, las oraciones fueron escuchadas. Al poco tiempo, los niños se dirigieron hacia la cabalgata cristera de Federico Vázquez de donde obtuvieron alimentos: “Al Güero le cargaron la carne que aguantó en la espalda. A mí [Toño] dos morrales con maíz, frijol, azúcar y sal” (Estrada, 2010: 163).

El mismo recurso de poner a rezar a los hijos por comida para conmover a Dios lo utilizó Pancha con Miguelito. Después de seis días de huir y comer solo “jícamas de dalia”, la agónica Pancha decidió salir del monte para aconsejar a su hijo —encarando el riesgo de ser capturados— que se parara en el camino real y le pidiera a Dios para que alguien les diera comida: “No le hace que nos avancen” (Estrada, 2010: 192). El niño accede e hincado, con los brazos en cruz, clamó al cielo: “Pale Nueto, Pale Santo —le gritaba a Dios, como si lo estuviera mirando en el centro del cielo—. Danos tilla, danos pan” (Estrada, 2010: 192). Los rezos infantiles conmueven hasta el llanto a Chayo y a Eleuterio —cristeros de Florencio que los estaban buscando—, quienes los alimentan con pinole y esquite. Pancha y Miguel sobrevivieron únicamente para enterarse que su esposo y padre, Frumencio, había muerto en combate. En la novela de Estrada las desgracias son mayores a las alegrías, pese a ello, la fe parece no agotarse y alimenta al espíritu ante la constante de la muerte.

El momento de rezar no era siempre agradable para los hermanitos Estrada, en especial para Adolfo que se soltaba a llorar por horas, y solo se consolaba cuando Lola le ordenaba a Toño que lo llevara a ver a las iguanas. El niño se calmaba enseguida, pero la amenaza de Lola no cedía porque si seguía “retobando” a los rezos del padre las iguanas “dicen que te van a comer” (Estrada, 2010: 175). Adolfo, a ratos, no dejaba de ser un niño que necesitaba distraerse del ambiente hostil de la guerra y de la causa cristera. En otros, compartía sus ganas de comer: “Mamá, tene hame yo, tene hame yo” (Estrada, 2010: 175), mientras se apretaba la barriga. Y Rogelito, ante la misma situación, chillaba con un “Tilla, má... Tilla, má” (Estrada, 2010: 175).

Los personajes infantiles ficcionalizados creían en las oraciones y en sus efectos, tanto que los pequeños pusieron a rezar al perro y a uno de los venados para que Florencio regresara a salvo de su última misión: el Güero les rogaba: “Lecen también tú Galafre y Chilo”. A lo que secundaba Adolfo: “Sí, pala que ya venga mi papá” (Estrada, 2010: 226). Pero la alegría que sintieron al ver a alguien que bajaba por la vereda se disipó cuando se percataron que no era Florencio sino un huichol llamado Silverio Maceda, quien les anunció que habían matado a

Estrada. Al escuchar la noticia, los niños se lanzaron a las piernas de Lola y lloraron con todas las fuerzas:

Con el dolor de todas las veces que antes no pudimos llorar... Hacíamos escalerita del más chico al más grande. Hasta Rogelito había entendido todo, porque le temblaban los labios igual que a Silverio. El Güero, que nunca se había acobardado ni en las verdes, esta vez sí había perdido del todo su sangre fría (Estrada, 2010: 227).

Ante la orfandad y el desconsuelo de los niños Estrada Muñoz todos los cercanos se conmovieron. La ilusión de ver volver a su padre entre las brechas del monte se transformó en la noticia de su muerte. Hasta el Galafre se enteró de la partida de Florencio y pareció decidir el exilio, pese a que el perro no se había recuperado del todo de los dos balazos que le dieron cuando fue a seguir al coronel en una de sus hazañas. No es de extrañar que, tras la muerte de Florencio, el gran danés retornara a la sierra: “Sus huellas iban rumbo al oriente, rumbo a donde se había ido su dueño para no volver” (Estrada, 2010: 229).

El creador de *Rescoldo* logró una novela donde los animales son relevantes y coprotagonizan momentos desgarradores. Su construcción como personajes conllevó tal complejidad que sus acciones y gestos se comunican por ellos: no son necesarias las palabras. En lo ficcional, los animales se saben parte de una familia cristera y su lealtad refleja este entendimiento.

3.3.2 LOS JUEGOS DEL GÜERO (FLORENCIO HIJO), ADOLFO Y ROGELIO EN TIEMPOS DE GUERRA

Los niños de *Rescoldo*, aún en el contexto de guerra, juegan. La novela ofrece una perspectiva sobre cómo los infantes constituyen su identidad al tener que trasladar sus divertimientos y actividades a un mundo terrible y lleno de peligros. Los submundos imaginarios de los personajes infantiles dan cuenta sobre cómo está conformado él “quién soy” y el “quiénes somos”, al trasladar su tranquila existencia desde Huazamota, Durango, a sitios improvisados en cuevas o escampados dentro de la sierra. La primera contienda cristera de los hombres de Florencio Estrada tuvo como característica que las familias de los enlistados no se habían dispersado por la serranía ni por las ciudades aledañas: todos convivían por igual. Esa primera despedida fue

alegre y los chicos sentían admiración por los cristeros: “Ojalá también nos hubiera enlistado el coronel Florencio, para que viera el gobierno quiénes eran sus meros padres” (Estrada, 2010: 71).

Los personajes infantiles ficcionalizados traducían en sus juegos las primeras muestras de identidad: ellos también eran cristeros y armaban su revolución. Hasta Juanita, hija de Rosenda y el Pachón, afirmaba: “También yo le entlo”, pero otro niño, Gorgonio, daba muestra de su percepción afirmando que “las viejas no son para los plomazos” (Estrada, 2010: 71). Al llanto de la niña prosiguió la defensa del Güero, quien espetó apuntando con su pistola de carrizo:

—Yo ligo que juga Juanita, pus qué... o los mato a tolos.

—Pues que le entre al mole.

—Ustedes son los changos, nosotros los clitelos.

—No, no... Ustedes los piojosos y nosotros los cristeros (Estrada, 2010: 72).

Fue tanto el alboroto entre los niños, que terminaron propinándose patadas, arañazos y pedradas, hasta que las mujeres que lavaban en la poza los separaron a “varejonazos”. Este primer acercamiento al juego marca una diferencia entre “nosotros”: “los clitelos”, “los cristeros” y entre “ustedes”: “los changos”, los “piojosos”. La identidad de los pequeños se revela como una extensión de la de sus padres, sus familiares y hasta la de sus enemigos. Su realidad es cruenta y bélica, por eso juegan a matar y a morir.

La realidad de la guerra irrumpió a balazos las actividades lúdicas de los pequeños. Los disparos de los federales y el miedo implicaron afrontar la idea de la muerte: su propia muerte. Los rifles de carrizo se abandonaron para refugiarse en lo divino: “cuando nos dimos cuenta, estábamos hincados de cara al zapote que tenía nuestro Crucifijo [...] Los chicos nos volvimos mustios, sin ganas de nada” (Estrada, 2010: 77).

El juego de la “bola” incorporaba en los niños una subjetividad colectiva de bandos “buenos” y “malos” donde la muerte no era infinita. En lo lúdico no importaba perecer porque la acción se supeditaba a la temporalidad de la actividad. Los hijos de Florencio Estrada seguían jugando a los cristeros, pese a que las familias se habían separado para tener mayores posibilidades de sobrevivir. Adolfo y el Güero se subían al caballo de su papá y se metían en la

carrillera del cinto con todo y la 45. “Y uno al otro se prestaban la tejana del coronel, para mejor parecer cristeros” (Estrada, 2010: 94). También Florencio jugaba a los “topetazos” del toro, y no solo participaban sus hijos sino las mascotas como el venadito Tima.

A los juegos se sumaba también el tejón Tachito Comealacrane que, además de alegrar a los niños y darles calor, los protegía de las alimañas. El animalito también ayudaba a buscar comida: sabía diferenciar entre los huevos de cóconos y palomas y los de serpiente, ante los que se erizaba y chillaba como advertencia. En una ocasión de descuido, “Adolfo agarró a Tachito y lo zampó en el agua hirviendo. El tejoncito se revolvía en la tierra chillando lastimero. Corrimos a tapanlo con la cobija, pero a montones se le caían los pelos por todos lados” (Estrada, 2010: 141).

El pequeño no mostró remordimiento ante la agonía y muerte del tejón, mientras los otros niños lloraban con reclamos hacia su hermano: “¿Ya ves lo que hicistes, Adolfo? Tan bueno que era” (Estrada, 2010: 141). Los hermanitos acusaron a Adolfo, no sin antes darle sepultura al tejón en un hueco de las peñas donde colocaron “su cruz como a buen cristero, y encima le aventamos ramitos de mirto” (Estrada, 2010: 141). Cuando sus papás le preguntaron qué había pasado con Tachito, él respondió impasible: “Nala, nala... Si se quemó toilito” (Estrada, 2010: 142). Adolfo no era el mismo que lloró por su hermano Florencio tras el ataque que amenazó su existencia. Es probable que la sierra y sus peligros hayan menguado su candor por la indolencia ante el tormento de su mascota o quizá esperaba que el animalito reviviera tras la idea de que en lo lúdico la vida era inagotable. ¿Era Tachito Comealacrane una víctima de cómo se juega a la guerra y se normaliza la muerte?

3.3.3 LAS RELACIONES FAMILIARES DEL GÜERO (FLORENCIO HIJO), ADOLFO Y ROGELIO

La guerra aceleró en los niños Estrada el proceso de saberse mortales: su existencia era un acto de aguante y de azar. Al conseguir provisiones, al no sucumbir ante las alimañas ni las balas y al no perderse en sus pensamientos subjetivos sobre el miedo a lo desconocido, los niños le ganaban una pequeña contienda a la guerra cristera; pese a ello, sus lágrimas solo buscaban el retorno del padre y la vida que conocieron antes de la cristiada.

Los niños Estrada Muñoz aprendieron desde pequeños que la contienda llevaba su apellido y que los hermanos de Lola, sus tíos, querían apresarlos. Como familia se volvieron

expertos en encontrar escondites en lugares poco accesibles, y hasta los más pequeños se mantenían en vigilia. Los personajes ficcionalizados infantiles de *Rescoldo* son entrañables en tanto despiertan la empatía, la ternura y conmueven por su construcción humanizada e indefensa ante la cruenta realidad en la que tenían más perseguidores a cuestas que años de vida. Sus cuerpos endebles y desnutridos estaban más preparados para los juegos que para la guerra y sus infortunios.

Los pequeños Estrada inmersos en un contexto bélico, a decir de Bleichmar (1979), pudieron generar traumas que modificaron sus comportamientos: “El hecho traumático es el encuentro del fantasma con lo real. El carácter aparentemente accidental del trauma, en el origen de la experiencia analítica, no puede ser sino comprendido dentro del marco azaroso que siempre implica el encuentro con lo real” (67). La agresiva realidad ficcional que habitaban los niños era sistémica: su origen estaba en el gobierno y en los federales que no solo buscaban terminar con los cristeros sino la desobjetivación de una ideología que no convenía a sus fines políticos.

Para los personajes infantiles no hay lógica ante la tragedia personal de sobrellevar la muerte de los familiares, adultos y niños, ni de los compañeros de juego. No hay lógica en la guerra, pero tampoco la hay en cómo la resistencia en la sierra —esa obstinación por mantenerse con vida— terminó recluida entre las paredes de un orfanato para los despojados de la guerra. De la familia Estrada Muñoz quedaron unos niños refugiados en el “Asilo de la Divina Infantita, en Mixcoac, calle Luis David. [...] Dedicado en especial a huérfanos cristeros. Eran 33 de la bola callista. De la segunda, sólo estaban los 3 de Ángel Castillo” (Estrada, 2010: 161), a los que se unieron los cuatro de Florencio. Toño, el Güero, Adolfo y Rogelio fueron conducidos de la mano por una monjita al patio donde los otros niños intentaban recuperar un poco de su infancia jugando a “Alguaciles y encantados”.

La identidad de los niños Estrada fue estratégicamente resguardada: tuvieron que ocultar su origen para mantenerse a salvo: “Mamá quemó cuanto pudiera entregarnos. Sólo dejó el Crucifijo de bronce. En Fresnillo, le habían dado 30 pesos por los dientes del piloto” (Estrada, 2010: 247). Los recuerdos infantiles cedieron paso a una toma de conciencia que los llevó a mantener en secreto su origen y sus verdaderos apellidos. Lola Muñoz se desvaneció temporalmente: su madre se convirtió en María Ramírez, una trabajadora del hogar en una casa adinerada en la Ciudad de México.

Los pequeños fueron cristeros que, en apariencia, no conquistaron nada más que la orfandad: la muerte del padre y el alejamiento —por razones de seguridad— de su madre. Sus condiciones adversas los sumieron en una tristeza que se vivía en la subjetividad de lo solitario, aunque los atravesaba en lo colectivo. La autoconservación de los niños —en los términos de Bleichmar— se extendió en la huida tras la muerte de Florencio: guardaron silencio. Encubrieron su autopreservación, que es la identidad, para mantenerse con vida como lo dispuso el sacrificio de su padre. Los personajes infantiles, con sus submundos imaginados, desarrollaron una identidad inquebrantable: los niños Estrada devinieron en los últimos cristeros.

3.4 LOS PERSONAJES LITERARIOS EN *RESCOLDO*: MASCULINIDADES Y SUBJETIVIDADES

*Me moriré de viejo y no acabaré de comprender
al animal bípedo que llaman hombre,
cada individuo es una variedad de su especie*

Miguel de Cervantes

El apartado anterior se centra en la relación de los niños Estrada Muñoz con la guerra, y en cómo sus subjetividades se modificaron por sus circunstancias: el hambre, la vulnerabilidad que implicaba resguardarse en la sierra y el enfrentamiento a la muerte de sus seres queridos y de sus semejantes. Además, se da cuenta de la transformación de sus juegos, de su participación para conseguir provisiones y su vínculo con los animales. En este apartado se analizan algunas de las masculinidades ficcionalizadas en *Rescoldo* y cómo dan cuenta de la subjetividad de sus relaciones, su sistema de creencias y los infortunios que enfrentaron durante sus contiendas; que se manifiestan en su sistema ideológico, en las distintas formas para encarar la guerra y en la importancia de la música y los corridos como medio de entretenimiento.

En *Rescoldo* los roles de los diferentes personajes dicen de las subjetividades que atraviesa sus submundos ficcionalizados. Este concepto implica que la idea del mundo de un individuo depende de su época y contexto, y se basa en sus creencias y conocimientos. La masculinidad es parte de la subjetividad, y dentro de las masculinidades de los personajes existe un sistema de

rasgos que se miden en función a las competencias, las lealtades, la conquista de mujeres, la poligamia, los rangos militares, las traiciones, las situaciones de riesgo, la defensa ante la fe, la necesidad de hacer música y cantar sobre la guerra y el amor.

Es de destacar que el creador Antonio Estrada despliega una variedad de posturas ante un mismo movimiento: ideológicas, políticas, religiosas y las atravesadas por sus sistemas familiares y códigos morales, las cuales son identificables en los personajes. A diferencia de otras novelas que abordan el tema cristero, en *Rescoldo* el trato que Florencio Estrada tiene hacia sus hombres se hace sin distinción: serán la lealtad y las convicciones las que den cuenta de la integridad de los hombres ficcionalizados.

3.4.1 LAS MASCULINIDADES DE LOS CRISTEROS DE FLORENCIO ESTRADA Y SUS RELACIONES FAMILIARES

Analizar a los personajes masculinos de *Rescoldo* implica hacer evidente las adaptaciones y cambios en las subjetividades de los hombres que se adhirieron a la causa de Florencio Estrada. Los rancheros alegres que celebraban gustosos durante una coleda de toros en Huazamota, Durango, y que se enlistaron a la causa cristera al inicio de la novela se transforman significativamente durante la trama. Los escenarios adversos, la falta de provisiones, la escasez de parque, encarar la excomuni3n y la muerte de sus familiares y semejantes instauraron un cambio en sus subjetividades que se evidencia en el acto de resistir su encuentro con la muerte: la ajena y la propia.

Las masculinidades ficcionalizadas por Toño transmiten no solo el lado bélico del mundo general de la obra, sino que, en términos de Martín Jiménez (2004), se adentran en el submundo real efectivo donde acontecen las contiendas en la temporalidad de la trama argumental de la novela, y que devienen en los complejos y humanizados submundos imaginarios de los personajes donde los lamentos, el hastío, el amor, el miedo, la derrota, las risas y hasta las lágrimas tienen cabida.

Los hombres de Florencio Estrada, además de ser creyentes, tenían en común que eran hombres de familia. Ellos tuvieron que decidir si mantenían a los suyos cercanos, como lo hizo Estrada, o si los enviaban con amigos o familiares a otros estados para mantenerlos a salvo. Después de todo, era más sencillo huir si las familias se integraban en grupos pequeños, y ya se habían enterado de que sus ranchos y casas habían sido quemadas: “A cuanto individuo lo

husmearon cristero, vóitelas... Le aventaron los tizones adentro. Adivinar lo que será de los pobres que no se vinieron con nosotros” (Estrada, 2010: 64).

Respecto a las relaciones con las mujeres y la paternidad se encuentra en Frumencio Estrada. Por un lado, su primera mujer lo abandonó para irse de “piruja con un soldado de la guarnición” (Estrada, 2010: 51), dejándolo con Jesusito: un bebé de seis meses, tan descuidado que fue engordado por Lola “a punta de atoles”. Es probable que el dolor y orgullo destrozados de Mencho se convirtieran en indiferencia hacia a su hijo: reconocía al niño, pero parecía sentirse desganado en cuanto a su origen. El mayor tuvo una segunda mujer: Pancha, con la que tuvo dos hijos, Miguelito y Chito. También esta pareja fue casada por el padre Montoya.

Por otro lado, las masculinidades de los personajes cristeros de la novela son modificables en función a las situaciones de peligro que rodean a sus familias. A decir de Bleichmar (2010), “el sujeto puede descubrirse, en cierto momento, en contradicción con su propia identidad asumida” (13). Dicho de otra manera, los personajes masculinos llevan al extremo sus subjetividades de protección cuando la vida de aquellos que les significan peligraba. Prueba de ello es don Atilano Chávez, quien prefirió que su nieta Adelaida se fuera a Durango para preservar su existencia. La joven representaba para el viejito barbón su único vínculo familiar y objeto de afecto, pero eso no impedía que él buscara satisfacer su deseo: morir en batalla.

—Sólo tengo a mi Adelaida ésta en el mundo... el día que me quiebren, que espero que sea mañana o pasado, nomás son dos ojillos los que acuitarán por mí... ¿Verdad, mi muchacha?

—Mejor que no me lo quiebren nunca, abuelo.

—Eres mala conmigo, Adelaida. ¿Olvidas lo prometido? Dizque de diario rezaría para que me tumbara el gobierno (Estrada, 2010: 66).

En ese sentido, otros personajes masculinos compartían la idea de sacrificio inherente a ser el hombre de la casa, lo que implicaba la renuncia a la familia, a la rebeldía y a la contienda. Polonio, el Zarco, abandonó la lucha con el pesar de decepcionar a los cristeros —incluso se disculpó con su superior Frumencio—, pero su lealtad era con los suyos. El Zarco se entregó a los enemigos para intentar el indulto para su mujer e hijos, aprehendidos por Nabor Muñoz durante una pesquisa en Santiaguito. Mientras las demás mujeres huyeron con sus hijos:

Sólo Cholita, la mujer del Zarco, se quedó porque andaba lavando muy abajo. Cuando subía muy quitada de la pena, ya Nabor la esperaba con los niños encuatados a una sogá. No le quedó otra que más de prisa correr a poner las manos para que también la amarraran (Estrada, 2010: 191).

Polonio actuó por impulso, como intentando espantar el miedo de que su mujer y sus hijos se enfrentaran a la muerte: “Voy a seguirlos hasta entregarme, mi mayor... Dígale a mi coronel que me perdone, pero que siquiera mi Cholita y los chilpayates se salven de la guachada” (Estrada, 2010: 191). Para Bleichmar (2010) el sujeto puede deconstruirse subjetivamente sin saberlo, donde el terror implanta nuevas subjetividades: “Se sostiene para ello en el pánico del yo a la pérdida del sustrato biológico que posibilita la vida —angustia de muerte— pero imponiendo, a su vez, una nueva forma de referencia” (14).

La angustia de muerte no evadió la tragedia, que terminó por desanimar a los hombres de Florencio y bajarles la borrachera porque a ellos llegó el “run run” de que al Zarco lo colgaron en la plaza de Mezquital. Una de las formas de la guerra implica desaparecer el rastro de los opositores por medio de la conquista de sus mujeres. El caso del Zarco no fue la excepción porque un mayor federal se quedó con su mujer Cholita, y sus hijos huérfanos fueron dejados a su suerte en el Hospicio de Durango. Los personajes de Estrada son variados y complejos y, sin importar la profundidad de su fe, sus convicciones son fuertes. Ellos sienten con cada ápice desde su ser cristero: temen, pasan hambres, lloran y hasta se arrepienten.

Al capitán Jesús Estrada le fueron confiados los arreglos para que su cuñada y sobrinos salvaran la vida. La protección que su compadre Florencio tuvo hacia él, hacia su otro hermano Rosario y a Eleuterio —al no dejarlos recoger el parque enviado por Lauro Rocha—, Jesús la extendió hacia Lola y a los niños. Es como si la lealtad de Jesús hacia Florencio se adhiriera a una deuda de hombres y de amor filial, pero también se cimentaba en la jerarquía militar y familiar. Los hermanos Estrada estaban al servicio del honor y, pese a que no suprimían sus voces ante su hermano, acataban las órdenes de su coronel:

—Yo no estoy de acuerdo con eso, compadre —intervino el Capitán arrimándosele a unos pasos—. No me parece justo que nuestro jefe vaya a ponerse en los

méritos cuernos del enemigo, y luego sin necesidad. En todo caso mejor vamos Chayo, Leuterio y yo.

—No, compadre Jesús. Ustedes me hacen más falta así, siquiera para animar a estos poquitos hombres a aguantar unos días más.

—La Bi-Bi lo tiene todo listo y seguro, hermano —repuso también Chayo—. No le hallo por qué diantres quieres ir tú a fuerza, Lencho (Estrada, 2010: 210).

Jesús cumplió con la encomienda de conducir a su cuñada a un lugar más seguro: la Ciudad de México, aunque eso implicara el ocultamiento de Lola y de los niños. Una de las particularidades del capitán es que sentía admiración por Florencio y por su convicción a la causa cristera. Ante la muerte de su hermano, Jesús tenía una certeza respecto que así lo destinó Cristo Rey, y quizás hasta él mismo: “Para mí que él también buscó ese fin. No quiso correr a la última hora y fallar su palabra empeñada a Dios. O sería que Diosito se lo quiso conceder así, mirando que mi compadre andaba rete triste por quedarle mal” (Estrada, 2010: 230).

El capitán, quien era un hombre de intuiciones, le externó a su cuñada Dolores que la muerte de Florencio era algo que presentía porque hasta hizo un testamento: “Me dejó a mí los encargos... Por principio de cuentas, con tiempo había arreglado cómo salieran ustedes sin novedad de la sierra. Luego cómo lleguen enteritos al valle y a Fresnillo” (Estrada, 2010: 230). También que los llevaran en tren a la Ciudad de México, y con anticipación les consiguió escuela a sus niños. Florencio decía: “Es todo lo que puedo dejarles a Lola y a mis hijos” (Estrada, 2010: 230).

Otro rasgo de estos personajes deviene del desagravio. En el acto de matar a un enemigo, Jesús y Rosario reflejan un tipo de venganza potenciada por la traición de aquel en quien se confiaba, en el caso de Florencio un compadre que le ofreció comida, bebida, música y un sitio para descansar como distracción. Jesús y Rosario vindicaron a sus hermanos y a los demás cristeros muertos. Para que el sacrificio de Florencio y de sus hombres no fuera en vano, sus hermanos recurrieron a la autoconservación: Rosario se fue a Mazatlán y el capitán Jesús Estrada encubrió su genealogía bajo el nombre de Manuel García. Con una nueva identidad, el capitán fue a Chalchihuites a recoger a su sobrino Jesusito. El único familiar sobreviviente de su hermano Frumencio. Su mujer, Angelita, falleció en octubre de 1936 porque se “enfermó de criatura.

Nacieron un niño y una niña. Pero tanto golpe de la bola los tenía minados. Nomás en unas horas se fueron los tres” (Estrada, 2010: 249).

Con la personalidad encubierta, Jesús visitó a sus sobrinos en el orfanato: “Nos traían tamales de pitahaya, de nuestras pitahayas guindas y renegridas. Ya la monjita Tránsito tocaba su campanita de níquel, anunciando el fin de la visita. De carrera, tío Manuel nos fue contando las cenizas” (Estrada, 2010: 249). Destaca en la narración anterior que Toño asumió a su tío como otro: atrás había quedado Jesús y solo quedaba Manuel García. En tiempos de posibles represalias, la identidad debía mantenerse oculta.

3.4.2 EL AMOR Y EL DESEO EN LOS TIEMPOS DE GUERRA

Aún en tiempos de guerra los personajes no abandonaban la idea de conseguir pareja, de engendrar hijos, de casarse o enamorarse. Chano Gurrola cuestiona la institución del matrimonio en los términos religiosos de los cristeros, para él el vínculo se formaba por el deseo o el gusto físico. Desde la cosmovisión tepehuana se podía sustituir a las mujeres cuando no se sintieran cómodos con ellas. Las mujeres se “amansaban” y, por costumbre, podían tener hasta dos o tres en un rancho, y daban dotes por ellas: “Sus vaquitas o su maíz les cuesta, pero nadie lo toma a mal” (Estrada, 2010: 147). Y, pese a que habían sido evangelizados en el cristianismo, “el matrimonio con una sola mujer, para siempre, no les entra ni a tiros. Chano dice que nunca ha mirado un toro con una sola vaquilla, siendo tan grandes los ganados y los montes” (Estrada, 2010: 147).

La renuencia al matrimonio de Chano y de los demás tepehuanes sirve para dar cuenta de sus subjetividades para percibir su propia lectura del mundo donde la poligamia es aceptada. La lógica de Gurrola implicaba que al casarse no podía “largar ese María Gregoria, ansina no sirva” porque “enantes Chano mansó Leopolda Soto. Yo arrienda ella con yerno Cleto Marcos, nomás ver Leopolda harto viejo ya. Ese María Gregoria nuevita, pero ansina no guste Chano, Chano puede mansar otra” (Estrada, 2010: 146).

En ese sentido, la percepción masculina de estos personajes literarios sobre el valor de las mujeres se basa en las categorías de “viejo” o “nuevo”. Además, se sumaba el reto de “amansarlas” y tener los recursos para pagar por ellas, tanto para tomarlas como pareja como para regresarlas. En el caso de Leopolda, “Chano había dado una vaquilla y un becerro. En la

devolución, le adjuntó a Cleto Marcos un muleto⁴⁵ como pilón. María Gregoria le había costado tres vacas y un torete. Todos decían que había dado tanto porque deveras estaba enamorado” (Estrada, 2010: 146).

La poligamia tepehuana fue cuestionada por el padre Montoya, quien se quejó ante Florencio: “Un cristero que no quiere vivir como Dios manda, no puede seguir en la tropa. Algunos de tus soldados con mujeres mal habidas, no aceptan casarse mañana” (Estrada, 2010: 146). A lo que el coronel replicó que, aunque perdieran hombres, iban a separarlos de las tropas: “Sólo dos indios fueron despedidos esa misma noche, justamente con Espiridión Rubio y Maximino Galicia, quienes con todo y familias se fueron a buscar refugio en las sierras de Sinaloa” (Estrada, 2010: 147).

Chano, en una concesión hacia los cristeros para seguir peleando, aceptó casarse: “Pero nomás ese María Gregoria no sirve, yo mansa otro mujier, ¿eh? Ese Melinda Solís anda gustando harto Chano Gurrola... Ansina Chano tiene dos: Melinda y María Gregoria” (Estrada, 2010: 146). El líder tepehuán, a diferencia de con Leopolda, no tenía como opción dejar a su actual mujer sino el deseo de sumar una nueva. La identidad de Gurrola y sus convicciones iniciales respecto a la poligamia, no se transformaron por el movimiento que ayudaba a defender. En su caso, ceder no implicaba traicionarse porque “Chano y gente tipihuán, dice no quiere quedar sin bola” (Estrada, 2010: 147). El fin de Chano y de sus hombres era permanecer luchando.

Un triángulo amoroso ocurre entre los tepehuanes Sotero Mena, Altagracia Gaytán y Domingo Soto. Sotero y Altagracia eran cercanos a la familia Estrada Muñoz porque ella ayudaba a Lola y Mena era el vaquero de Florencio. Sotero tenía interés por Altagracia, pero más allá de compartir algunos bailes, ella no lo correspondía. Cuando Altagracia y Domingo se reencontraron, porque ya se conocían desde la infancia, no dejaban de “chacotear alegremente en su idioma, y hasta hacían por irse quedando atrás” (Estrada, 2010: 110).

Los mundos de los personajes, y sus respectivos submundos, se confrontaron después de que Sotero se percatara del coqueteo entre los jóvenes, razón por la que confiesa su amor:

Ya la miré a usted moviéndose harto la cola con Domingo. No, no hablo porque me escoza la muina. Lo que pasa es que yo sí la cuchileo a la buena, Alta... No como... [...]

⁴⁵ Un mulo pequeño y de poca edad.

Yo sí la quiero nomás para mi mujer, Alta. Siempre se lo he dicho con mis modos... Y lástima que yo no sé cantar bonito (Estrada, 2010: 110-111).

La no correspondencia de ese amor mutó en afrenta cuando Altagracia eligió a Domingo. Los hombres combatieron entre sí con cuchillos. Florencio y Chano separaron a los ensangrentados, dejando en evidencia dos actitudes: Sotero tenía la cabeza baja y Domingo sonreía con la frente, tajada en dos, pero en alto. Respecto a cómo se estructuran las masculinidades, y aplica a los personajes de *Rescoldo*, Ferrer (2019) menciona que el hombre tiene la necesidad de “medirse con los otros hombres, para constatar —frente a ellos— y demostrar —a las mujeres— que tiene ese saber y poder de ‘sexo fuerte’ que, a su parecer, lo hace entero y lo protege de la pérdida y la exclusión” (s.p).

Florencio interrogó a los revoltosos, amenazándolos con un juicio sumario porque todos eran soldados, pero de Cristo. Sotero declaró que quería a la joven “a la puritita buena”, admitiendo que ella no lo correspondía, pero tampoco le dijo “no”. El sentido trastocado de propiedad y de los celos llevaron a Mena a confrontarse con Domingo después de saber que Altagracia ya era su mujer porque la había “amansado” cuando lavaba en el arroyo. Chano intervino para ahondar en sus costumbres:

Este Domingo ganó potranca [...] Tipihuán asina amansa potra juilona, lo gana su mujier. [...] Pero aunque este Domingo amansa muchacha, Chano dar veinte varejonazos en cueros este Domingo. Chano castiga porque pica cresta tu asistente Sotero (Estrada, 2010: 119).

En la confrontación entre estos personajes destaca el énfasis que el narrador Toño elabora a partir de que el coronel toma en cuenta la decisión y testimonio de Altagracia: “Mi quere Domingo, don Flurencio [...] Sotero maloreaba Altagracia, pero Altagracia nunca siente brinca corazón por Sotero. Mi quere Domingo desde chiquitos, cuando busca arrayán arroyos. Altagracia quere casar Domingo Soto” (Estrada, 2010: 119-120). Altagracia y Domingo se casaron, el padre Montoya celebró matrimonios comunitarios para los cristeros y unió a las parejas de Chano Gurrola con María Gregoria, Jesús Estrada con Angelita, Frumencio con Pancha y Cholita con el Zarco.

En épocas de guerra, Altagracia y Domingo se eligieron por amor. No hubo necesidad de dote porque no existían propiedades más allá de la propia vida, solo la voluntad por permanecer unidos. Esta es la única pareja de la novela a la que no separó la muerte: “Nomás Altagracia y Domingo tienen toda la felicidad. Se miran en una prietita achinada y recia. Domingo se retiró de la bola al mes de la ida de mi compadre. Lucen rete bonitos sus jacales, con una huerta de ciruelos alrededor” (Estrada, 2010: 250).

3.4.3 LOS CRISTEROS Y LOS SACERDOTES EN LA GUERRA. LAS SUBJETIVIDADES MASCULINAS PARA UNIRSE A LA CAUSA Y LAS SUBJETIVIDADES DE LA FE

Los personajes literarios masculinos ponen de manifiesto cómo conciben la fe católica y los diversos motivos por los cuales se adhirieron a la cristiada. En el caso del líder tepehuán Chano Gurrola fue porque los de Huazamota y Mezquital tenían como aliados a los líderes indígenas Chon Aguilar y Flores, que estaban a favor del gobierno, razón por la cual: “roba ganados y mujier, tumba pinos, siempre harto pino [...] Hermanos Chon y Flores, ya no recuerda cosa sagrado tierra, que deja nosotros antepasados” (Estrada, 2010: 150).

Para los tepehuanes el levantamiento era agrario, y abarcaba las deslealtades de sus “hermanos” hacia la tierra y hacia aquello que consideraban su propiedad: animales y mujeres. Estos personajes dispusieron su cosmovisión en una lucha que consideraban justa: reconocían a Dios y a la Virgen de Guadalupe como factores determinantes, aunque esperaban del gobierno un trato digno. Además, Doroteo, el papá de Chano, reconocía una amistad hacia Florencio: “Ese Estrada siempre amigo tipihuán, siempre quiere harto. Si gobierno dice mata Estrada, Doroteo consejo Chano: levanta con él, hijo. Hora también pelea nosotros por Diosito, también por Gualupita, a ver si gobierno porta mejor con tipihuán” (Estrada, 2010: 150). Al respecto, Silvia Bleichmar (2010) afirma que “la subjetividad no puede concebirse, por otra parte, sin dar cuenta de un sujeto opuesto al objeto, sea éste otros sujetos o un sujeto pensable” (12). En este caso, la alianza por oposición se cimentaba en un comportamiento considerado injusto de los federales hacia los cristeros e indígenas.

Para algunos de los cristeros de *Rescoldo* la muerte implicaba redimir sus negligencias y faltas humanas: su fe estaba en ello. ¿De qué otra forma se apuesta a un proyecto que parecía perdido desde el principio? Ideológicamente, sus anhelos estaban puestos en un fin superior: el perdón eterno sin expiación de culpas; la salvación de su alma. Un ejemplo de lo anterior es don

Atilano, quien⁴⁶ pretendía expiar sus culpas de su época de villista: “Cómo maté pelones con mi general Villa... Y a los más por purito gusto. Me daban risa los pobres... Ja, ja, ja, Ahora me arrepiento, pero voy a desquitar tumbando a otra guachada” (Estrada, 2010: 67).

El viejo confiaba en una promesa anterior porque así convenía a sus intereses. Sus creencias lo afianzaban al papelito de la Primera y a su contenido. Lo traía consigo envuelto en un pañuelo y se empecinaba en que era su salvoconducto para que San Pedro le abriera las puertas. Y no se desanimaba cuando Eleuterio le repetía: “Eso valía para cuando Calles nomás. Luego los padrecitos dijeron que siempre no” (Estrada, 2010: 67). Don Atilano justificó con esa promesa de antaño su adherencia a los cristeros en la Segunda: “Esta es la arañita que me picó a juntarme con ustedes, señores. Miren lo que dice: ‘Declaro que esta guerra es justa y santa... Todo el que derrame su sangre por causa de Cristo Rey, irá al cielo, recién purificado por un segundo bautizo... Pío XI’” (Estrada, 2010: 66-67).

Don Atilano, en el marco de sus creencias, no cuestionaba la veracidad del documento: aquello era para él un designo divino y no humano; incluso cuando las posturas de algunos sacerdotes eran disímiles ante la Segunda. El padre Sergio Vargas de Durango intentó persuadir a los cristeros de Florencio, pidiéndoles que se dejaran de revoluciones y que en el nombre de la Iglesia Católica: “depongan las armas. [...] Es lo mejor que pueden hacer por Cristo Rey, según ustedes, vuelven a pelear por Él. Yo les digo que no necesita de otra guerra. Así como se encuentra ahora le parece bien” (Estrada, 2010: 82).

El discurso del padre Vargas tenía un aire de superioridad religiosa y moral porque asumía cuál era la voluntad de Cristo, y se mostraba como el portador inamovible de su palabra. Además, tenía una impronta oficialista cuando les externó a los hombres que el arzobispado ya había concretado un arreglo para que no les pasara nada. La petición se convirtió en una orden: “Depongan las armas y ya. El mismo gobierno los ayudará para que se vayan a Estados Unidos o a alguna región lejana de nuestro país. Busquen donde nadie los conozca, donde nada puedan temer por su vida” (Estrada, 2010: 83).

Ante la negativa de los cristeros, el sacerdote les enfatizó de forma autoritaria que no tenía ningún compromiso con la Iglesia, y lo que se esperaba de ellos era la obediencia: “El Santo Padre ya les dispensó su juramento, hijitos, si es que en él se basan para otra lucha inútil. Ustedes quieren arreglar un mundo que no conocen. Lo que les corresponde es obedecer ciegamente a

⁴⁶ Este personaje ejemplifica la tipología que propuse en el primer capítulo referente al cristero superficial.

sus superiores” (Estrada, 2010: 85). Al no poder convencerlos y tras decirles “cerrados” terminó por excomulgarlos a todos, y se alejó en su caballo sin despedirse de ellos y sin darles la bendición: “Seguro pensó que de nada les serviría a unos bandoleros” (Estrada, 2010: 85). El pastor abandonaba a sus ovejas a su suerte. En este sentido, las masculinidades de los personajes se basaban en interpretaciones parciales sobre lo que Dios y Cristo necesitaban de los hombres. En cierto sentido, los hombres de Florencio no confiaban en las negociaciones entre el clero y el gobierno porque los arreglos de la Primera —en 1929— no los beneficiaron en nada. Para ellos, la excomunión no venía de Dios sino de los mismos hombres que no supieron defenderlos años atrás: “Perdimos una guerra que ya teníamos en la bolsa, señor cura: cuando ya una vez nos rindieron ustedes. Fue una de malas como todos sabemos” (Estrada, 2010: 82).

El compromiso de los cristeros en *Rescoldo* respondía a Cristo y a sus aliados en la Tierra, aquellos que compartían su código de justicia y asistencia al prójimo como Roberto Montoya, “un padrecito de muchos tamaños” (Estrada, 2010: 102). El sacerdote encubría su identidad haciéndose pasar por “un pobre arriero”, aunque entre los costales llevaba un rifle y una 38. Su compromiso con la causa cristera era desde la rebeldía, la prédica constante y la visita a los campamentos. También fue portavoz de los cristeros ante el arzobispo que los condonaba el juramento⁴⁷ que hicieron en la Primera a cambio de una manda como peregrinar a Fresnillo a ver al Santo Niño o a visitar a la Virgen de San Juan, pero respondió que era tarde para un cambio así.

Los personajes masculinos cimentaban sus convicciones en sus creencias. En el peso de la palabra dada y en el juramento que no se disolvía hasta la muerte. El padre Montoya ofrecía confesiones, bautizos, comuniones y matrimonios a los rebeldes. Durante la misa sus homilias daban consuelo y ánimos a los hombres y sus familias que en conjunto rompían en llanto conmovidos:

—Hijitos míos... Hasta Cristo Rey estará contento de ese espectáculo... Que no os duela el alma de miraros solos en la lucha. Ni aunque estéis pasando como facinerosos ante vuestros mismo pastores y demás hermanos católicos. Yo os digo: nadie mejor que el Señor mira hasta el fondo de vuestros corazones, así de apasionados por su fe. [...]

⁴⁷ Parte del juramento que hicieron Florencio y sus hombres en la Primera Guerra Cristera está referido en la novela: “Juro por mi vida, ser siempre el primero en defender mi religión, cuando sea y contra quien se atreva a perseguirla” (Estrada, 2010: 60).

No os creáis ya mártires por todo esto. Falta que también lloréis vuestros pecadillos... Sé que a veces habéis hecho cosas muy malas. Que habéis sentido rencor contra vuestra Iglesia. [...] Por lo que toca a mí, os digo con toda mi alma: morid pensando que os habéis arreglado con el único dueño de todo. Para muchos quizá, si no es que para todos, esta Misa y esta comunión serán las últimas, Recibidlas, pues, como extremaunción... Como preparación para morir” (Estrada, 2010: 149-150).

El padre Montoya era para los cristeros de *Rescoldo* la contraparte del padre Vargas: la subjetividad de los sacerdotes se daba, en términos de Bleichmar, por oposición a la manera de aplicar sus creencias y por su postura ante el movimiento. Las palabras del sacerdote cristero estaban cargadas de perdón, de afirmación a la causa y del consuelo de que la muerte no sería en vano, pues contaban con el perdón y validación de Cristo. Incluso la muerte del padre se erigió en una traición porque mientras asistía a un moribundo, Nicasio Reséndiz le informó al mayor Tejeda sobre su paradero, quien pagó por la información doscientos pesos de plata.

El padre Montoya recibió un balazo en la cabeza mientras descansaba: “abrió los ojos, pero cuando la bala ya le había atravesado los sesos. Y así siguió con aquella mueca de sorpresa” (Estrada, 2010: 186). Tejeda le ordenó a Nicasio que le cortara la cabeza como un trofeo para el general Elizondo, la cual presumió camino a Huejuquilla llevándola colgada por los cabellos en su silla de montar. Llegando al pueblo la puso en un costal y se la entregó a Elizondo, quien congraciado se la mostró a Cándida.

Ambos federales se dirigieron a la parroquia a visitar al cura, donde llegaban a contarle la “travesura” que habían hecho sus “peloncitos”. El cura respondió: “Qué le vamos a hacer, mi general. [...] Permítame rogarle que me devuelvan la otra parte”. La respuesta fue cínica, implicaba que era suya solo que tenía que mandar a traerla a Cruces. Además, se espetó una amenaza: “Tenga mucho cuidado con el ruidito de las nueces. Ya ve que otra travesura... Se traen el tronco en otro costalito, pegan las partes y todo arreglado. Luego lo velan como difuntito traído del rancho. Para servirle, señor cura” (Estrada, 2010: 186).

La reacción de Florencio y de Jesús fue vengarse ante la afrenta y burla que padeció su aliado y guía espiritual. Por la noche, los Estrada, con la ayuda de Cándida, se escabulleron vestidos de tepehuanes en la casona de don Anselmo: “Arrepiéntase de carrera con Dios, Elizondo... Yo soy Florencio Estrada. Vengo a enseñarle cómo se mata a los padrecitos”

(Estrada, 2010: 187), le dijo antes de descargar su 45 en el pecho de su enemigo. Los Estrada aplicaron el “ojo por ojo” a sus contrarios. Florencio asestó “la piedra en mi honda” (Estrada, 2010: 187) como un David asesinando a Goliat. Mientras la cabeza sorprendida del padre Montoya, como un martirizado San Juan Bautista, esperaba a la llegada de su cuerpo. Y como predicó a los cristeros tiempo atrás, su muerte no fue en vano, y fue vengada con creces: un cura por un general.

3.4.4 LOS MÚSICOS Y LOS CORRIDOS DE LA GUERRA

Los personajes masculinos de *Rescuerdo* identificaban sus vivencias y anhelos con la música: ya sea tocando algún instrumento como la guitarra o el acordeón, cantando o bailando redovas. George Steiner (2003) en “El silencio y el poeta” postula que la interpretación de poesía y música es tan estrecha que su origen es indivisible y está enraizado en los mitos comunes. Afirmo que será en la música donde el poeta busca encontrar la solución a la paradoja de un acto de creación propio a su creador; la cual se renueva en cada oyente. Además, la música es donde las convenciones estéticas se acercan más al origen de la energía creadora pura, aquella que está cerca del inconsciente.

Será este acercamiento entre el binomio creación-creador y sus implicaciones dentro de lo fundacional de la música lo que inscriba en los corridos y canciones del Jabalín la carga de épica que conmueva tanto al músico como al oyente. Desde antes de la guerra, El tepehuán Ireneo Menchaca, el Jabalín, tocaba desde la redova “Los caballos panzones”, la cual Florencio bailó arriba del Bayo, hasta “La cucaracha” como burla cuando a Estrada se le escapó el primer toro:

Y a la ronde y ronde jinetes y torada, el mezcal y la música. Corridos quejumbrosos como el pesar de los arroyos encajonados; redovas y chotises requebrados de gusto, como canto de calandrias por las laderas. Y hasta el alma se metía lo triste y lo alegre del acordeón... Porque del acordeón nunca sabía uno si lloraba o si estaba cantando (Estrada, 2010: 39).

En el ambiente festivo hasta Apolonio, conocido por todos como El Zarco, se animó a tocar “Las revolcadas” que era la única que le salía en el acordeón. Para la familia de Florencio y

de Lola la música evocaba también el amor: “Honor y gloria” de Quirino Mendoza había sido su canción de bodas, pese a ello, como era domingo y las campanas de la parroquia llamaban a la bendición con el Santísimo, la pieza se quedó a la mitad porque todos se hincaron: “rezamos silenciosos. Luego nos volvimos a persignar con gran devoción. Comenzaron de nuevo los músicos *Honor y gloria*, y el jolgorio resonaba todavía mejor en la Mesa de la Providencia” (Estrada, 2010: 44).

El fervor antecedió a la fiesta. Al enlistarse en la Segunda, los hombres de Florencio Estrada cargaron no solo con sus familias sino con sus instrumentos musicales y enseres. En parte de los tramos se animaban con canciones, pero también con cánticos devotos como “Que viva mi Cristo, / que viva mi Rey, / que impere triunfante / por siempre su ley” o “Oh, María, / madre mía, / oh consuelo del mortal, / amparadme y llevadme / a la patria celestial” (Estrada, 2010: 65). En este caso específico, en el que los cristeros y sus familias corean vivas y canciones que no son de su autoría, Alfonso Martín Jiménez (2015: 86) señala que los personajes se convierten en emisores de un texto inserto cuya existencia los precede.

Los personajes tienen la necesidad de cantar. Esta acción no solo es relevante dentro de la trama para dejar testimonio de las contiendas más épicas de los cristeros, sino por el nivel metaliterario en el que se inserta un texto dentro de otro. A decir de Alfonso Martín Jiménez (2015: 85) es posible encontrar dentro del mundo de los personajes textos insertos. En ese sentido, Ireneo es el autor inserto de un texto que va dirigido a otros receptores insertos: los cristeros de Florencio.

El personaje masculino más relevante en cuanto a lo musical es el tepehuán Ireneo, quien: “era chaparro y prieto, de ojos chicos y avispados, cara larga y boca parada. Por eso él solito se había puesto el Jabalín” (Estrada, 2010: 68). Al irse a la bola con Florencio se llevó a su Güerita, como llamaba a su guitarra, y terminó “de amolar su figura con aquel sombrero arrequintado, de sollate tepehuán como los demás, pero el más aguado. También era el que más estampas de santitos traía alrededor de la copa” (Estrada, 2010: 68).

Dentro de este marco, uno de los personajes que inspiró un corrido es Chano Gurrola. En una ocasión, el líder tepehuán quiso apostar en una carrera sus armas viejas de cañón largo y sus caballos sotacos contra los de Valente Aceves, —uno de los hombres del cristero Federico Vázquez—, quien había desdeñado previamente a los hombres de Florencio dudando de la bravura de los tepehuanes. El resultado es el corrido “La apuesta desigual” compuesto por

Ireneo, el cual es cantado en distintas ocasiones dentro de la novela: “Señores, traigo la historia / de la apuesta desigual: un penco zacatecano / con un potro tepehuán. / Valente Aceves montaba / su Naranja bailarín, / el indio Chano Gurrola / en su Cosquito ratón” (Estrada, 2010: 80).

Al introducir a los contendientes, el Jabalín no perdona la afrenta contra los hombres de Florencio, por lo que enfatizó en sus estrofas: “El pelotón de Valente / se reía del tepehuán. / Juego caballos y armas, / les dijo Chano al retar. Llegó primero el Cosquillo / y nadie podía ni hablar; menos Valente y los suyos / que tuvieron que pagar” (Estrada, 2010: 80). En ese corrido Ireneo no solo logró la estampa de la carrera, sino de la emboscada que sufrieron los cristeros por parte de los federales, donde Florencio y sus hombres tuvieron las primeras bajas: Raúl Zermeno y Crescencio Corrales: “La pareja la corrieron / un ratito antes nomás / que emboscaran al resguardo / que defendía Mezquital. / Maldita mi mala suerte, decía Valente al pelear; / con esos riflones indios / ni un sardo voy a tumbar” (Estrada, 2010: 80).

Los cristeros mestizos de Mora —ciudadinos y estudiados— se mostraban superiores en raza, porte, fuerza y armamento ante los indígenas de Florencio, morenos, bajos de estatura, ataviados en calzones de manta, pero con una incuestionable valentía. Las contiendas no solo se libraban en los campos de batalla contra los federales sino en los campamentos cristeros, que parecían olvidar las enseñanzas de aquél que defendían: Cristo Rey. A decir de Bleichmar: “La subjetividad, en términos kantianos, implica categorías ordenadoras a priori del pensamiento, fundamentalmente espacio y tiempo —categorías de las cuales sabemos, está exento el inconsciente” (Bleichmar, 2010: 12). Lo anterior presenta una explicación sobre el porqué los cristeros no se veían como iguales entre ellos, pero en los campos de batalla sangraban igual. La muerte no hacía distinciones.

Florencio, don Atilano, el Gringuito, Sotero y el Charro se despidieron de Lola, de los niños, de los hermanos Jesús y Rosario Estrada y de las demás mujeres y hombres al ritmo de los versos de una canción, que era casi un presagio: “La mancornadora”: “La despedida yo no se las doy, / la despedida será una canción. / la despedida yo se las daré / cuando ya me vaya de esta población” (Estrada, 2010: 214). Al ritmo de esa tonadita, Toño vio a los cinco hombres alejarse cantando con rumbo hacia las balas, hasta que se perdieron “entre las filas de pinos, todos mustios como sus remudas” (Estrada, 2010: 216).

Con la muerte de Florencio Estrada, el Jabalín compuso el último de sus corridos que condensaba los momentos finales del coronel. Enfatizando la serie de decisiones que el huazamoteco tomó hasta caer abatido por la traición de aquellos en quien confiaba: “Vuela, vuela palomita, / hasta lejana quebrada, / anda y dile a doña Lola / donde se encuentre escondida, que cayó Florencio Estrada. / En el Arroyo del Junco, / cerquita de Capistrano, / le tendieron la emboscada / por entregas de un compadre / arreglado de antemano” (Estrada, 2010: 244-245).

La imagen desigual entre el número de los hombres de Estrada, respecto a los federales, recuerda a los espartanos de Leónidas haciéndoles frente a los persas en la Batalla de las Termópilas: “Cinco hombres eran su escolta, / cincuenta los federales. / Ríndete Florencio Estrada, / ¡viva el supremo Gobierno! / —gritaban por todas partes. / Estrada ya lo había dicho: / —Nos vamos de nuestras tierras; / nomás gastemos el parque, / que al fin manda Lauro Rocha, / nos pelamos de la sierra” (Estrada, 2010: 245).

El Jabalín, a la manera de los poetas épicos, escribió desde la cumbre de una sierra los últimos versos para Florencio. El corrido de Ireneo, como autor inserto en *Rescoldo*, no perdió detalle de la mofa que sufrieron los cuerpos de los cristeros exhibidos por tres días en la Plaza de Armas, ante la alegría de los lugareños y los federales que festejaron su muerte: “Mientras estaban expuestos / los cuerpos a los mirones, / en San Juan y en Huejuquilla, / a una se emborrachaban / los rurales y pelones. / De Huejuquilla a Durango / cantan la muerte de Estrada. / Dicen las gentes contentas: / —Al fin se calma la sierra, / se acabó toda Cristiada” (Estrada, 2010: 245). Los cristeros y los espartanos compartieron destino: se defendieron fieramente en la emboscada y, al final, perdieron la vida. La épica de Ireneo es una épica de la derrota. Lo mataron un mes después que a Florencio en la Cuesta de Capistrano: “Una bala expansiva destripó primero su Güerita y a él le abrió la espalda” (Estrada, 2010: 245).

Los personajes de la novela ponen sus masculinidades al servicio de bandos contrarios. En tiempos de guerra los contendientes se dedican a alardear de su hombría, crear estrategias que, en ocasiones, poco tienen de justas, y mostrarse superiores en el campo de batalla. Estas actitudes que se enfatizan en momentos bélicos, de ataque y defensa, no distan de las subjetividades de los antiguos griegos “que reflejan cómo un hombre estaba dispuesto al proceso de revisarse a sí mismo y de analizar las propias prácticas con la intención de nombrarse sujeto libre y soberano, pero a partir de cierta condición sociocultural: el género (Aguilar, 2016: 86).

Para los cristeros de Florencio la música no es solo un medio de entretenimiento y evocación de tiempos y lugares mejores; representaba una impronta de su paso por la sierra y sus hazañas durante la Segunda. Era una forma de mantener vigentes sus masculinidades y su visión del mundo. También un medio de evocar a la mujer amada, como en el caso del Gringuito que se aprendió “El buquecito” para cantársela a la integrante de la Bi-Bi Pilarcita cada vez que la veía. Incluso, antes de irse a la última contienda Florencio, el Jabalín y el Gringuito la corearon juntos, con el pretexto de no olvidarla: “aquí te dejo estas tres canciones / pa que las cantes, yo ya me voy; / pa que las cantes con tu boquita, que son recuerdos que yo te doy” (Estrada, 2010: 212).

Las letras de los corridos les permitieron a los cristeros afirmar no solo su existencia sino la forma en la que resistieron ante los federales y gobiernistas. Para los hombres de Estrada las guitarras y los acordeones eran tan valiosos como el parque, y se lamentaban igualmente sus robos o pérdidas durante las huidas. En el sistema de masculinidades subjetivadas dentro *Rescoldo*, las palabras y su eco resonaban tanto o más que las balas.

CONCLUSIONES

Dentro de *Rescoldo* es notable que toda la familia de Florencio Estrada, incluido el autor, se encuentran ficcionalizados. La unidad familiar y la interacción entre todos sus integrantes es evidente: juntos enfrentan los avatares de esconderse en la sierra de Durango por la persecución de los federales, quienes tenían la encomienda del gobierno de eliminar los “rescoldos” de la Segunda. La familia cristera, serrana e itinerante, de Florencio Estrada en *Rescoldo* —con hijos pequeños y mascotas— retrata lo cotidiano: los bailes, la comida, los remedios caseros, los regionalismos, la vestimenta, las leyendas, los corridos, los utensilios cotidianos, las oraciones, sus sentimientos, miedos y pasiones.

Después de elaborar esta tesis concluyo que la literatura cristera es también fuente documental y testimonio de la memoria individual y colectiva. Estas ficcionalización han construido su propia visión de la historia de México sobre las ruinas de la guerra, sobre los cadáveres de sus mártires, de sus víctimas y de sus verdugos. Mi investigación abona a mantener el debate en torno a *Rescoldo*, obra que posee recursos estilísticos de gran calidad y no recibió el reconocimiento inmediato, ya sea por la temática, la postura política del autor o la falta de interés de las editoriales. La lente que construí para el análisis de la novela me enfocarme en lo literario: en cómo los sujetos y hechos históricos —en este caso una familia y los personajes que la rodean y ayudan— son ficcionalizados y, a decir del narrador, autoficcionalizado.

Uno de los hallazgos dentro de *Rescoldo* fue aproximarme a la novela desde el concepto de autoficción, inicialmente me había basado en lo propuesto por Alfonso Martín Jiménez en el primer capítulo de esta tesis, pero al no existir ruptura de la lógica ficcional y, por ende, no corresponderse a una obra de mundos imposibles tuve que buscar a una teórica que me permitiera comprobar que sí existe autoficción dentro de la novela: Julia Musitano.

Esta propuesta se sustenta en el hecho de que el creador ficcionaliza a su familia y al construir a un narrador niño, que posee el mismo nombre, opera una ficcionalización de sí mismo que devendría en el concepto de autoficción. La propuesta que se ciñe a los intereses de aplicación de este concepto en *Rescoldo* se adhiere a lo que Julia Musitano propone, dado que sitúa a la autoficción entre la retórica de la memoria y la escritura de los recuerdos.

La autora argentina ubica a la autoficción como un subgénero híbrido que tiene características de la autobiografía y de la novela, pero que altera sus claves: el pacto se soporta

en el juego literario en el que coexiste la posibilidad de leer un texto como ficción y como realidad autobiográfica. Este tipo de narraciones se ubican en la frontera entre la realidad y la ficción. Musitano no repara en la veracidad de lo narrado para hablar de autoficción, en sentido autobiográfico, sino en la posibilidad de que la ficción instaure una “autonovela”, la cual tiene como característica estar fundada “en el carácter imaginario de la irrupción de los recuerdos” (104-105).

La crítica argentina sugiere que “la memoria y la imaginación tienen algo en común: la presencia de lo ausente; aunque en una se suspenda la posición de la realidad y, en otra, se mantenga la posición de la realidad anterior. La memoria forma parte de mi presente; es vivida, y no representada” (Musitano, 117). Por ello, no solo concluyo sino pruebo que en los términos que concibo la autoficción sí existe dentro de la obra analizada.

Otro de los hallazgos de esta tesis gira en torno a la subjetividad. Mi propuesta es que los submundos imaginarios de los personajes, en los términos planteados por Alfonso Martín Jiménez, equivalen a las subjetividades. Es la razón por la cual se incorporó el acompañamiento teórico de Silvia Bleichmar. En ese sentido, y siguiendo la línea de pensamiento de la autoficción de Antonio Estrada es posible afirmar que existe metasubjetividad en la novela. Inicialmente está la subjetividad con la cual el creador modela a sus personajes y, posteriormente, se encuentra otra subjetividad que inscrita en la narración que es detonada por el narrador en primera persona que reconstruye todo a partir de un ejercicio de memoria. Por consiguiente, la metasubjetividad opera no solo en *Rescoldo* sino en cualquier tipo de novelas donde exista autoficción en los términos planteados dentro de esta tesis.

Otro de los hallazgos es que es posible leer en clave totalmente ficcional una novela que tenga una raíz de autorreferencialidad del autor. El análisis de la novela se hizo desde lo literario y lo ficcional, sin mezclar o introducir elementos históricos que no figuren dentro de la novela. El universo literario de *Rescoldo* encierra en sí mismo una realidad ficcionalizada que irradia a sus personajes que pueden leerse desde el código de sus submundos imaginarios o, lo que es lo mismo, desde sus subjetividades. La aproximación a los personajes fue realizada desde la complejidad de su esencia. En esta tesis se dio la relevancia necesaria a las familias cristeras y a los personajes masculinos, femeninos e infantiles destacando sus subjetividades en tiempos de guerra. Existe una relevancia al papel de las mujeres dentro de la novela, cuyo trato no es solo de espectadoras o compañía para proveer alimento, sino que son claves para que la trama siga

operando: combaten, se esconden, alientan a los hombres y cuidan de los niños, pero también se enfrentan a cambios en sus subjetividades desde donde pueden matar, abandonar o seducir.

También destaca el análisis dado al papel de los niños de la guerra y los cambios que experimentan desde la estructura y complejidad de los personajes: cómo tienen que enfrentarse a la muerte de sus semejantes, a la orfandad, a las inclemencias, a su propio duelo y a las reminiscencias vívidas de su infancia puesta en juego. Finalmente, otro de los aportes de la tesis es la creación de tipologías sobre la familia, las mujeres y los hombres cristeros construidas desde la literatura, las cuales no se limitan al análisis de los personajes de *Rescoldo*, sino que se extienden al corpus literario cristero.

APÉNDICE

Tabla 1

TIPOLOGÍA DE LAS FAMILIAS CRISTERAS		
Tipo de familia cristera en <i>Rescodo</i>	Principales características	Ejemplos en <i>Rescodo</i>
Familias unidas por la fe	<ul style="list-style-type: none"> • Comparten los mismos ideales morales y religiosos • Se apoyan y acompañan en los momentos difíciles • Pueden o no ser itinerantes • Las mujeres siguen a sus maridos a las contiendas • La familia lleva cargando a sus hijos, sus enseres y mascotas • Promueven las causas piadosas • Sufren los embates de la guerra, hambre y pobreza • Pueden renegar de la causa, pero se arrepienten • Generalmente tienen que huir • Uno o más miembros de la familia mueren por la causa cristera 	<ul style="list-style-type: none"> • La familia Estrada Muñoz, conformada por Florencio, Lola, Toño, Adolfo, el Güero y Constancia de Huazamota, Durango. • La familia cristera de Nombre de Dios: Crescencio Corrales, Lucía y Pablito. • La familia conformada por Raúl Zermeño y por su madre, una mujer fina y arrepentida de estar de cristera
Familias divididas por la causa cristera	<ul style="list-style-type: none"> • Sus integrantes tienen diferentes posturas políticas o religiosas • Generalmente alguno de sus integrantes milita activamente con los cristeros • Hay de fondo tragedias e historias amorosas no resultas • Las diferencias suelen conducir a la ruina de la familia • Pueden encontrarse en zonas rurales, provincia o grandes ciudades 	<ul style="list-style-type: none"> • La familia de Lola Muñoz. Dividida entre los Muñoz de Huazamota (sus hermanos y primos) y la familia que formó junto a Florencio: los Estrada Muñoz
Familias que tienen al mando a una mujer	<ul style="list-style-type: none"> • Tiene participación directa dentro del movimiento • Los integrantes son militantes o líderes • Las madres toman el control de la familia por viudez, orfandad o porque sus familiares (padre, esposos o abuelos no se unen a la causa) • Son dirigidas por mujeres fuertes y comprometidas a la causa • Dios es su prioridad • Saben que los sacrificios pueden llevar a la muerte: propia o de sus familiares • Pueden buscar venganza • Se cuestionan, en ocasiones, el rumbo de la causa y su destino 	<ul style="list-style-type: none"> • Dos mujeres que se pueden representar en esta tipología, tras la muerte de sus maridos, son Lola y Lucía
Familias que tienen al mando a un hombre	<ul style="list-style-type: none"> • Los hombres se encargan de llevar el hogar y proveer para los hijos • Carecen de una madre de familia que se haga cargo • La relación familiar puede establecerse por línea indirecta porque no existe una estructura generacional continua: hace falta una generación • Los hombres son cristeros que prefieren mandar a sus familiares a las ciudades más cercanas, para evitarles el sufrimiento en la sierra 	<ul style="list-style-type: none"> • Como la que conforma don Atilano con su nieta Adelaida

Las tipologías de las familias cristeras pueden aplicarse al mundo ficcional. Como ejemplo, entre las familias unidas por la fe se encuentran la familia Estrada Muñoz que tienen un gran sentido de compromiso por la causa cristera. Esta familia se vuelve itinerante para estar más cercana a Florencio en sus contiendas. Lola y sus hijos pasarán hambre y sufrirán por las circunstancias: calor, la falta de agua y provisiones, los animales ponzoñosos, la enfermedad, la excomunión y muerte de la bebé Constanza. La familia es presentada con todos sus matices: lloran, se desesperan, reniegan, sufren, se conmueven, rezan y claman a Dios. Se acostumbran a dar vueltas en círculos porque no hay escapatoria, pese a todo, no se arrepienten de la causa cristera y la llevan a sus últimas consecuencias.

Entre las familias divididas por la causa cristera se encuentra la de Lola Muñoz porque sus hermanos estaban en contra de Florencio, y pelearon a favor del gobierno en contra de los cristeros. Se odiaban a muerte y Lola tuvo que decidirse por seguir a su familia nuclear, aunque eso implicara una sentencia de muerte para Florencio y una persecución implacable en su contra. A tal grado, que tuvo que cambiarse el nombre a María Ramírez para poder huir con sus hijos tras la sangrienta y dolosa muerte de Florencio. Otros ejemplos de estas familias son la familia cristera de Nombre de Dios: Crescencio Corrales, Lucía y Pablito y la familia conformada por Raúl Zermeño y por su madre, una mujer fina y arrepentida de estar de cristera.

Tanto Lola como Lucía terminan formando parte de la tipología de familia que tienen al mando a una mujer tras el asesinato de sus maridos. Aunque su participación no fue activa como líderes en el campo de batalla, sí formaron parte de la causa siguiendo a sus esposos como cristeros y se tuvieron que hacer cargo de sus hijos al quedar viudas.

Tipología de las mujeres cristeras en *Rescoldo*

Mujeres líderes	Mujeres por la causa cristera	Mujeres cuya prioridad es su familia	Mujeres independientes (mujer que decide)	Mujeres indígenas relacionadas con la causa cristera	Mujeres creyentes cuya participación en el movimiento cristero es circunstancial	Mujeres infiltradas: las espías
Participaron activamente en la causa como generalas o coronelas	No temen entregar a sus hijos o maridos a Dios	Mujeres que aman a Dios, pero la familia tiene más peso	Mujer católica que ha estudiado y trabaja fuera de casa	Pueden ser solteras o casadas	Suelen acompañar a alguna figura de autoridad, generalmente masculina, o con algún parentesco familiar: abuelo, marido, hijo o hermano	Llevar una doble vida
Podían llevar una doble vida para defender su identidad	Mujeres piadosas que pueden pasar desapercibidas para el enemigo	Son humanas: dudan	Pueden militar o ser dirigentes de las Brigadas Femeninas Santa Juana de Arco	Su participación en la cristiada depende de alguien más: marido, alguna amistad, padre, abuelo o figura de autoridad	Su fortaleza depende de alguien externo a ellas	Para la vida pública son anticristeras, pero militan en la Bi-Bi o en alguna organización religiosa
Algunas desarrollaban labores de espionaje	Activistas para la defensa religiosa	Sufren por sus familias y sus integrantes	Propensas a vivir una doble vida: en la clandestinidad son cristeras	Su primera religión no es la católica. Pueden ser sincréticas con sus creencias originarias	Son creyentes y rezan, pero no tienen la fuerza para sobrellevar solas las inclemencias de la guerra	Son novias, prometidas o amantes de alguien del bando contrario. Generalmente algún militar para obtener información de primera fuente
Eran estrategas militares	Confían en Dios y en sus designios	Son leales y valientes	Están dispuestas a morir por la causa	Suelen tener conocimientos sobre plantas y animales, remedios y tener habilidades para la obtención de alimentos en circunstancias adversas	Tienden a abandonar la sierra y las incomodidades que esta conlleva en cuanto les es posible	Aguerridas y seductoras
Tenían hombres a su mando	Son valientes	Pierden a uno o más familiares	El amor es un factor importante	Se caracterizan por su generosidad	Se quejan, lamentan o reniegan de las penurias que trae consigo el movimiento cristero	Pueden ser consideradas inmorales y prostitutas por tener amantes federales sin estar casadas
Se unían generalmente por algún despecho o resentimiento contra el gobierno	Generalmente dirigen a su familia	No siempre son activistas, pero son piadosas		Suelen ser protectoras y consideradas con los demás	Intentan persuadir a sus hombres de abandonar la causa para salvar la vida	Arriesgan la vida para obtener información
Experimentaron la muerte de algún ser querido	Aman a su familia, pero lo más importante es Dios	Víctimas de la persecución		Son leales, aunque su adhesión a la causa cristera es incidental	No son valientes, pero sí leales	Llegan a tener hijos o propiedades compartidas con sus enemigos para mayor convencimiento

Tabla 2

Esta Tabla 2 señala las principales características de las mujeres ficcionalizadas dentro de *Rescoldo*. Algunos de los personajes femeninos que se analizan en el tercer apartado, reflejo de los rostros que interactúan o forman parte de la familia cristera, pueden entrar en una o en varias clasificaciones, debido a la evolución de la trama y la complejidad que opera dentro del mundo y el submundo de los personajes; exceptuando a las mujeres líderes, a las mujeres independientes (mujer que decide) y a las mujeres infiltradas: las espías que se abordan en el cuarto apartado que corresponde a las mujeres organizadas de la Brigada Invisible Brigada Invencible (Bi-Bi). Respecto a la tipología de las mujeres por la causa cristera corresponde únicamente a Lola Muñoz y a ciertas integrantes de la Bi-Bi.

Tipología de las hombres cristeros en *Rescoldo*

Cristero autómatas	Cristero superficial	Cristero absoluto	Cristero ciudadano	Cristero indígena	Cristero traidor	Cristero sacerdote
No sabe por qué o por quién lucha	Católicos bautizados y creyentes, pero no siempre practicantes	Hombre de familia que no dudará en sacrificarla por la causa	Católico ferviente y con convicción	Interés por mantener o ganar territorio agrario	Ambicioso de poder	Comprometido con Dios y con la causa
Desconoce el origen de la guerra	Pueden ser mujeriegos u ojo alegres	Dios, Cristo y la religión son muy importantes	Suele minimizar a los cristeros de provincia e indígenas	No es católico, pero de serlo no se aleja de sus religiones o culturas originarias	Anteponía sus intereses personales a la causa religiosa	Arriesgaba su vida para bautizar, confesar y celebrar misas clandestinas
Se mueve porque alguien más lo guía	Pueden tener vicios como fumar o consumir alcohol	No son perfectos, pero buscan redención	Se cree superior porque milita en algunas de las ligas de la defensa de la religión	Valiente para la defensa de su raza y territorio	Mataban a otros cristeros para mantenerse con vida o para no perder estatus o poder	Veía en los cristeros a Cristo
Constantemente tiene miedo	Ven en la cristiada una oportunidad para ir al Cielo y resarcir sus pecados	Buscan la bendición y el rezo constantes	Tiene acceso a más armas y vías de comunicación	Suele ser leal		Humilde y temerario
Se acobarda cuando debería defender	Buscan morir en batalla	Son valientes	No parece estar hecho para la guerra	Se caracterizan por su generosidad		Entregado a Cristo Rey
Puede ser hábil para el combate y causar muchas bajas a los federales	Suelen ser leales y con fuertes convicciones	De fuertes convicciones y testarudos: no miden el peligro	Suele morir antes que los demás	Suelen ser protectoras y consideradas con los demás		Generalmente era martirizado
	Parecen felices con la idea de la muerte como redención	Siguen su intuición	Sus intenciones suelen ser legítimas	Son leales, aunque su adhesión a la causa cristera es incidental		Podría ser de convicciones firmes
	Pese a sus acciones, parecen preocuparse por la vida eterna	Líder natos				La injusticia social o el temor por su vida los lleva a proteger o acompañar a los cristeros
		Se apegan al juramento que hicieron en la Primera Guerra sobre defender la fe: la recompensa es el Cielo				
		Su trato es con Dios y no con los líderes religiosos				

		Son soldados de Cristo al servicio de la causa				
		En ocasiones flaquean, se arrepienten o lamentan de su destino, y añoran su vida antes de la guerra				
		Se entregan a una causa perdida				
		No parecen tener miedo a la muerte				
		Generalmente mueren en combate, casi heroicamente o martirizados				

Tabla 3

BIBLIOGRAFÍA

Acuña Cepeda, M. E. (2012). *Las cristeras, las mujeres en combate. Las cristeras, una página olvidada en la historia*. Saarbrücken, Alemania: Editorial Académica Española, 46.

Aguilar López, R. (2016). Subjetividad masculina: virilidad, temperancia y libertad. *Alternativas en Psicología*. Núm. 36. Noviembre.

Alberca, J. (2009). Es peligroso asomarse (al interior). Autobiografía Vs. Autoficción. *Rapsoda. Revista de Literatura*. Núm. 1. 1-24

Amicola, J. (2008). Autoficción, una polémica literaria vista desde los márgenes (Borges, Gombrowicz, Copi, Aira). *Memoria Académica*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias. Año 9. Vol. 12. 182-197.

Anzieu, D. (1993). Las cinco fases del trabajo creador y sus inscripciones en la obra en *El cuerpo de la obra. Ensayos psicoanalíticos sobre el trabajo creador*. México. Siglo Veintiuno Editores. 105-159.

Ardila de Robledo, A. C. (2018). Ficción y referencia: estudio de las novelas metaficcionales historiográficas. *Estudios de Literatura Colombiana* 43. Julio-diciembre 2018. 155-171.

Arias Urritia, Á. (2010). *Cruzados de novela: Las novelas de la guerra cristera*. Pamplona. EUNSA. Ediciones de la Universidad de Navarra.

Arias Urritia, Á. (2010). Una novela extraordinaria. *Rescoldo. Los últimos cristeros*. Madrid. Encuentro-Jus. 11-29.

Aristóteles (2000). *Poética*. Barcelona: Icaria.

Avitia Hernández, A. (1994). *Antonio Estrada. Una literatura en el ostracismo*. Durango: Gobierno del Estado de Durango.

Avitia Hernández, A. (2000). *El caudillo sagrado. Historia de las rebeliones cristeras en el estado de Durango*. Sin impresor.

Avitia Hernández, A. (2006). *La narrativa de las cristiadas. Novela, cuento, teatro, cine y corrido de las rebeliones cristeras*. Tesis de doctorado en Humanidades, con especialidad en Historia. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Iztapalapa. México. 879.

Avitia Hernández, A. (2010). *El caudillo sagrado. Historia de las rebeliones cristeras en el estado de Durango*. [http://www.bibliotecas.tv/avitia/El_Caudillo_Sagrado.pdf], diciembre 2010.

Avitia Hernández, A. (2016). Antonio Estrada. *Las letras no matan*. México.

Azkue, A. (2000). *La cristiada. Los cristeros mexicanos (1926-1941)*. Col. Historia Viva. Barcelona: Scire Balmes Distribuidora, 109.

Beristáin, H. (2006). *Diccionario de retórica y poética*. México. Porrúa.

Bermúdez, S. (2006) La teoría de la ficción como marco epistemológico para el estudio del discurso ficcional. *Intereses y Fronteras. Revista de Literatura Hispanoamericana*. Núm. 52. Enero-junio. Universidad de Zulia. 126-145.

Blanco, S. (2018). *Autoficción. Una imaginería del yo*. España. Punto de Vista Editores.

Bleichmar, S. (1979). Los hijos de la violencia. Psicoanalizar: ¿contemplar o transformar? *Dialéctica. Revista de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla*. Año IV. Núm. 6 junio. 59-75.

Bleichmar, S. (2006). Problemas actuales del psicoanálisis: cambios en la subjetividad. Congreso Internacional de Investigación en Psicoanálisis y Ciencias Sociales. 30 años de la Fundación Sigmund Freud (conferencia). Mariana Jaime, Mariana y Gerez Ambertín, Marta (coord.).

Tucumán, Argentina. 7 de octubre 2006. https://www.youtube.com/watch?v=ngd8XS7mbFA&ab_channel=Fundaci%C3%B3nPsicoanal%C3%ADticaSigmundFreud

Bleichmar, S. (2010). *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo*. Buenos Aires. Editorial Topia.

Bleichmar, S. (2016). *Vergüenza, culpa, pudor. Relaciones entre la psicopatología, la ética y la sexualidad*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Camargo Pulido, I.A (2003). IV. Las cenizas, huellas de la memoria. *Rescodo. Los últimos cristero de Antonio Estrada. Valor literario e histórico en sincronía*. Tesis para obtener el título de licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de México.

De La Torre, J. L. (2014). *Crónicas de una familia cristera: familia De la Torre Uribarren. Defensores de la Fe. Una familia dedicada al servicio de Dios y la defensa de la libertad*. Arizona: CPM DLT Consultants, 372.

Estrada, A. (2010). *Rescodo. Los últimos cristeros*. Madrid. Encuentro-Jus.

Ferrer, N. (2019). La estructuración de la subjetividad masculina. *Acto*. Barcelona.

Freud, S. (1992). El creador literario y el fantaseo (1908 [1907]). *Obras completas Sigmund Freud volumen 9* (1906-08). Buenos Aires. Amorrortu Editores. 123-136.

Genette, G. (2004). *Metalepsis. De la figura a la ficción*. Buenos Aires: FCE, (colec. Popular).

Gil González, A. (2005). Proceso de investigación y análisis. Metaliteratura y ficción percepción intelectual del tema. *Anthropos*. Investigación y análisis. 208.

González Luna, A. M. (2013). La literatura de la cristiada: una visión apocalíptica de la historia de México. *Otras modernidades*. Universidad de Estudios de Milán. Milán. Julio 2013. 100-11.

Iser, W. (1987) (2004). Ficcionalización: la dimensión antropológica de las ficciones literarias. *Cyber Humanitatis*. Núm. 31.

Iser, W. (1987). *El acto de leer. Teoría del efecto estético*. Madrid: Taurus Ediciones. 220.

Iser, W. (1993). Fictionalizing Acts en *The Fictive and the Imaginary*. The Johns Hopkins University Press. Baltimore, U.S.A. 1-21.

Iser, W. (1997). Ficcionalización: la dimensión antropológica de las ficciones literarias en *Teorías de la ficción literaria*. Garrido, A (coord.). Madrid. Arco libros. 43-68.

Jiménez Marce, R (2005). Una pluma frente a una espada o de cómo escribir una novela para justificar una rebelión: *Héctor* de David Ramírez (Jorge Gram). *Secuencia*. 62. Mayo-agosto. 78-118.

Le Galliot, J. (2001). La creación literaria y su relación con el inconsciente. *Psicoanálisis y lenguajes literarios*. Buenos Aires. Colección Edicial. 140-181.

Lejeune Happe, R. J. (1972). IV. Consideraciones generales sobre la literatura cristera. *La novela mexicana del movimiento cristero*. Tesis para obtener el grado de maestro en Lengua Española y Literatura Hispanoamericana. Universidad Autónoma de México.

Magallanes, J. R. (2014). *Juramento, sigilo y mando. Mujer y familia en la cristiada*. Guadalajara: Asociación Pro Cultura Occidental, A. C., 115.

Martín Jiménez, A. (2016). Mundos imposibles: autoficción. *ACTIO NOVA: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, 161-195. Recuperado a partir de <https://revistas.uam.es/actionova/article/view/6979>

Martín Jiménez, A. (1993). La representación de mundos en la novela y en el cine. A propósito de *La Inmortalidad* de Milán Kundera. *Koiné. Annali delle Scuola Superiore per Interpreti e Traduttori "San Pellegrino"*. Núm. 111. 93-108.

Martín Jiménez, A. (2004). Los géneros literarios y la teoría de la ficción: el *mundo del autor* y en *el mundo de los personajes*. *Largo Mundo Iliminado. Estudos en Homenagem a Vítor Aguiar e Silva*. Centro de Estudos Humanísticos. Universidade do Minho. Braga. 61-80.

Martín Jiménez, A. (2015). *Literatura y ficción. La ruptura de la lógica ficcional*. Neuchâtel, Suiza: Peter Lang, 324.

Martín Jiménez, A. (2016). "Mundos imposibles: autoficción". *ACTIO NOVA: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, 161-195. Recuperado a partir de <https://revistas.uam.es/actionova/article/view/6979>

Meyer, J. (1986). Valentín de la sierra. Historia de un mito. *Relaciones*. Vol. 7. Núm. 25. Zamora. El Colegio de Michoacán. 157-164.

Meyer, J. (1996). A sesenta años de la cristiada, AA. VV. *Los cristeros*, México, Condumex.

Meyer, J. (2008). *La cristiada. 3. Los cristeros*. Cultura, religión, teología. México. Siglo XXI Editores. 330.

Meyer, J. (2014). *La cristiada*. México: Clío FCE. 384.

Mignolo, W. (1981). Semantización de la ficción literaria. *Dispositio*. Vol. 5-6. Núm. 15-16 (otoño 1980-invierno 15-16). Ann Arbor: Universidad de Michigan. 85-127.

Musitano, J. (2016). La autoficción: Una aproximación teórica. Entre la retórica de la memoria y la escritura de los recuerdos. *Acta Literaria*. Núm. 52. 103-123.

Naranjo Tamayo, O (2010). *Pensativa* de Jesús Goytortúa Santos: Imagen y representación de la mujer mexicana en la novela de tema cristero. *Relaciones* 123. Verano. Vol. XXXI. 59-83.

Olivera de Bonfil, A. (1970). *La literatura cristera*. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Pinto, R. (2010). Apuntes de teoría freudiana de literatura. *La metamorfosis del deseo*. Barcelona. Editorial UOC. 361-402.

Platón (1988). *Cratilo*. Introducción, versión y notas de Ute Schmidt Osmanczik. México. Universidad Nacional Autónoma de México.

Pozo Garza, A. (2017). Autoficción en la novela: realidad ficción y autobiografía. *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*. Núm. 13. Mayo 2017. Sevilla. 1-20.

Reynoso, S. (2012). *La actuación de la mujer en la cristiada. ¡Lo que se hizo, se hizo por Dios!* Guadalajara: Asociación Pro Cultura Occidental, A. C. 109.

Revueltas, J. (1941). Dios en la tierra. *Tierra Nueva*. Año II. Núm. 7-8. Enero-abril de 1941: 47-52.

Ricoeur, P. (2001). *La metáfora viva*. Trad. Agustín Neira. Editorial Trotta. Ediciones Cristianidad. Madrid.

Ricoeur, P. (1977). *Freud and Philosophy: An Essay on Interpretation*, tr. Denis Savage (New Haven).

Ricoeur, P. (1999). El entrecruzamiento de la historia y la ficción. *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México. Siglo XXI. 901-917.

Rodríguez Lozano, M. G. (2001) Entre la historia y la literatura: *Los cristeros* de José Guadalupe de Anda. *Literatura Mexicana*. XII. 39-69.

Rotemberg, H. (2006). *Estructuración de la subjetividad. En busca de una integración teórica*. Buenos Aires. Ediciones del Signo. 9-126.

Ruiz Abreu, Á. (2003). *La cristera, una literatura negada. (1928-1992)*. México. Universidad Autónoma Metropolitana–Xochimilco. 287-298.

Rulfo, J. (2003). La noche que lo dejaron solo. *Pedro Páramo-El llano en llamas*. México. Planeta.

Schwartz, G. A. y Berti, E. (2018). Literatura y ciencia. Hacia una integración del conocimiento. *Arbor*. Vol. 194. Núm. 790.

Seydel, U. (2007). *Narrar Historia(s). La ficcionalización de temas históricos por las escritoras mexicanas Elena Garro, Rosa Beltrán y Carmen Boullosa*. Madrid. Iberoamericana. 540.

Steiner, G. (2003). El silencio y el poeta (1966). *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre literatura, el lenguaje y lo inhumano*. España. Gedisa. 53-72.

Vaca, A. (1988). Madres, esposas y solteras durante la cristiada. *Estudios Jaliscienses*. Núm. 31. Febrero. Guadalajara. El Colegio de Jalisco. 40-53.

Vaca, A. (2009). *Los silencios de la historia: las cristeras*. Guadalajara. El Colegio de Jalisco, 315.

Valadés, E. (2017). Final. *La muerte tiene permiso y más. Antología de cuentos*. México. Brigada Cultural. 21.

White, H. (2003). El texto histórico como artefacto literario. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, V. Tozzi (introducción). Barcelona. Editorial Paidós-Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona. 112.

White, H. (2005). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del S. XIX*. México. Siglo XXI.